

A mí NO me lo CONTARON

Néstor
Burcaizea



t!
(tinta.libre)
ediciones

A mí no me lo Contaron



Néstor Burcaizea
2013

Autor: Burcaízea, Néstor
Producción Editorial: Tinta Libre Ediciones
Mendoza 1477/79
Córdoba, Argentina
www.tintalibre.com.ar
+54 351 472 2854
Lic. Lúgía E. Cometto
Gastón Barrionuevo
Departamento de Arte de Tinta Libre Ediciones.
Marcos Manuel Barrionuevo
Diagramación de Interior: Departamento de Arte de Tinta Libre Ediciones.
Agustina V. Gastaldi
Corrección Literaria: Melina Jaureguizar

Burcaízea, Néstor
A mí no me lo contaron - la ed. - Córdoba:
Tinta Libre, 2014.
180p.; 21x14 cm.
ISBN 978-987-708-044-5
I. Autobiografía. I. Título
CDD 920

Prohibida su reproducción, almacenamiento, y distribución por cualquier medio, total o parcial sin el permiso previo y por escrito de los autores y/o editor. Está también totalmente prohibido su tratamiento informático y distribución por internet o por cualquier otra red.
La recopilación de fotografías y los contenidos son de absoluta responsabilidad de/l los autor/es. La Editorial no se responsabiliza por la información de este libro.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina — Printed in Argentina

© 2013. Burcaízea, Néstor
© 2013. Tinta Libre Ediciones

t!
(tinta libre)
ediciones

*A la memoria de mis ancestros,
al futuro que son la sangre de mi sangre.*

DE CORAZÓN:

*Un agradecimiento infinito para
mis hijos Teresa Fernanda y Jorge Abel
por su apoyo incondicional
y afectuoso acompañamiento
en este proyecto de formar este libro.*

En Paz

*Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, Vida,
porque nunca me diste ni esperanza fallida,
ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;*

*Porque veo al final de mi rudo camino
que yo fui el arquitecto de mi propio destino;
que si extraje las mieles o la hiel de las cosas,
fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas:
cuando planté rosales coseché siempre rosas.*

*...Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno:
¡mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno!*

*Hallé sin duda largas las noches de mis penas;
mas no me prometiste tan sólo noches buenas;
y en cambio tuve algunas santamente serenas...*

*Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!*

Amado Nervo

Prólogo

Hace días quiero comenzar a escribir este prólogo, hace días que mi mente repasa tiempos idos...hace días que el corazón comenzó a sentir que escribir el prólogo del libro de don Néstor Burcaizea era ni más ni menos que abrir el alma a recuerdos...

Es un honor enorme poder hacerlo, sentirme parte de su historia, de la historia de la familia, de su Fortín y el mío. El de todos nosotros, el que es y será nuestra patria chica.

He ensayado y no podré, seguramente, decirle con énfasis que admiro su temple, su don de señor, su caminar elegante a pesar de los años, su modo galante y estampa, mezcla rara de criollo y tanguero, de hombre a caballo y de bailarín de salón..."Ah don Néstor, si hubiéramos nacido en la misma época!"

Pero no fue así, por eso en estas palabras va el corazón de la hija de Tito, de la nuera de Tola, de la amiga de Jorge y Teresita.

Va el alma de aquellos que lo conocieron de siempre, que lo compartieron en la escuela, en la calle o algún bailongo.

Va el recuerdo del malambo y la polvareda levantada, de las yerras y pialadas, de la miseria y trabajo rudo realizado...”Ah don Néstor!”...hizo muy bien en contarnos vivencias, necesitamos despertar la admiración por los tiempos idos y que nos sirva de ejemplo el poder entender el fiel retrato de otros tiempos, de otros hombres, de otras labores, de otra forma de vida, que usted don Néstor, con la sabiduría que dan los años, nos ha regalado.

Y pienso en su vida en el campo y su andar de resero y entonces creo que usted habrá sentido “El canto de la noche”...

*“La noche por cantos tiene
esos ruidos que uno siente
sin saber de donde vienen...”*

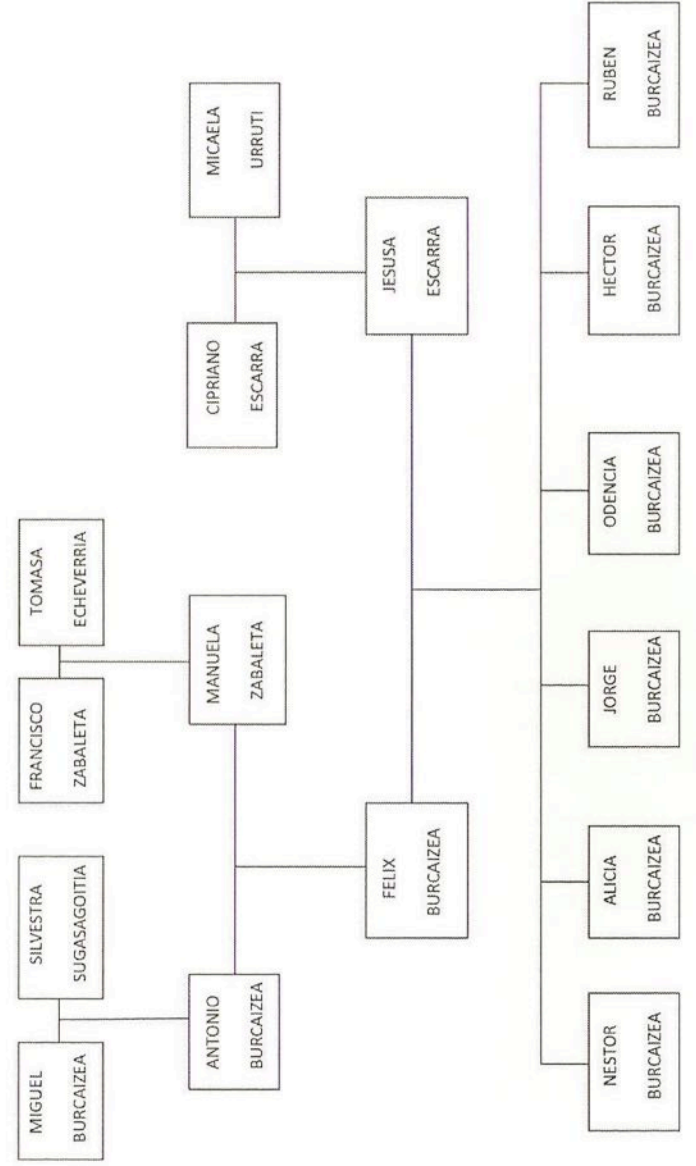
Y una sana envidia me da su vida, la de un hombre cabal, íntegro, demócrata y fiel a sus ideas y convicciones.

Así, don Néstor, en estas páginas nos logra transmitir admirablemente una completa sinfonía de los hombres, de los campos, de las lluvias y de las sequías, de los vagos rumores de la noche...en nuestro Fortín Olavarría...parece que como

Hernández dijera...”como un lamento infinito que viene de no sé donde”

Es de los buenos hombres que habitan esta Patria, es de la estirpe que ya no abunda, es del tamaño gigantesco de los gauchos de mi pueblo. Por eso, a usted, don Néstor ¡¡¡SALUD!!!

Irma Graciela Tolosa.



-Arbol genealógico-

Mis Orígenes y Trayectoria de Vida

Primera Parte (1860-1967)

Mi origen vasco

Soy *Néstor Burcaizea*, nacido en Bolívar el 8 de Octubre de 1920. Hijo de Félix Burcaizea Zabaleta y Jesusa Escarrá Urruti y nieto de Antonio Burcaizea Sugasagoitía y Manuela Zabaleta Echeverría y mis abuelos maternos Cipriano Escarrá y Micaela Urruti. A mi abuelo Antonio lo trajeron sus padres a la edad de dos años por el año 1860 al pueblo de Navarro Pcia. de Bs. As. Los padres de Antonio eran Miguel Burcaizea y Silvestra Sugasagoitía oriundos de Bilbao, España (país vasco).

El Dr. Alberto Sarramone, profesor de arqueología y prehistoria, nacido en Argentina el 3 de Enero de 1935, hijo de vascos, dice en su libro: "*Los abuelos vascos en el Río de la Plata*" que el país vasco de 20644 kilómetros cuadrados, más chico que la provincia de Tucumán, se encuentra en Los Pirineos, cordillera que divide a Francia de España, una longitud en lí-

nea recta de 435 kilómetros. Esta cordillera está acompañada de montes de robles, nogales y otras especies, llamados Monte Perdido, en cercanías del mar Cantábrico.

Sarramone se refiere a estudios arqueológicos que datan que la etnia o raza vasca en ese mismo territorio, existían desde diez mil años a.c., que vivían en cuevas en la montaña y en chozas en los montes seguidos a las montañas. Dormían en camas de paja en el suelo, los hombres usaban el pelo largo como las mujeres y se alimentaban de carne de cabra, bellotas de roble, nueces de nogal y pescado del río Bidasoa y del mar Cantábrico.

Desde sus tiempos más remotos mantienen sus dotes democráticos en base a la lealtad, franqueza, honestidad y humildad frente al débil; férreo y duro con el contrario a sus condiciones natas que a cualquier costo defenderá hasta la muerte si es necesario. Para el año 1800 empieza a producirse una superpoblación que se vieron obligados a observar e investigar adónde podrían emigrar y seducidos por algunos compatriotas que ya estaban en la Argentina de tiempos anteriores y veían que en este país se desarrollaba la agricultura y la ganadería y que hacían falta pastores de ovejas, oficio predilecto para la mayoría de los vascos, incluyendo a mis bisabuelos, también faltaban alambreadores, aradores con bueyes, tamberos y trabajadores con pala de mano para hacer jagüeles, terraplenes en pantanos y para vías de ferrocarriles.

La ganadería de vacunos y yeguarizos eran manejados por los gauchos, que ya al irse alambrando los campos por el año 1877 en adelante, el gaucho andariego y carneador a su antojo

de ganado cimarrón se encuentra acorralado y perseguido por policías y alcaldes, no tiene otra opción que entregarse y buscar conchabo con los nuevos compradores de las tierras y algunos militares que recibieron grandes lotes de tierra, como donación de los gobiernos, según sus méritos en las campañas al desierto. Estos terratenientes necesitaron a los gauchos maestros, por sus experiencias en el manejo de animales en arrees de haciendas vacunas y yeguarizas, domadores, carneadores, conocedores de los pastos buenos y malos de la región. También los vascos tuvieron buena aceptación en otros trabajos rudos que el gaucho despreciaba, pero hicieron buenas migas con los criollos, por venir de orígenes semisalvajes y adictos a hacer aventuras arriesgando su cuerpo y coincidir en sus conductas de no dejarse prepotear, ni admitir injusticias. También compartía tertulias en los fogones gustando de la farra y el vino, siendo así el extranjero más aceptado y que nunca llamó gringo como al de otras nacionalidades.

Miguel y Silvestra, de oficio criadores de ovejas y pastores de rebaños, siguieron la tarea en la Argentina. Mientras criaban a Antonio se iban corriendo de zona y llegaron a General Alvear por el año 1890. Antonio “*mama*” el oficio y con 28 años se casa con Manuela de 22 años y toma en alquiler un campo abierto solo con *mojones* y de grandes dimensiones poblado de ovejas con la producción al tercio en su favor. En el centro del campo había un rancho grande donde se alojó Antonio y Manuela, pasaron varios años y criaron nueve hijos: Tomasa, Antonia, Félix, María, Ramón, Micaela, Manuela, Amelia y Etelvina. Mientras se crían estos muchachos Antonio ayudado por Manuela muy acriollada y campera, decidida con polenta de vasco, cuando Antonio no podía salir a recorrer las majadas

por tener que ir a hacer algún trámite al poblado o algún otro viaje salía Manuela a recorrer con Félix por delante a caballo que tenía tres o cuatro años y si tenía que cuerear alguna oveja muerta sacaba el cojinillo y lo sentaba a Félix para que jugara con el rebenque. Mientras tanto cuando salían todas las familias de paseo a las vecindades o al pueblo salían los once en una jardinera grande como para mil kilos, tirados por dos caballos y Félix ya con diez u once años *cuarteaba*¹ de adelante con su montado.

Las ovejas que había en esa zona eran las criollas de panza y pata pelada y las pampas de lana larga y gruesa de origen chileno también llamadas *chiyudas* con una producción de tres kilos y medio de lana por año y un solo cordero, mientras la criolla rendía dos kilos y medio de lana pero mucha *mellizera*. Como se sabe era tarea difícil, dado las precarias comodidades con que se contaba, solamente había corrales de listones de madera *acollarados* con tientos donde se encerraba a menudo para hacer ciertos trabajos, como curar sarna a mano, que se trataba de tener limpia con un tratamiento de remedio casero que consistía en juntar orín humano en un tarro grande y le ponían tabaco, dejando fermentar. Se detectaba la picadura de sarna o grano cuando las ovejas estaban encerradas, la que se rascaba con la pata sucia de bosta y orín donde dejaba la marca, seguro que tenía el grano, se agarraba y se volteaba rasqueteando el grano con una *rasquetita* que se hacían con mangos de tijera de esquilar, se ponía el remedio y se refregaba un poco.

También una tarea fuerte era hacer leña de oveja, que se iba acumulando en el corral la bosta y cuando llegaba a unos

¹ Tirar con un caballo montado con una soga atada a la cincha al carruaje que puede estar en dificultades.

ocho o diez centímetros de espesor, se cortaba en cuadrados de treinta centímetros con una cuchilla atada a un palo, se clavaba mientras uno apretaba para abajo otro tiraba con una soga, se sacaban los cuadritos para afuera y se ponían a secar parados, después de secos se apilaban y se tapaban con paja o juncos.

La bosta de oveja es buena para leña en esa zona sur, por los pastos duros como esparto, paja colorada, pasto puna, pelo de chanco, etc. En cambio, en el oeste donde las tierras son más livianas no sirve como leña porque se mezcla con arena cuando vuela con los fuertes vientos.

Por el año 1904, ya con los hijos medio criados y con la hija Tomasa casada con Alejandro Naveiro y Antonia con Pedro Sarratea que quedan en Alvear mientras el resto de la familia decide trasladarse a Bolívar, tal vez para darle ubicación a esa “tropilla de hijas mujeres” que no podían seguir en esas soledades. Pedro Sarratea de oficio resero que arreaba para mataderos debe dejar esa actividad para dedicarse a trabajar con Antonia en diversas tareas, así juntan algunos ahorros y logran alquilar un campito, se dedican a la ganadería y con Antonia que pisaba fuerte de la madrugada a la noche empiezan a comprar algunas tierras hasta llegar a 1200 has. *Antonia en una ocasión por economía, largó los canarios por el motivo que no daban renta.* Hoy en General Alvear sus nietos gozan de esos bienes. En cambio Tomasa, casada con Alejandro Naveiro, hijo de un hacendado gallego él y una india mendocina más brava que *gato embolsado*, terminaron fundiendo los capitales que ambos poseían.

Félix, mi viejo.

Mi padre, con trece años sabía hacer algunas changas en su campo, esta india tenía muchas gallinas y una vez tenía que agarrar como treinta gallos para la venta y lo ocupó a Félix para agarrarlos con boleadoras de pedazos de carne que la india había hecho. Félix se pone en acción, viene un gallo volando frente a la india, Félix hace un tiro por elevación, le erra al gallo y se las envuelve en el cuello a la india. La india boleada lo encara a Félix, le da una revolcada que lo deja fuera de combate, Félix monta a caballo y dispara a su querencia, después de un tiempo hacen las paces. La india recibe una herencia de Mendoza, incluso una yeguada y potros criollos, le regala uno a Félix y elige un malacara patas blancas que bautizó Recuerdo.

En las diversas actividades que realizaba Félix, muy activo y decidido, ayudaba a sus padres en el cuidado de las ovejas, cuando había que encerrar en las noches para defenderlas de los pumas y perros *cimarrones* que en los juncales y *carrizales* se guarecían y salían en la noche a matar para comer.

El perro *cimarrón* era mediano, manto negro agrisado con las patas y la panza amarilla, vivía en grupos de ocho a diez para ayudarse en las matanzas. Félix sabía hacer de capitán para combatir estos enemigos, invitando a los vecinos, para salir de recorridas tratando de ralea estas alimañas. Para estos jóvenes era una fiesta estas cacerías que lo hacían de diferentes formas: arma de fuego, boleadoras, lazos y trampas que ponían de noche.

El refugio que usaron los cazadores de pumas, gatos, nutrias y patos, era el *bendito*. También lo usó algún malevo anterior al

1800 que huyendo de la autoridad, se refugiaba en el desierto protegiéndose al reparo de *carrizales*, *espadañas* o *totoras* para pasar desapercibido.

El bendito consistía en poner un cuero de vacuno o yeguarizo bien estaqueado fresco sobre una simple armazón de tres palos, dos estacas clavadas en el piso a la distancia que dé el cuero de largo, con una altura de 60 cm. y otro palo del largo del cuero sobre estas dos estacas, así quedaba un refugio provisorio para defenderse de las inclemencias del tiempo.

Félix también para ganar algún peso extra, hacía changas por temporadas. En una ocasión entró de arador en un campo vecino, que tenían dos arados modernos de esos tiempos, sería por el año 1904, arados rusos se llamaban, tirados por bueyes, eran de una reja para dos yuntas de bueyes cada uno. Arado muy pesado con unos timones como rieles de ferrocarril y sin asiento, para manejar de a pie.

Félix se tenía que levantar a las dos de la mañana, ir a buscar los bueyes y después atar el arado y arar todo el día, él con un arado y el patrón con el otro. Araban en unos pajonales, a veces saltando para no pisar alguna víbora o algún lagarto que también había.

Cuando llegaba la noche, el cansancio lo dominaba, pero el patrón no aflojaba ni un tranco, en la madrugada siguiente si no se levantaba en la primera llamada le pinchaba las costillas con una caña por la ventana desde su dormitorio a la piccita que dormía Félix. Ese es el sacrificio que se hacía para poder ganar un peso en aquellos tiempos.

Félix, mi viejo.

Mi padre, con trece años sabía hacer algunas changas en su campo, esta india tenía muchas gallinas y una vez tenía que agarrar como treinta gallos para la venta y lo ocupó a Félix para agarrarlos con boleadoras de pedazos de carne que la india había hecho. Félix se pone en acción, viene un gallo volando frente a la india, Félix hace un tiro por elevación, le erra al gallo y se las envuelve en el cuello a la india. La india boleada lo encara a Félix, le da una revolcada que lo deja fuera de combate, Félix monta a caballo y dispara a su querencia, después de un tiempo hacen las paces. La india recibe una herencia de Mendoza, incluso una yeguada y potros criollos, le regala uno a Félix y elige un malacara patas blancas que bautizó Recuerdo.

En las diversas actividades que realizaba Félix, muy activo y decidido, ayudaba a sus padres en el cuidado de las ovejas, cuando había que encerrar en las noches para defenderlas de los pumas y perros *cimarrones* que en los juncales y *carrizales* se guarecían y salían en la noche a matar para comer.

El perro *cimarrón* era mediano, manto negro agrisado con las patas y la panza amarilla, vivía en grupos de ocho a diez para ayudarse en las matanzas. Félix sabía hacer de capitán para combatir estos enemigos, invitando a los vecinos, para salir de recorridas tratando de ralear estas alimañas. Para estos jóvenes era una fiesta estas cacerías que lo hacían de diferentes formas: arma de fuego, boleadoras, lazos y trampas que ponían de noche.

El refugio que usaron los cazadores de pumas, gatos, nutrias y patos, era el *bendito*. También lo usó algún malevo anterior al

1800 que huyendo de la autoridad, se refugiaba en el desierto protegiéndose al reparo de *carrizales*, *espadañas* o *totoras* para pasar desapercibido.

El bendito consistía en poner un cuero de vacuno o yeguarizo bien estaqueado fresco sobre una simple armazón de tres palos, dos estacas clavadas en el piso a la distancia que dé el cuero de largo, con una altura de 60 cm. y otro palo del largo del cuero sobre estas dos estacas, así quedaba un refugio provisorio para defenderse de las inclemencias del tiempo.

Félix también para ganar algún peso extra, hacía changas por temporadas. En una ocasión entró de arador en un campo vecino, que tenían dos arados modernos de esos tiempos, sería por el año 1904, arados rusos se llamaban, tirados por bueyes, eran de una reja para dos yuntas de bueyes cada uno. Arado muy pesado con unos timones como rieles de ferrocarril y sin asiento, para manejar de a pie.

Félix se tenía que levantar a las dos de la mañana, ir a buscar los bueyes y después atar el arado y arar todo el día, él con un arado y el patrón con el otro. Araban en unos pajonales, a veces saltando para no pisar alguna víbora o algún lagarto que también había.

Cuando llegaba la noche, el cansancio lo dominaba, pero el patrón no aflojaba ni un tranco, en la madrugada siguiente si no se levantaba en la primera llamada le pinchaba las costillas con una caña por la ventana desde su dormitorio a la piecita que dormía Félix. Ese es el sacrificio que se hacía para poder ganar un peso en aquellos tiempos.

Entre bueyes y carretas

El *buey* era un novillo con aspas, que se empezaba a amansar cuando tenía unos dos años y medio a tres, se le ponía el *yugo* a uno manso, se arrimaba al palenque donde estaba atado el *arisco*, se ataba la otra punta del *yugo*, así ya unidos o ayuntados se hacían caminar juntos, el nuevo saltaba y tironeaba, hacía todo lo que podía para desentenderse del problema, pero el *manso* se mantenía sereno y confiado en su fortaleza y baquía, esperaba que su nuevo compañero se acostumbrara al *yugo* para trabajar juntos. Así se seguían estas prácticas hasta poder manejarlos sin prenderles ningún elemento, cuando se ponía al corriente y obedecía a cambiar de dirección, parar y arrancar de acuerdo a la orden del conductor, recién se le prendía algún tronco para que aprendiera a tirar. Entonces ya se podían prender sin problema al *pértigo* de una *carreta*, un *arado* o *pala de buey*.

El *yugo* era un palo de sauce mimbre, por lo general, por ser liviano y fuerte de un largo de un metro con cincuenta y unos doce centímetros de espesor, en cada punta se le daba la forma de la nuca y el tronco de las aspas, para después *uñir* o sea atar el *yugo* en la nuca del buey, uno en cada punta del *yugo*, así queda *uñida* la *yunta* lista para prender.

Para atar el *yugo* se usaban sogas sobadas de *dos dedos* de ancho por dos metros y medio de largo, llamadas *coyundas*. Primero se dan dos vueltas en el tronco del aspa bien apretadas para que no lastime el *yugo*, en el cuero del tronco del aspa. Entonces se pone el *yugo* encima, se ata bien ajustado y ya queda lista la *yunta* para prender.

Quiero aclarar que el buey llegaba a su máximo potencial de fuerza después de dos años de trabajo. Era un ejercicio

que le hacía desarrollar la musculatura, los huesos y engrosar el cuero, hasta darle un físico importante.

Esto se comprobaba comparándolos con sus compañeros de la misma edad y origen que se destinaban para *señuelos*.

Los *señuelos* eran novillos que usaban los troperos para guía de haciendas ariscas, se hacían marchar en la punta de la tropa. Estaban amaestrados con silbidos, algún grito especial o *revo-leada* de poncho, para hacerlos desviar o seguir para adelante y, como decía, quedó demostrado que este trabajo liviano no desarrollaba musculatura ni huesos como el buey al *yugo*.

El buen *carretero* era poco menos que un sabio, para enseñar a tirar a un buey. Empezaba con cargas livianas, y tratándolo con cariño, le iba aumentando la carga a medida que lo fuera aceptando, y nunca obligándolo a tirar lo que no puede llevar, para mantenerlo creído que él lo puede todo, así puede llegar a hacer esfuerzos increíbles. En caso de pantanos u otras emergencias, el carretero tenía conocimientos para no dejarlo fracasar, buscando auxilio de *cuarteadores* o aliviando la carga.

En los pantanos o pasos difíciles siempre estaban los *cuarteadores*, que vivían en un rancho, provistos de bueyes, caballos y buenas *cuartas*, para ganarse la changa ayudando en esos malos pasos.

La *carreta* fue un medio de transporte muy importante en esos tiempos. Era una especie de carro con dos ruedas, de dos metros de altura y llanta de seis pulgadas de ancho. La rueda alta y ancha, era más liviana y se adaptaba mejor a los caminos desperejos haciendo más suave el *traqueteo*. Al ser la llanta tan

ancha, se enterraba menos en el piso blando. Su capacidad de carga era de 3 a 4 mil kilos. La carreta tenía capota de cuero para resguardar las mercaderías y llevaba un doble forro en el techo, para llevar prendas delicadas, como ropas y alguna guitarra, para acortar las noches, cantando las penurias y alegrías vividas en esos viajes de travesías.

Había empresarios que poseían una tropa de carretas, hasta de 8, 10 o más que viajaban juntas, a veces varios meses trayendo del norte *bordelesas*² de vino, yerba, azúcar, maderas y demás.

El capataz de la tropa de carretas iba de a caballo con una tropilla de caballos mansos y un secretario también a caballo y con tropilla por si había que mandar algún *chasqui*, carnear, conseguir las provisiones, adelantarse a las paradas para pasar la noche, buscar aguadas, pastoreo y juntar los bueyes cuando estaban sueltos, para volver a *uñir*.

También en las carretas se llevaban gallos, para que marcaran la hora en las madrugadas con su canto. Primer canto de gallo a las dos de la mañana y después cada hora hasta que aclarara. Otra señal de la hora eran las estrellas que algunas forman figuras, como el avestruz, la gallina con pollitos, las tres marías, cruz del sur, la rastrillada y algunas otras. También el *lucero* que es una estrella más grande que sale adelante del sol, una hora antes de terminar la noche.

Las carretas viajaban al mercado de abasto y también a Buenos Aires como a distintos puntos del país llevando: cueros, lanas, *cerdas*, cereales y otros productos.

² Tonel de vino

De vuelta traían artículos importados como útiles de hierro, de mayor y menor medida, también mercaderías comestibles, como: harina, duraznos envasados y lo que encargaban los almacenes de ramos generales, también bebidas alcohólicas y demás menudencias que estos mayoristas repartirían a las pulperías de menor alcance.

En cuanto al transporte menor por el año 1900 estaban las *zorras*, unos carritos para 500 kilos, con *pértigo* para enganchar de la cincha del caballo montado, para marchar al tranco o al trotecito. Muy usado para carnear a campo y para llevar a los rodeos todo lo necesario para las *yerras*.

Otro medio de transporte rudimentario eran las árganas, que consistían en unos bolsones de cuero crudo, con el pelo para afuera, con la boca de unos 70 centímetros y de 80 o 90 centímetros de profundidad, se colocaban dos a cada caballo, una a cada lado unidas arriba del recado, se llevaban dos caballos, uno montado por el conductor con menos carga, y el otro de tiro con la carga mayor.

Félix, mi padre, con casi 14 años ya ovejero definido, y con mucha experiencia, copiaba del gauchaje de la zona. Trabajando como ayudante en los campos vecinos, en rejunes de yeguarizos parándolos a *rodeo*, en campo abierto, donde estaban plantados los famosos *rascaderos* cerca de las aguadas, que consistía en postes de gran tamaño donde se rascaba el vacuno y que se los rodeaba en las noches, para que mantuviera la *querencia*.

Se aprovechaba esos postes para atar una yegua madrina con su correspondiente tropilla, que servían de *señuelo*, en es-

tos casos se invitaba la paisanada de los campos vecinos y se rodeaba la yeguada alrededor de esta tropilla entre unos 10 o 15 hombres haciéndoles ronda y haciendo dar vuelta siempre a la derecha.

Estaba un enlazador de los más duchos y daba vueltas con el lazo armado, buscando hacer *orillar* el animal que había elegido, le echaba el lazo al cogote y lo sacaba fuera del rodeo, si era para capturar y marcar, los de a pie los *pialaban*, abriéndoles el lazo por las paletas les agarraban las manos y los volteaban.

Si eran potros para domarlos los iban *acollarando* con mansos, y así los arreaban fácilmente.

Estos animales por lo general eran criollos, descendientes de los *cimarrones* que habitaban a su libre albedrío por todo el país, y habían adquirido una fortaleza muy importante, como quedó demostrado con la hazaña de *Gato y Mancha* de propiedad de Solanet dirigida por Aimé Tschiffely en el viaje a Norte América. Esta fortaleza fue producto de la clasificación natural durante siglos. Porque siempre era el más fuerte el que dominaba la situación.

Se armaban unas guerras impresionantes entre los *castizos o sementales* y el que lograba correr a los rivales, se hacía cargo de 15 o 20 yeguas, a las que mantenía en su poder, con todas sus energías y celos, marcaba el territorio que había elegido, con grandes montones de bosta que los orinaba encima para darle más potencia al olor y desviar a los intrusos.

Este compromiso era ineludible y no le cabía renuncia, y hasta se jugaba la vida si era necesario, defendiendo sus reli-

quias de los pumas y perros *cimarrones* que habitaban en *juncales* y *carrizales* que salían a buscar alimentos. Cuando había potrillos chicos salían a atacar estos cazadores, las yeguas por instinto hacían una ronda con las *ancas* hacia afuera encerrando los potrillos dentro de la ronda y se defendían a patadas. El padrillo quedaba afuera de la ronda y peleaba con toda ferocidad a manotazos y patadas, así los felinos o caninos no lograban el intento de comerse alguno.

El perro *cimarrón* muy feroz en estado salvaje, resultaba fiel y compañero del hombre si era criado y educado de chiquito.

Fui creciendo escuchando de mi padre estas experiencias. El siempre con su condición de la verdad y honestidad en las que creí plenamente:

El hombre que dice la verdad

lleva la paz consigo

está rodeado de amigos

y lo protege la dignidad.

Con su espíritu inquieto y aventurero no perdió detalle y se introdujo en el más mínimo y difícil quehacer campero.

También fue *postillón*, el que atendía la posta teniendo los caballos listos para cuando llegara la *galera*, para cambiar los caballos y hacerse cargo de los que desataban.

Estas *galeras* eran tiradas por 6 o 7 caballos y llevaban hasta 10 pasajeros como máximo. Tenían las *postas* para el cambio de caballos a unas 3 o 4 leguas, y solían tener un itinerario de 3 o 4 pueblos; la marcha era a toda carrera, como respondieran las caballadas.

Las aguadas donde no habían arroyos ni lagunas, eran bastante difíciles, se hacían pozos a pala de mano, hasta la vertiente a veces de 3 o 4 metros de profundidad y 2 de ancho para sacar el agua del pozo con un bolsón de cuero de vacuno, llamado *pelota* con una capacidad de 30 o 40 litros. Se ponían unos palos arriba del pozo a una altura como para que diera lugar para poner una *roldana*, a la *pelota* se ataba una sogá tipo lazo, se pasa por la *roldana* y se tira con un caballo, cuando sale la *pelota* llena de agua al llegar afuera del pozo, tiene otra sogá atada de un costado al palo de la *roldana* que al llegar al límite vuelca el agua sobre una canaleta de cuero o de chapa, de ahí corre hasta el tanque que era de tierra, bien *psonado* para que no pierda, y al piso también de tierra se le hacía un barro chirlo de 15 o 20 cm. y después se le echaba el agua. Después, ya más moderno, hubo el *balde* volcador de chapa, con sistema de carga y descarga.

Hablando de antigüedades vamos a pasar a las vestimentas; se usaba la *bota de potro*, primero por economía, porque la bota de fábrica no estaba al alcance de todos. También se hacía otro calzado de cuero más simple, llamado *usutas*, era trabajo de un rato y se hacía de la siguiente manera: se cortaba un pedazo de cuero con pelo, medio *sobado* de unos 50 cm. de largo y 30 cm. de ancho, se doblaban las puntas y los costados para arriba, se le hacía unos hojalillos por donde se les pasaba un *tiento* y se ataba en el tobillo, lo que sí, no era para piecito delicado.

La *bota de potro* era un trabajo de lujo, se cuereaba en *bolsa*, o sea, sin abrirlas, se cortaba cerca de la verija del potro, alrededor de la pierna y se empezaba a cuerear para el lado del *vaso*, así iba quedando al revés y terminaba en el nudo debajo del garrón, se descoyuntaba el nudo y ya salía la bota entera.

Primer procedimiento: se ponen los cueros en el agua durante una noche, o sea diez horas, para que afirme la piel, se *lonjea* a cuchillo y después de peladas se dejan *orear* sin que lleguen a secarse, se le da una *maceteada*, que sería media soba, se ponen unas diez horas sumergidas en leche, se dejan *orear* y de nuevo se vuelve a la *maceteada*, hasta que queden bien blanditas, y ahora lo más difícil mantenerlas siempre frescas y tratando de sacarle las arrugas producidas por la *maceteada*. Poner sobre una madera lisa, frotar y frotar con la palma de la mano hasta dejarlas lisas, después se pone el pie adentro, se marca la plantilla para dejarla entera, y con cuchillo muy bien afilado, se va *descarnando* toda la parte de arriba con mucha paciencia y cuidado, para dejarla pareja y fina. Después de *descarnada* se le pone talco para darle suavidad y blancura, se sigue *sobando* a mano sobre una mesa, como amasando para tortas fritas. Cuando se considera totalmente *sobadas* se vuelve a meter el pie adentro, se corta la punta a medida del pie de mayor a menor de acuerdo a los dedos.

Se da vuelta del revés, se cose a mano con tiento o hilo, costura muy fina y prolija, que quede bien lisa, se vuelve a dar vuelta y ya queda lista para usar.

Las botas más lujosas eran las de potro blanco o que tuviera las patas blancas hasta las *verijas*. La leche tiene todas las pro-

pedradas para darle frescura y blanca y el talco la suavidad que necesita. Si era para estriar entre los dedos, se les cortaba las puntas para que quedaran los dedos libres para enganchar el estribo que era un *botón pampa* en la punta de la estribera.

Corazón de potro se le llamaba al sombrero que se hacía con el cuero de la panza del potro, se sacaba un pedazo de cuero redondo en torno al ombligo. Se *lonjeaba* o no, se tomaba un palo y se le daba la forma de la cabeza del hombre, se lo ponía fresco encima, se ataba un tiento como la cinta que llevan los sombreros y se moldeaba el ala para arriba, se dejaba secar y después para que fuera más aceptable a la cabeza se podía poner un forro de cuero de gato o de cordero muy bien sobado.

El sombrero panza de burro, se trabajaba de la misma forma, con el cuero de la panza del burro, pero ya más usado en el norte.

El talero, era un rebenque hecho con *gajo de tala* y cuero *sobado*. *Tala* es el árbol natural de madera dura muy flexible que existe en la zona sur de La Plata hacia el Samborombón y el norte de Córdoba.

*El hombre campero
no le envidia a la ciencia
le basta la experiencia
para arreglarse sin dinero.*

Comidas de esos tiempos: la harina de trigo no debía faltar, porque no se podía ir a las panaderías por las distancias, se hacía el pan criollo, el pan con grasa en el horno de barro, harina con leche, buñuelos, rosas y tortas fritas y hasta engrudo para pegamento.

El mortero tampoco faltaba para hacer el pisado de maíz para la mazamorra y hacer *chatasca*, pisando la carne en *charque* hasta dejarla bien molida, para hacer guisos y otras comidas.

El charque era carne secada al sol cortada como para bifes delgados de carne de vaca. Así se conservaba largo tiempo. Una forma de conservar ya que no había heladera ni freezer.

La chanfaina. Era una comida que se hacía el día que se carneaba un borrego o capón, se juntaba la sangre cuando se degollaba, se picaban todas las achuras, se mezclaban con la sangre y se freían, resultaba una comida rápida.

Lo más rápido y frecuente era el *churrasco a las brasas*. Y para fiestas o acontecimientos el *asado con cuero*. Frecuentemente y costumbre general era elegir un *mamón* de 150 a 200 kilos. Se abría el animal panza arriba y sacándole panza y tripero, una vez limpia y bien abierta en el suelo, se descoyuntan los huesos y se van sacando bien pelados, quedando la carne y el cuero, se rebajan las partes más gruesas, los cuartos y paletas, quedando un espesor más o menos uniforme. Como la parte de las costillas queda siempre más delgada, se saca aparte haciendo un corte transversal atrás de las paletas y otro delante de los cuartos, así quedaría en tres lotes: cuartos, costillar y paleta, también se puede hacer entera si hay comodidades.

Estos eran los oficios de criollos entre otros, *tropero, esquilador, domador, soguero*. También quiero aclarar que había dos tipos de criollos. Estaba el *gaucho de ley*, cumplidor, señor y responsable, que desempeñaba su amor y dedicación y con un amor propio que lo que hacía él, debía ser lo mejor posible y cumpliendo con lealtad, de acuerdo a la ley gaucha, para merecer el nombre de *gaucho de ley*, prestigio absoluto:

*El hombre que ama la vida
sella en testamento
la palabra como documento,
la honestidad como guarida.*

También existió el *gaucho maula*, irresponsable en primer término, elegía los trabajos más fáciles y nunca llega a terminar algo bien, la gauchada se la debían hacer a él. Si tenía patrón y había compañeros, siempre trataba de hacerlos quedar mal, con alguna *alcabuetería*. Así le sacaba el cuerpo al trabajo, esperando que los demás hicieran su tarea, también se rebuscaba de domador y nunca hizo nada más que estropear animales, que por lo general había cobrado la doma por adelantado. Por eso muchos europeos se confundieron y creyeron que ese era el estilo argentino.

Tampoco tenía buenos amigos, porque pedía prestadas prendas o plata que no devolvía nunca más. Dueño de la *viveza criolla*, como vender algún animal con mañas o defectos sin

decir nada. También tomó parte en las *cuatreadas* arreando animales robados de noche como socio de los grandes *cuatros*, algunos arrimados a políticas corruptas con caudillos de dudosas conductas. Ese mismo gaucho maula ya más civilizado pero de la misma calaña, trata de intervenir y refugiarse arrimándose a los poderes, que sólo con leer los periódicos de alto nivel te queda claro cómo ha evolucionado esa mala práctica, de hacerse rico a costa de los esfuerzos del trabajador honesto, que paga todos los impuestos y se desvive por cumplir y criar su familia con toda humildad. Dios quiera sea reconocido en el cielo, porque en la tierra no lo veo muy protegido, porque si bien lo conforman con algún beneficio, lo condenan a subsistir solamente sin oportunidades de algún programa de emprendimientos o progreso alguno. Porque les conviene tenerlos marginados con algún subsidio y algún regalito antes de las elecciones.

En cambio, el gaucho de valía o de prestigio, mantenía el orgullo de ser gaucho ejerciendo su virtud nata, de hacer la gauchada sin meditación ni especulaciones. También se le dio en llamar *paisano aseado*, por la prolijidad que llevaba en su vestimenta y el cumplimiento en sus obligaciones:

*Les pido atención paisanos
les voy a hacer referencia
a una serie de experiencias
que me formaron en el llano.*

*No soy hombre de la montaña
ni tampoco montarás
pero en el llano fui capaz
de mostrar alguna hazaña.*

*Aunque la edad me avanza
me queda la voluntad
y me siento autoridad
para dejar una enseñanza.*

Donde se lució con grandes méritos fue domando, tanto para trabajo como para deporte. Este trabajo lleva un año por lo menos; si se quisiera hacer en menos tiempo, con perdón de la comparación, sería como pretender que un niño aprobara la primaria y secundaria en tres años.

Hay que dar tiempo al tiempo, para que quede en las retinas y pueda responder correctamente. Este trabajo consistía en ponerse las pilas con paciencia y amor al oficio para tener una buena comunicación con el noble animal, como es el caballo, que no tiene límites respondiendo a su amo, hasta donde le dan sus fuerzas. Es irracional, pero eso no quiere decir que sea indiferente, se maneja por instintos y detecta inmediatamente la calidad del hombre, le huye a la violencia, sin aceptar disciplinas. Tenés que demostrarle que no sos un depredador y que

pretendes ser su amigo y verás cómo responde noblemente. Por lo demás hay que ir a la práctica porque es imposible entenderlo por teoría, por ser muy distintos los genios y actitudes de cada animal.

Bolear bajo el freno. Esta frase pertenece al gaucho del 1800, activo y diestro para bolear avestruces, que preparaba su caballo para mantenerlo inmóvil mientras era necesario, o desarrollar toda la velocidad en pocos metros. Así se dirigía en busca de la presa, cuando divisaba la avestruzada, que por lo general andaban en manadas en pajonales, *punales* u otros pastos naturales.

Se dirigía al tranco suave echado sobre el cogote del caballo, y cuando un avestruz lo detectaba empezaban a levantar las cabezas estirando los cogotes, para esto ya el paisano le había puesto un pañuelo rojo como vincha al caballo para llamarles la atención, entonces era el momento de quedarse parado, siempre dando el frente y sobre el cogote e inmóvil con dos pares de boleadoras a mano. El avestruz atraído por la curiosidad al no entender de que se trataba, empezaban a arrimarse cautelosamente, cuando el gaucho creía que era la distancia requerida, levantaba en las riendas a su pingo y en la atropellada llegaba a entreverarse con los avestruces, ahí era cuando *boleaba bajo el freno*, que si le daba el tiempo boleaba dos:

*Ingenio y tradición
para poder hacer gala
en las buenas y en las malas
de esta criolla estimación.*

La carneada consiste en lo siguiente: después de degollarlo se le sacan las plumas de los alones muy buscadas para plumeros, los alones después de pelados, hechos a la parrilla son exquisitos, porque tienen carne tierna y mechada con grasa; la *picana* -esta carne se encuentra en el anca del avestruz, como el cuadril en la vaca- en cambio es magra, la grasa está aparte entre el cuero y la carne. Se come también a la parrilla y en milanesas, muy buena. Como los alones de sabroso es el *mate* así se le llama a la punta del pecho, que se saca rodeando todo el hueso completo con cuero y se hace asado. También se saca la panza y se pela el pellejo de adentro que se llama *pecina* y se vendía también en las farmacias, como regulador de estómago, digestión y empachos. Las venas de las patas servían para hacer ligas para los calambres, la grasa se mezcla con *romerillo*, se pone en una botella y se deja unos 30 días en fermento para curar caballos del *encuentro*.³

El tratamiento: se pelan los dos *encuentros* del caballo del lado dolorido y del otro por prevención, se mueve un poco el caballo para que tome temperatura, entonces se frota los encuentros con el preparado por varios días hasta que se vea agrietarse el cuero y empieza a supurar, entonces se suspende el remedio. Se lava bien con agua tibia y jabón hasta que empieza a renovarse la piel, se deja sin trabajarlo dos meses, así termina el tratamiento. Advertencia: se debe curar ni bien se note manco y no trabajarlo ni antes ni después de la cura.

³ La región topográfica que involucra a la articulación escápulo-humeral se la denomina *encuentro*.

Cuando la noche calla.

Esta noche fría y callada de 25 de Agosto de 2011, que hasta los pájaros están en silencio acurrucados en sus refugios, lo mismo que yo en el fogón mirando el fuego, parece que las llamas me alumbraran los recuerdos de mi niñez, cuando mi abuela Manuela me contaba los pasajes desde que era niña, allá por el 1870 en adelante, cuando estaba con sus padres, Francisco Zabaleta y Tomasa Echeverría, en el partido de Navarro, puestero de estancia y habilitado en la producción lanar, en un rancho de barro con techo de paja y en campo abierto.

En esos tiempos era costumbre dar alojamiento a personas que andaban de paso. *Un día apareció un hombre a caballo, pidió permiso para quedarse unos días, le dieron autorización y pasado un tiempo prudencial, le dijeron, creyendo haber cumplido si podría seguir su camino. No dijo nada y se fue, pero en la noche vino y les prendió fuego al rancho cuando ellos estaban durmiendo, vieron el fuego que avanzaba, se levantaron y empezaron a sacar lo poco que tenían y descubrieron que era el mismo hombre que se había ido el día antes, porque encontraron restos de mecha con que prendió, de un pedazo de camisa bataraza que le habían regalado ellos. Entonces se acomodaron en una carreta que tenían por dos o tres meses hasta que repararon el rancho.*

Pero al poco tiempo tuvieron otro caso, *Zabaleta había ido al poblado a cobrar un dinero correspondiente al porcentaje de una venta de lana, cuando volvía lo persiguieron dos individuos con miras de sacarle el dinero, lo corrieron de a caballo pero no le pudieron dar alcance, porque iba montado en un caballo que tenía preparado para las cuadreras. Llegó a la casa, desensilló, tapó*

el caballo y lo ató a la estaca como de costumbre, lo racionó y se dedicó al reposo. En altas horas de la noche escuchó unos ruidos que hacían los forajidos para hacerlo salir, y él confiado que era la yeguada que le estaban manoteando unos materiales que tenía para alambrear, se levantó y cuando abrió la puerta avanzaron los dos malhechores, él intentó cerrar la puerta y entraron en lucha. Zabaleta y su mujer empujaban para cerrar, pero los de afuera también empujaban y gracias al perro que los atacaba, lograron poner la tranca. Entonces los tipos subieron al techo y empezaron a cortar la paja del mismo para meterse, entonces Tomasa al ver que Zabaleta estaba medio abatado, puso una mesa y para ponerse más a tiro subió arriba con una lanza que tenía hecha con una caña y una hoja de tijera de tusar y se la mandó por el agujero que estaban haciendo. El tipo pegó un grito, una puteada y desaparecieron.

Mis abuelos Antonio y Manuela por el año 1905 se trasladan a Bolívar con Félix y el resto de los hermanos: Ramón, Micaela, Manuela, Amelia y Etelvina, quedando Tomasa y Antonia en General Alvear. Ya instalados en Bolívar, mi abuelo Antonio toma un nuevo oficio: vendedor ambulante (con la jardinera que trajo de Alvear con algunos caballos), vendiendo mercaderías y comestibles en las estancias y chacras de Bolívar.

Félix, mi padre, con sus 14 años consigue trabajo en “San Pedro” un campo de 500 hectáreas ubicado a cinco leguas de la ciudad de Bolívar, al margen del arroyo Vallimanca.

Este campo era propiedad de Pedro Urruti (hijo), quien había heredado de su padre Pedro Urruti, un vasco que vino a Bolívar desde Saladillo con sus cuatro hijos: Pedro, Cipriano,

Cornelia y Micaela en el año 1879 con un grupo de aventureros y laboriosos. Pedro Urruti compró 2000 has. a \$4000 la legua (\$1,60 la hectárea), acampando en esas llanuras para alambrearlas y edificar sus casas, donde todavía merodeaba la indiada.

Esos valores de campos parecen un regalo, pero los riesgos que corrían tenían un costo muy alto al estar a cinco leguas del pueblo fundado en el año 1878, un año antes de su llegada, donde recién se estaban formando las comodidades elementales, como: medicina, alimentación, materiales de construcción y todo lo necesario para una vida digna.

Nada era fácil: ocupar un campo virgen y abierto, hacer aguadas, alambrear, edificar, poblar de hacienda, adquirir herramientas para poner en marcha una producción.

Sin embargo, Pedro Urruti (padre) en 1920, tiene las 2000 hectáreas en producción, 500 has. para trigo y maíz y 1500 has. para hacienda vacuna Shorthorn y lanares Lincoln, más una manada de yeguas criollas con padrillo árabe.

Cuando muere Pedro Urruti (padre) se reparten las 2000 has. en partes iguales los cuatro hermanos. Micaela, mi abuela materna, casada con Cipriano Escarrá, con sus nueve hijos: María, Jesusa (mi madre), Argentina, Juana, Aurora, América, Amparo, Elvira y Cipriano; venden el negocio de ramos generales que poseían en Saladillo y se trasladan a Bolívar a poblar y cultivar el campo de 500 has. que le correspondió por herencia.

Como decía anteriormente, allá por el año 1916-1917, Félix se hace hombre en “San Pedro” con Pedro Urruti (hijo), quien

era muy buen administrador y campero a la usanza criolla, destacándose como soguero en trabajo fino, domador, enlazador contra el campo, pialador y muy prolijo en todos los quehaceres de la estancia. Con lo cual Félix trabajando como peón y mano derecha de Pedro, al coincidir como vascos laboriosos y honestos comparten las tareas con gran cordialidad y respeto.

Entre los trabajos de más responsabilidad de Félix, uno era el de cochero, haciéndose cargo del mantenimiento de un coche con capota y faroles a kerosene para dos caballos, que se mantenían a galpón y ración permanente, para tener como auxilio por enfermedad o cualquier urgencia, para viajar tanto de día como de noche hasta Bolívar, distante a cinco leguas, cruzando el arroyo Vallimanca, aún estando crecido.

Los caballos para coche también los domaban Pedro y Félix. Ataban un potro en las varas de un carro grande de dos ruedas de 1,80 mts. de alto, como para 5000 kilos, Pedro piloteaba de arriba y Félix *cuarteaba* de adelante con su montado. También lo hacían domando para silla, potros que criaban en el establecimiento, siguiendo con la cría de criollos con árabe como lo hacía el viejo Pedro.

Ya habiendo cumplido Félix unos catorce años de trabajo con Pedro, se había hecho acreedor de una gran confianza de su patrón que solía mandarlo a ordenar algunas tareas al campo de los Escarrá, donde vivía Jesusa de unos 20 años. Se enamoran y se casan por el año 1919. Pedro Urruti en agradecimiento por su comportamiento y considerándolo como un hijo, lo ayuda a independizarse alquilándole 80 has. de su campo lindero a las 55 has. de Jesusa.

Félix, recién casado y dispuesto a trabajar su campo, contrata un *ranchero* llamado Gabino Vera, para construir su vivienda, que constaría de dos dormitorios, cocina y un galpón, todo construido de *chorizo* y techo de *paja*. Tuvo que hacer la vivienda en las 80 has. alquiladas de Urruti porque el lote de Jesusa era inundable.

El *ranchero* tenía su técnica para hacer un rancho fuerte y garantido, por lo general el techo era de *esparto*, que se cortaba con anticipación y se hacía secar en camadas más o menos gruesas para que no se resecara, las paredes eran de barro mezclado con paja blanda, llamado *chorizo* (por la forma que se le daba a la mezcla).

Para hacer el barro se hacía un corral redondo de unos cinco metros de diámetro con postes y cuatro o cinco hilos lisos, se punteaba a pala lo más profundo posible, se le echaba agua y con 5 o 6 caballos que daban vueltas en lo que se llamaba pisadero, se seguía poniendo tierra, agua y paja, siempre pisándolo con los caballos, hasta que se desarmaran los grumos y quedara una buena liga, así se mantenía unos 20 o 30 días moviéndolo para mantenerlo *chirlo* hasta que tomaba el *punto*, esto era cuando al palparlo con los dedos, estaba pegajoso y suave, así cuando se levantaban las paredes y se secaba, a pesar de las lluvias, se mantenía intacto por muchos años. Mientras se hacía el tratamiento al barro había que armar las estructuras del rancho, clavando palos de madera dura, por ejemplo acacia o quebracho, se le daba forma al techo de dos aguas con bastante corriente, una *cumbrera* de palo de álamo que abarcaba todo el largo del rancho, si era de más de cuatro metros de largo se le ponía un *horcón*, que consistía en un palo de acacia con una

horqueta, que se clavaba en el piso, *enhorquetado* al medio de la *cumbrera* para que no se arqueara. Después se colocaban las *tijeras* -también de álamo- en sentido contrario a la *cumbrera*, a un metro de distancia entre una y otra y después caña -si era posible *tacuara*- cruzadas por encima de las *tijeras* a unos quince centímetros una de otra, luego se empezaba la techada doblando los manojos de paja húmeda por encima de las cañas cosiéndola con alambre fino; se comenzaba del lado más bajo y se seguía hacia arriba, siempre dejando las colas del manojito de paja por encima de la fila anterior para que deslice el agua de lluvia. Este trabajo es de mucho cuidado debe hacerse bien apretado y bien cosido para que quede duro y no filtre el agua.

Para las paredes el barro debe estar bien a punto. Se ponen dos hileras de alambre blando grueso alrededor de los palos, uno por fuera y otro por dentro, a unos diez centímetros una fila de otra y se van enganchando los *chorizos* de barro del tamaño que dé las manos. Una vez terminadas las paredes, y ya oreadas, se procede a dar el revoque fino, que también necesita su tiempo y que se hace mezclando bosta de caballo bien molida con barro. Para que salga un revoque fuerte y duradero tiene que ser muy bien trabajado y estacionado, hasta que quede bien negro y pegajoso, luego se coloca agarrando puñados con la mano y se pegan sobre la pared, luego se alisa con la palma de la mano mojada en agua y así queda liso y prolijo. También este barro se usaba para hacer los pisos de diez o quince centímetros de espesor, quedaban tan duros y lisos que duraban largo tiempo. Las aberturas de los ranchos también llevaban los marcos de palos, lo más derechos posible; las puertas se hacían de acuerdo a las posibilidades, las primitivas eran de cuero o de palos bien trabajados y unidos con tientos con una bisagra de

cuero de anca de potro de ocho centímetros de largo por cinco de ancho clavado en el marco. La cerradura se llamaba *tarabilla* que era una maderita de unos veinte centímetros de largo por cinco de ancho que calzaba la puerta del lado de adentro y para abrir de afuera se le ponía un tiento que pasaba para afuera por un agujerito, se tiraba del tiento, desenganchaba y abría; para más seguridad se colocaba una tranca del lado de adentro atravesada a la puerta con sus correspondientes enganches. Después, más modernas, se hicieron las puertas con listones de aserradero.

Así, con su vivienda terminada, en el año 1919 se casa con Jesusa. Félix con su vocación de independencia y deseo de éxito, arma un sistema propio de producción; la primera entrada sería la más cercana, que era ordeñar unas vacas que iba adquiriendo de a poco y para reducir viajes a vender la leche compra una desnatadora para sacar crema a la leche y llevarla a Bolívar una vez por semana. Pero empieza a aparecer un problema: las abundantes lluvias de esa época inundan la fracción de Jesusa en varias oportunidades, entonces decide alquilar una chacra a media legua de Bolívar en la zona alta. Le entrega muy agradecido las 80 has. a Urruti y sigue ordeñando las mismas vacas con Jesusa y pone un reparto de leche a domicilio en la ciudad, que le da el nombre de “La Esperanza”; manda hacer un carro de dos ruedas con capota donde lleva dibujados de los dos lados paisajes de campo y vacas en ordeño a mano. Ocupa para el reparto un hombre joven llamado Enrique Remis que va vestido de saco blanco y pantalón negro; en el carro todo brillaba, todo bien lustrado, los pisos, los tarros y los caballos gordos y arreglados prolijamente, mantenidos a ración todo el año, se ataban dos por vez y tenía tres yuntas para ir rotándolos, así

formaba un conjunto muy aceptable y pintoresco, porque su propósito era hacer una clientela de primera, comprometiéndose a ofrecer leche pura, sana y limpia, lo que le proporcionó una confianza importante.

Yo ya contaba con cinco años y recuerdo muy bien cuando se produjo este cambio; extrañaba un poco la *querencia*, añoraba esas cañadas y el arroyo Vallimanca que sabía cruzar con mi padre en algunos pasos con el agua al *encuentro* del caballo; también vi nadar, cuando el arroyo estaba crecido, a un paisano con su tropilla arreándolos en el montado, recuerdo que se veían nada más que las cabecitas y medio cogote; también me quedó grabado el grito del *chajá* que habitaba en esa región, un grito resonante que hacía eco en las cañadas y que en las noches hacía de vigilante dando su grito característico (del cual toma el nombre), denunciando a cualquier intruso que cruzara su territorio; vive en parejas, cría sus pichones de a cinco o seis que emigran cuando se hacen adultos y queda la pareja en su lugar marcado.

Este ave tiene un grito emocionante que me quedó grabado en los tímpanos y en la mente, aún me ocurre a los noventa, cuando siento el grito de algún chajá perdido en el oeste de la provincia de Buenos Aires donde actualmente vivo, hace más de ochenta años, se me presenta un panorama imaginario como si fuera una película donde veo los pajonales de mis primeros años de la niñez, con todos esos paisajes donde las nostalgias y la emoción me hacen brotar alguna lágrima.

Siguiendo con las decisiones de mi padre, como le va bien con su lechería, alquila otra chacra un poco más grande y más cerca del pueblo y sigue con su reparto de leche. Esta chacra era de un tal Del Yesso, donde había dos poblaciones: una ocu-

pamos nosotros y en la otra funcionaba una escuela, donde fui yo con casi ocho años a primer grado primario.

¿Por qué estamos en Fortín Olavarría?

Resulta que los Urruti tenían parientes en Quemú Quemú y en un viaje que hicieron lo trajeron a Félix, por el año 1926/27; eran años muy buenos, había buenas cosechas y mi padre se enamoró de la zona, y deciden con mi madre vender las 55 has. herencia de Jesusa. Vende el reparto de leche con vacas y todo, y como su hermano Ramón, soltero y trotamundos después de recorrer hasta el cansancio por diversas zonas, toma asiento en Fortín Olavarría y se casa con Elena Moressi, éste fue otro atractivo para Félix. Su hermano ya conocedor de la zona lo anima y se traslada con mucha esperanza. Manda a hacer un carro de dos ruedas en la herrería y carpintería de Bolívar, con capacidad para cuatro mil kilos, compra como veinte caballos y decide trasladarse. Alquilan una chacra en Fortín Olavarría al señor Ángel Scardino (hoy propiedad de Barbieri hnos).

Nos deja, a mi madre y los cuatro hijos: Néstor, Alicia, Jorge y Odencia en casa de las hermanas de Jesusa, hasta tanto realizara la mudanza. Ocupa otro carro más grande que el suyo y un *resero* con tropilla llamado Sosa, como encargado de las caballadas, buscar aguadas, carne, leña y lugares para *hacer noche* y paradas a mediodía.

Salen en los primeros días de Enero de 1929 y hacen el recorrido en nueve días, a un promedio de seis leguas por día: cortando de Bolívar a Nueva Plata, viniendo a salir a Beruti, de ahí a Martín Fierro y luego Fortín Olavarría.

Instalado en el campo alquilado, como dije anteriormente, nos manda a buscar en coche de alquiler -Ford A capota de lona de Saturnino Crespo de Fortín- y salimos el mismo día de Enero como a las diez de la mañana con todo el sol, porque el cochero había llegado como a las nueve, ya que había salido a la madrugada de Fortín, todo camino de tierra, porque el asfalto no se veía ni en fotos! Llegamos, unos descompuestos, otros dormidos, en lo que era como un viaje a la luna para nosotros.

Aquí nos adaptamos muy bien porque era tan grande el amor que reinaba en el hogar que todo era aceptable y bienvenido.

Se organizan Félix y Jesusa para enfrentar el nuevo desafío de trabajar la chacra, dedicándose solamente a la agricultura y 4 o 5 vacas lecheras para el sustento de la casa, más 8 o 10 chanchas de cría; la producción se consumía haciendo las carneadas en invierno de 7 u 8 capones para jamones y salames y lechones al asador cada vez que mi padre lo disponía.

Había hecho una ensenada de una hectárea alambrada con tejido realizado por él mismo con una maquinita propia a tal fin. Se mantenían con algo de grano y se largaban a *pastorear* algunas horas por día al campo, tarea que me tocaba a mí con mis ocho años ya veterano para andar a caballo, estaba con ellos atajándolos para que no se fueran a los campos vecinos, cosa totalmente prohibida por mi padre. Yo montaba en el malacara llamado “Recuerdo”, que ya nombré al principio, compañero de mi padre desde Alvear, Bolívar, terminando sus días en Fortín a los 41 años de vida, que los últimos 4 o 5 años lo mantenía a ración y tapado en los inviernos.

Ese mismo año, 1929, como había ido en Bolívar a primer grado, seguí en Fortín de segundo a cuarto grado, tuve que dejar ahí porque no había más grados ni posibilidades de seguir en otro lado por razones económicas, ya que empezó a afirmarse la sequía.

Ésta comenzó en el año 1930 y siguió hasta el 37-38, incluso el 12 de Abril de 1932 cayó la ceniza de un espesor de 10 a 12 cm. abarcando una gran zona del oeste. Mi padre sembraba para cosecha en la chacra alquilada que aguantó cinco años, cosechando muy poco y nada, terminando fundido en 1935, mientras habían nacido otros dos hermanos: Héctor y Rubén. Por lo tanto éramos nueve a comer, Félix, Jesusa, sus seis hijos y la abuela Manuela que se había sumado a la familia, y uno solo a conseguir el sustento, cosa que nunca faltó, gracias a su voluntad y apego al trabajo, que no lo doblegaban las inclemencias del tiempo, que enfrentó con entereza, dedicación y esmero.

Un ejemplo de vida que les marcó la vida a todos sus hijos y que por suerte se van sucediendo hasta sus bisnietos para orgullo del apellido:

*Gracias a la providencia
que permaneció presente
en su imagen y la mente
para honrarnos la existencia.*

Tampoco quiero dejar pasar sin recordar la década del '30, cuando yo tenía diez años. En el año 1930 fue cuando empezó la sequía, junto con el derrocamiento del presidente de la Nación, Hipólito Yrigoyen, destituido por un grupo militar de acuerdo con el partido conservador, imponiendo al general Uriburu como presidente de la Nación. Mandaron preso a Yrigoyen a la cárcel de la isla Martín García, para que dejara de molestar haciendo política con su estilo democrático. No tardó en notarse el autoritarismo, la reclusión social, la persecución al adversario y la falta de funcionamiento en un sistema democrático.

Todas estas falencias aparejadas con la sequía, que duró siete años consecutivos, trajo una miseria extrema en la clase humilde, por falta de trabajo, alimentos y vestimentas.

Yo, como persona sensible y con sentimientos de ser humano, hoy con 92 años, no se me han borrado tristes pasajes de esa época. Por ejemplo, familias con cuatro o cinco hijos, que muchas veces no tenían nada para comer y dónde recurrir hasta que le salía alguna changa a su padre, porque no había obra social ni ayuda municipal. Solamente un médico particular, don Carlos Cortelezzi, de un corazón tan grande y humanitario que los atendía por caridad. Un gran defensor de los derechos humanos, gozaba de mucho aprecio por todo aquel que supiera valorar a una persona hábil, profesional, honesta y muy servicial. Admirador de Hipólito Yrigoyen, por lo tanto tenía grandes diferencias con las autoridades vigentes, que no podían menos que respetarlo por su prestigio popular.

Ese gobierno, con rasgos de dictador, apelaba a hechos insólitos para mantenerse en el poder, se atrevía a no dejar votar

a adversarios de poco poder, aprovechando esa humildad para decirles que votaran al otro día, o sacarles la libreta de identidad acusándolos de infractores de algo. También la policía colaboraba haciendo herejías, poniéndolos presos con algún pretexto.

Está en mi memoria un hecho muy insólito del oficial Polo, que para un día de elecciones le pegó una soberana paliza a Nica Sánchez por haber agarrado una gallina que andaba en la calle para comérsela y poder saciar un poco el hambre que lo venía acosando, como a la mayoría de la gente de trabajo, cosa que era muy difícil conseguir. Como si esto fuera poco, ocurre un caso repugnante para toda esta gente con tantas falencias que vieron construir el palacio municipal de un valor incalculable, un contraste absoluto en esos tiempos de crisis y miserias. Sin embargo, hoy es un orgullo para la comunidad y para la región, ese edificio precioso, y además con un jefe comunal admirable por su conducta como es el contador Sergio Buil (actual intendente de Rivadavia) un ejemplo y una esperanza para la juventud y una satisfacción para los mayores de criterio común. Un aliciente para mi pensamiento que, un tanto desilusionado, escucho a menudo a ciudadanos hábiles, a mi entender, que con cierta indiferencia dan su punto de vista: “la política no me interesa”, “en política no me meto” o “los políticos pretenden usarnos en beneficio propio”. Este planteo debe revertirse para que el país tome sus carriles legales y así beneficiarnos todos con igualdad.

Entonces es la política la encargada de elegir los representantes parlamentarios y ejecutivos que gocen de honestidad perfecta, así el pueblo podrá ser gobernado por medio de sus elegidos, para tener la tranquilidad de que nadie nos está robando, ni usando.

La política debe tomarse como base de la defensa de nuestros derechos por ser el instrumento legal basado en la Constitución, conjunto de principios que sirven de norma para el gobierno de un país.

.....

En 1935 mi padre entrega la chacra al Sr. Scardino, pagándole con dinero hasta donde le alcanzó y lo demás terminó de pagar hasta el último centavo con una *parva* de pasto, 400 Mts. de alambre tejido, algunos chanchos y vacunos.

Ese mismo año alquila catorce hectáreas con casa a Nazareno Sacco (en la actualidad es “El Gato Negro” de mi hijo Jorge), sin deuda ninguna, sólo le quedaban veinte caballos, un arado, un carro que había traído de Bolívar y algunas lecheras.

Yo con 15 años de edad, por ser el mayor de los hermanos, ayudaba en el cambio de casa. El viejo me enseñaba de todo, ya me había hecho manejar el carro vacío. En uno de los últimos viajes del cambio, veníamos con una carga liviana y cuando íbamos cerca de mitad de camino, pasando a mil metros del pueblo, como yo venía a caballo y mi padre en el carro, me dijo si me animaba a manejar el carro, que él iría al pueblo a caballo, yo acepté volando, con las ganas que tenía de ser carrero, subí al carro y seguí el camino. Mi padre se olvidó que más adelante había un cruce de calle con una cortada con unos sesenta centímetros de desnivel, llevaba atados cuatro caballos, una yegua mora criolla de varera y tres cadeneros, que tiran de adelante. Yo iba sentado en el pescante, que era un asiento de una madera sola que iba arriba del

varero, sin tener donde apoyar los pies, llevaba en las manos las riendas del varero y las de los cadeneros que eran bastante listos, porque estaban acostumbrados a que les prendieran los potros de los balancines atrás de ellos y cuando sentían algún ruido raro se largaban a tirar con todo. Entonces, al caer el carro en ese desnivel, el peso sobre las varas hace rodar a la varera y los cadeneros se largaron con furia arrastrando la yegua mora por el suelo, yo agarrado como gato en la planta con una mano y en la otra las riendas. Por suerte no se me escaparon y los pude parar, ayudado por el peso de la varera caída, al parar se levantó la yegua y quedó todo en orden. Fue el susto más grande de mi vida y sirvió como experiencia para siempre. Cuando me alcanzó mi padre le conté lo sucedido, se quería morir, me pidió perdón a mí, a Dios y a todos los Santos. Hasta hoy me pregunto qué le ocurrió a mi padre en ese momento para dejarme solo en semejante peligro, siendo que era tan celoso y responsable en el cuidado de los menores.

Así Félix empezó una nueva vida de *carrero*, acarreado trigo en bolsas de 60 kilos de la estancia El Granadero a los galpones de la estación del ferrocarril de Fortín Olavarría, haciendo dos viajes de 50 bolsas por día. Era increíble que aguantara de las tres de la mañana hasta las nueve de la noche. Tarea que duró treinta y cinco días, donde ganó buena plata y mejoró su situación. Después siguió en la zona haciendo de todo lo que saliera relacionado con lo rural, ya sea *emparvadas* de pasto, contratas para juntar maíz, cuando había, porque la sequía seguía insistiendo; así siguió trabajando hasta el año 1937 que consiguió trabajo en la estancia La Cristina como contratista.

Se hizo cargo del campamento completo de la estancia, dos casillas de chapa con ruedas de carro, cuatro arados, dos

máquinas de siembra fina, dos *Líster* para grano grueso, rolo *desterronador* y dos rolos para voltear cardo, más unos ochenta caballos de *pecho*. Se hacía cargo del personal pagando sueldos y comida y el mantenimiento de las herramientas.

Por arar le pagaban dos pesos y medio por hectárea y salía a un promedio de dos hectáreas y media por día por arado y pagaba sesenta pesos por mes a cada peón. Le afilaban las rejas de los arados por cuenta de la estancia y le vendían la carne de las vacas que carneaban, a treinta centavos el kilo a descontar del trabajo.

Yo con 17 años empecé a trabajar de *boyero* y cocinero, me tenía que levantar a las tres de la mañana y salir a juntar la caballada para atar los arados, había que estar listos para cuando aclaraba el día, y en cuanto se veía el surco arrancaba el equipo a trabajar hasta las once de la mañana. Yo tenía que llevar el desayuno a las ocho horas, que consistía en café negro y bifés que los llevaba caminando con un brasero que se hacía con un tarro de lata de veinte litros, en el fondo las brasas, más arriba un plato con bifés y un tarro con café, así llegaba caliente aunque fuera invierno con flores de heladas! Lo más “fulero” era cuando empezaban el lote que lo hacían por el fondo, en cuadros de cien hectáreas había que caminar mil metros para ir y otros mil para volver, inmediatamente ensillar caballo para ir a la estancia a buscar carne y hacer el puchero para las doce menos cuarto, ya que los aradores venían a las once y comían a las doce.

En la tarde otra vez había que tener los caballos en el corral para atar los arados que salían a las dos. Yo ya tenía que

empezar a preparar el mate cocido para llevarlo caminando en la misma forma que el desayuno. Siempre apurado sino el tiempo no me alcanzaba, porque en lo que me quedaba de la tarde tenía que juntar *leña de vaca* o cardos para hacer fuego, y según en qué lote hiciéramos el campamento, si había agua salada, tenía que atar un *barril* con rueda de cañón de quinientos litros que llenaba a balde de algún molino de agua buena y salir corriendo a buscar el *nochero* para enseguida preparar la cena, a veces guiso y otras churrasco a la parrilla. Siempre a la intemperie porque arriba de la casilla no se podía hacer fuego, entonces comíamos alrededor del fogón con un poncho en la espalda si hacía frío.

Ya para fines de 1937 me ascendieron, dejo de ser cocinero y boyero para manejar una herramienta, satisfacción muy grande para mí, al ocupar el lugar de un mayor y le doy el lugar de cocinero y boyero a mi hermano Jorge “Chingolo”.

Pero este nuevo trabajo de revolver tierra no me cae bien y se me empieza a agravar la alergia que traía de chico, convirtiéndose en asma. En temporadas dejaba de trabajar y me quedaba con mi madre y los hermanos más chicos, haciendo tareas menores en la chacra y volvía a intentar seguir con las aradas y siembras, aguantaba un mes o dos y volvía a ocurrir lo mismo, cosa que me costó lágrimas en algún momento. Entonces interviene el patrón, don Alfredo Arduino que recomienda un especialista de alergia en Buenos Aires, me lleva mi padre en el tren provincial de Fortín a Avellaneda, desde allí tomamos un taxi hasta Once y nos alojamos en el Hotel Garay en la calle Rivadavia, frente a la plaza de Once, a esperar el turno. Estuvimos dos días y nos llamó el médico al consultorio en la calle

Córdoba, me revisó y me mandó a internar por un mes en el hospital Ramos Mejía para detectar el origen de la alergia que me producía el asma. Mi padre me interna y se vuelve a Fortín para seguir con sus tareas; yo quedo solo a mi absoluta voluntad, pero dispuesto a someterme a las órdenes del médico. El tratamiento eran vacunas que me hacía tres veces por semana, al final me dio positivo el polvillo de los cereales, de la tierra y también el polen del centeno.

Yo en ese momento andaba bien y me entretenía ayudando en la cocina del hospital, trayendo las barras de hielo de treinta kilos en un carrito del depósito refrigerado, ya me había hecho como de la casa, pero mantenía cierto recelo por ser un tanto tímido y no me caía muy gracioso andar entreverado con las enfermeras, que había muchas y trataban de domesticarme, hasta que un día dos grandotas decidieron darme una amansada, me agarraron entre las dos y me pegaron una “besuqueada” a la que no podía escapar a pesar de la palenqueada desesperada, hasta que me soltaron, que terminé perdonando pero sin agradecer.

Cuando me dieron el alta con un tratamiento para seguir, tomé el tren en la estación Once y me fui a Las Heras a visitar a mi madrina, Juana Escarrá de Cambiazo, estuve dos días y seguí para mi añorado Fortín.

Otra tarea que debía cumplir Félix era la de reponer los caballos que ya no aguantaban las tareas y como había manadas de la estancia, unas cincuenta yeguas y dos padrillos, que daban unos cuarenta y cinco potrillos por año, sobraban para reponer los de pecho y de andar dándolos a domar a domadores contratados. Siempre aparecía algún caballo recomendado por

bueno para mensuales, puesteros, capataz o para Don Alfredo Arduino, patrón y administrador, que recorría todo el campo de a caballo, porque no había camioneta, sólo un auto para salir, y en esos tiempos eran cerca de 10.000 has. juntas con 5.000 vacas de cría Shorthorn. Había cuatro puesteros, varios mensuales y peones de a pié para diversas tareas.

Siguiendo con los potros para pecho, para agarrarlos se echaba la *potrada* a un corral redondo, grande, muy reforzado con alambres gruesos y dos tablones de madera en la parte de arriba de dos metros de altura, para que no saltaran y ahí se agarraban a *pial*. Marcelino Ledesma, que era capataz, Delfín Giménez, Simón “Tico” Pereyra y Victorio Gorosito, los tres mensuales, muy amigos de Félix que estaban que se salían de la *vaina* para la pialada, ayudaban a su amigo. Se *embozalaba* en el suelo, se ataban un poco al palo y después se *acollaraban* con un *manso*, así aprendían a *cabrestear* y yo metiendo siempre la cuchara y admirando a los *pialadores*, que tanto de revés como de derecho volcaban todo el lazo con mucha baquía y certeza, quedándose con la presilla en la mano para dar el tirón final.

Quiero recordar que Tico Pereyra fue el mejor domador que he conocido en la zona, porque de una tropilla de diez o doce caballos, no se sabía con cual quedarse, por lo parejos que le salían, con una rienda que daba envidia, mansos para enlazar, apadrinar, usar poncho, cargar cueros sobre el anca o maletas, levantar las patas o manos para desvasar dejándolo suelto rienda arriba sin que se movieran. Cosas que me quedaron grabadas en la cabeza y que traté siempre de imitarlo con muy buenos resultados.

Siguiendo con los potros para los arados, se hacían de *pecho* unos diez por año, atándolos con los mansos con bozal bien

asegurados para que no hicieran de las suyas, y se trabajaban una o dos horas hasta que se fueran haciendo.

Los que eran bastante incómodos eran los cambios de campamento, por ahí nos tocaba cerca de Fortín y por ahí cerca de Martín Fierro. Cuando se llegaba al lugar de destino, lo primero que se hacía era un corral provisorio con palos y tres alambres lisos para encerrar los cien caballos de trabajo, o algo más. Si era verano, se hacía un pozo de un metro veinte de largo y ochenta centímetros de ancho, del lado que hacía sombra la casilla en la tarde, en la noche se dejaba destapado y se le echaba un poco de agua para que se refrescara y en la mañana, antes que saliera el sol se ponía la carne, agua y alguna botellita de vino, se tapaba con una madera y un *acolchado de bolsa*, que se mojaba con agua y así se mantenía muy fresco todo el día.

La tarea de arada empezaba el 2 de Enero de cada año. Era una orden fija, no había que consultar nada, con seca o como estuviera la tierra. Se empezaba la siembra de pastoreos de invierno, que concluía a fines de Marzo. En invierno se hacía la cosecha de maíz, si es que había, porque muchas veces la sequía o granizos hacían estragos.

La estancia no sembraba para cosecha porque los potreros destinados a ese fin los daban al tanto por ciento, a lo que siempre Félix se prendía con algún potrero, el porcentaje que le tocaba al patrón había que entregárselo *desgranado* y embolsado en bolsas de unos setenta kilos en los galpones del ferrocarril.

El maíz se sembraba en Octubre, se limpiaba de yuyos con herramientas tiradas por caballos y se llegaba a juntar más o

menos en Junio o Julio, cuando las heladas hacían su trabajo de secado, en eso había que tener mucho cuidado para no *entroyarlo* húmedo, pero el ojo visor del chacarero sabía muy bien el punto para que no se calentara.

La recolección del maíz era muy costosa porque no había máquinas cosechadoras para maíz, solamente las había para trigo y demás granos finos. La recolectora o trilladora automotriz para maíz salió alrededor de los años 1960, después de varios ensayos y pruebas hasta dar con el punto. Una gran comodidad que trajo mucho alivio, pero aparejado también trajo desocupación.

Para darse una idea del tema corriente, Félix y yo, ya con veinte años en 1940 sembramos cien hectáreas de maíz en el lote 40 de La Cristina al tanto por ciento, con un rinde de 2000 bolsas en espiga de 60 kilos cada una, es decir 1200 kilos por hectárea de maíz en espiga, que una vez desgranado quedarían unos 1000 kilos por hectárea, rinde muy bueno para esa época, en que despeábamos de la sequía.

Para organizar la cosecha, primero se buscaba la gente, que por lo general iba con la familia. Hacían tolditos de *chala* a los costados y techo de chapas que facilitaba el contratista, en este caso, nosotros. Así se contaba con quince o veinte juntadores, incluidas las mujeres, que algunas superaban a los hombres.

Recuerdo a la familia Ruiz, el jefe era indio, con cuatro hijos, dos eran varones y dos mujeres, una que se llamaba Adelina era superior a todos los juntadores de la cuadrilla.

Los mejores juntadores llegaban a juntar diez o doce bolsas por día que se les pagaba 40 centavos la bolsa, saliendo a

4 pesos por día, cuando un peón común ganaba 2 pesos por día. El par de alpargatas costaban 30 centavos; el kilo de carne, 50 centavos; dos tortas negras, 5 centavos; un pan francés, 10 centavos y una galleta 8 centavos, más o menos con 1 peso por día se comía, el resto para vestimenta y demás gastos.



Foto ilustrativa - Trabajadores cargando a una chata bolsas con espigas de maíz dejadas en el campo por los juntadores.

(©Banco de imágenes de Comuna Santa Isabel Sta. Fe)

Como en esa época no había camionetas ni autos para la gente de trabajo, a los juntadores se los llevaba del pueblo con sus colchones, útiles para cocinar, chicos y hasta el perro, que *necesitaban* para *peludear*, en carros de caballos y hasta que no se terminaba la junta de maíz, que duraba un mes o dos, no volvían al pueblo. Entonces, en una de las casillas, puso un

almacén Nazareno Sacco, que vendía artículos de primera necesidad como: yerba, azúcar, café, fideos, condimentos, algo de vino, muy medido para que no se armaran las “rosca” habituales. El carnicero Martín Valerdi llevaba la carne por encargo a cada uno, todos tenían una libreta para anotar sus compras que se descontaban a fin de campaña.

Después venía la *entrojada* de maíz en espiga, se sacaba del rastrojo con una chata de cuatro ruedas que cargaba sesenta o setenta bolsas que iban entregando los juntadores y que se anotaban en una libreta para que cobraran a fin de campaña. El carrero era Félix como más ducho y que no entregaba el mando ni en broma, yo era el ayudante con otro hombre más, para mí era uno de los trabajos que más me divertía, porque atábamos potros de *laderos* para que se fueran haciendo para los arados. Se prendían de las cuartas cuando la chata estaba cargada y como el piso estaba blando, porque había sido arado se ponía muy pesado al enterrarse las ruedas y los potros solo con un bozal, sin riendas atados a los de pecho, cuando sentían la cosquilla de la cincha corcoveaban, mientras Félix los iba tocando con el látigo para que terminaran entregándose y tirando como los demás.

La *entrojada* consistía en llenar un tipo de silo de chala que se llamaba *troja*. Para hacerla se empezaba marcando una zanjita en círculo de unos siete u ocho metros de diámetro, se plantaba un palo de unos seis metros de alto a un lado de la zanja, luego se iba clavando la chala de maíz que se había juntado del rastrojo, atadas con alambre a los palos plantados alrededor de la zanja.

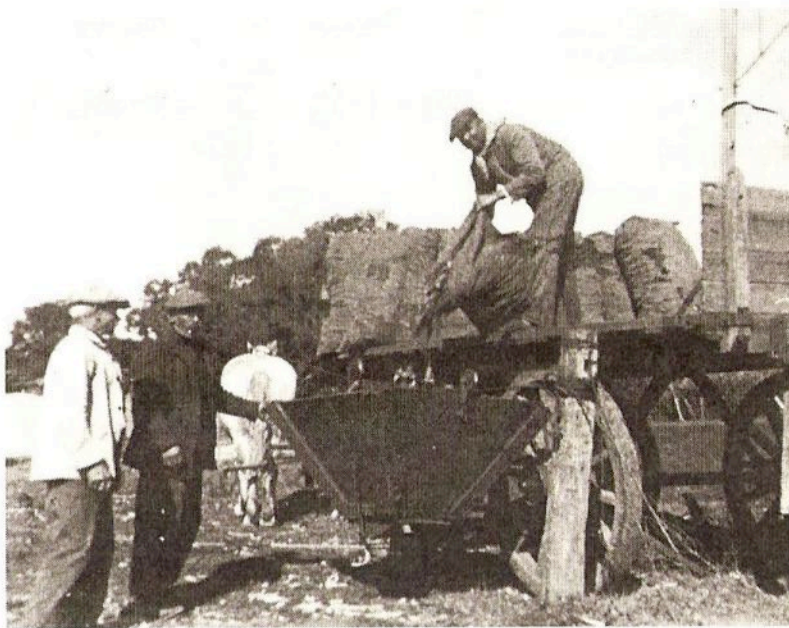


Foto Ilustrativa - Descargando espigas de maíz desde una chata al cajón para cargar la troja

(© Banco de Imágenes de Comuna Santa Isabel Sta. Fe)

Para echar el maíz en espiga a la troja, había un cajón de madera con una puerta en la parte de abajo para la descarga. Primero se ponía un cable grueso de la punta del palo por encima de la troja a otro palo corto de un metro y medio del piso. El cajón iba colgado de dos roldanas que corría hacia arriba sobre el cable, tirado por un caballo montado, con una piola larga que corría por una roldana que tenía en la punta el palo mayor. Para descargar en la troja se ataba otra piola a una traba que tenía la puerta de abajo del cajón que al llegar al centro se tiraba y abría la descarga. Se seguían poniendo *chalas* de maíz

atadas con alambre dulce sobre los palos del lado de afuera cada diez centímetros y así seguía para arriba a medida que se iba cargando la *troja*.



Foto Ilustrativa - Troja, desgranada de maíz y estiba.
(© Banco de Imágenes Comuna Santa Isabel Sta. Fe)

Después venía la *desgranada* con máquina que se tiraba con caballos: se arrimaba a la *troja*, se hacía un agujero a la altura de la boca de la trilladora y se iba descargando sola a medida que se trillaba o *desgranaba*. Esta máquina tenía motor sólo para el sistema de trilla. Se embolsaba el grano en bolsas de arpillera y se hacían estibas a un costado de la *troja*. Las bolsas de maíz desgranado pesaban alrededor de 70 kilos que se manejaban al hombro hasta los carros que las llevaban a los galpones del ferrocarril, se vendían al único comprador que existía: Bunge & Born, que aprovechando la necesidad de los productores pagaba precios ínfimos para consumo interno, porque no había posibilidades de exportaciones, ya que los países europeos no tenían plata porque estaban tratando de recuperarse después de las guerras sufridas.

El Ferrocarril Provincial tenía su recorrido de Avellaneda a Mira Pampa. Estaba organizado de la siguiente manera: pasaba por Fortín los martes a las once de la mañana para Mira Pampa y volvía el mismo día para Avellaneda a las cinco de la tarde, con coches de pasajeros. Los de carga venían según los pedidos de transporte, se pedían para animales vacunos o lanares, cereales, fardos de pasto, leña y otras cargas generales. Los vagones de carga para vacunos eran para veinte o veinticuatro novillos gordos, los que venían con *invernada* de *adentro* con unos cuarenta animales por jaula. El convoy era de treinta o cuarenta vagones, la locomotora era a *vapor* producido por una caldera calentada a fuego con carbón de piedra o leña de caldén. La estación era comandada por un jefe que se comunicaba por telégrafo con otras estaciones e inspectores por pedidos de vagones y demás necesidades.

El personal de la estación se componía de un *auxiliar* del jefe, un *cambista* y un encargado de encomiendas, que tenía su galpón para recibir y entregar mercaderías. Había otros tres galpones de la misma organización para guardar cereales de los productores que pagaban estadía hasta el momento que se vendía la mercadería. Los galpones tenían capacidad para 60000 bolsas, que en años buenos se completaban y se hacían *estibas* en la playa al lado de los galpones y se tapaban con grandes lonas. Estos galpones estaban a cargo de un capataz con la suficiente capacidad para recibir el cereal en buenas condiciones, principalmente seco, que lo medía a ojo y oído por el color y el ruido. Color de seco, *brilloso* y ruido *chillón*; color de húmedo, *opaco* y ruido sordo.

El capataz se ponía en la puerta del galpón con un *calador* y sacaba la muestra cuando pasaba el *changarín* con la bolsa al

hombro, ponía el cereal en la palma de la mano, apretaba el puño y después abría la mano, hacía saltar los granos para arriba y los abarajaba, según el ruido y el color daba el fallo y le avisaba al dueño si estaba húmedo, le advertía que si lo quería entrar así, que los gastos de secado, si se calentaba iría por su cuenta. Secar el cereal era un trabajo difícil, el capataz con sus *changarines* que eran muy fuertes, sacaban las bolsas para afuera y desparramaban el cereal sobre lonas para que tomaran sol, de noche las tapaban con otra lona y al otro día volvían a destapar, así hasta que se secaba, se volvía a embolsar y se entraba al galpón. Las *estibas* llevaban hasta veintidós bolsas de altura cerca del techo del galpón.

Changarines se les llamaba a los trabajadores que eran un *estibador* y tres o cuatro para llevar las bolsas al hombro y cuando había que bajar la *estiba*, subía el *estibador* y empezaba a largarle las bolsas al *changarín* que estaba esperando abajo, alguno medio fantástico pedía un “*pare y largue como quiera, dijo la partera*”. El *estibador* le largaba la bolsa por la orilla de la *estiba* unos cuatro metros. Cuando la bolsa venía llegando a la altura de los brazos del *changarín* le daba un apretón contra la *estiba* para amortiguar el golpe y abarajarla con el hombro.

En una ocasión ocurrió un caso curioso, un tal Ledesma, que había venido de Saladillo a trabajar en la bolsa, pidió un pare y largue y la esperó con el cuerpo medio suelto, el impacto de la bolsa lo hizo sentar en el suelo y se le escapó un aire comprimido y desde entonces mereció el seudónimo de “el Blandito”.

Todos estos pasajes los viví de cerca porque venía con mi padre a descargar los carros, él con un carro grande de cien bolsas y yo con otro más chico de cincuenta.

Una vez a mi padre lo vi hacer una fantasía. Cuando le tocó el turno para arrimar a la puerta del galpón, se hizo el olvidado de desmanear la rueda, que era una cadena gruesa que la trababa. Como él sabía que estaba la rueda maneada, tomó todas las precauciones para no fracasar, porque eran sólo los seis caballos de pecho que tenía prendido, ya que los otros cuatro laderos se sacaban para arrimar por cuestión de espacio. Los empezó a nombrar despacito como era su costumbre para que emparejaran los tiros, cuando los vio parejos y decididos, los empezó a nombrar un poco más fuerte y les dio la orden de mover, se largaron con las rodillas cerca del piso y el viejo muy sereno y seguro de lo que estaba haciendo, sin usar látigo ni nada que se le parezca, solamente nombrándolos llegó a la puerta del galpón dejando una clara rastrellada de la rueda maneada de unos veinte o treinta metros, y sólo dijo: “Me olvidé de desmanear la rueda”, a lo que respondieron los presentes changarines y carreros que esperaban turno con fuertes aplausos y reconocimientos a su capacidad para cualquier tarea campera. Cosa que yo reconocí de muy temprana edad y que llegué a ponerme muy cerca de sus condiciones, pero nunca a superarlo.

Fuimos muy compañeros y entre nosotros reinaba un aprecio inmenso, tanto fue así que nunca tuvimos una discusión fuerte y mucho menos un distanciamiento. Compartíamos las ideas mutuamente y buscábamos el equilibrio en las soluciones.

Mi padre me hace quedar en la chacra con mi madre, y me dedico a criar unas ovejas y chanchos, cosa que para mí era poca actividad, entonces me trae cuatro potrillos de dos años para que los *palenqueara* y los *amansara de abajo*. Cuando los tenía mansos sin decir nada, empecé a ensillarlos, y como yo tenía

mucho conocimiento, por lo que había visto a varios tipos de domadores, inventé una forma propia de doma, ya que tenía poca fuerza, por ser flaco y chico para la edad, ya que estaba por cumplir los 18 años. Empecé caminándolos en el corral con el recado y un caballo manso suelto para que lo siguiera y cuando lo veía tranquilo y resignado, muy suavemente ponía el pie en el estribo, con caricias hacía mención de montarlo y cuando notaba que me aceptaba me le *enhorquetaba* y así me mantenía arriba por un rato inmóvil. Y como ya estaban muy dóciles del hocico, muy suave los invitaba a caminar y así empezaban a dar vueltas detrás del manso y manejándolos del bozal. Cuando los ponía *corrientes*, o sea, que iban y paraban para donde yo quería, entonces recién les ponía el *bocado* con riendas. Era otro trámite ponerlos dóciles en la boca, y ya los empezaba a sacar fuera del corral y a enseñarlos a galopar y así con mi dedicación y paciencia, como fue mi condición natural, logré darles una enseñanza muy aceptable según mis jueces más cercanos.

Así empecé a practicar el oficio sin ocuparme exclusivamente de la doma, pero sí acompañado por el caballo toda mi vida, que adopté como terapia en los momentos de angustia y desolación, para convertirlos en calma y alegría. Por eso al caballo lo considero un hermano del alma; que llegué a comprender al darme un mensaje de nobleza y estimación, que me hizo feliz y me prolongó la vida. Sin ir más lejos citaré mi caso: que *empecé a andar a caballo a los cinco años y dejé a los noventa*, con una pena muy grande en el alma, tomando como resignación y comprensión a la lógica que Dios manda.

Por consiguiente, me fortalece el orgullo al ver a mis hijos, nietos y bisnietos que siguen con la idea de limpiar el alma,

apoyándose en sus virtudes y compartiendo la vida, ofreciéndoles lo mejor con pasión y cariño a este noble animal.

Siguiendo con mis actividades y ya aliviado con el tratamiento que me había hecho para la alergia (ya había transcurrido un año) estaba deseoso de volver a tomar los trabajos con mi padre, que seguía como contratista en La Cristina.

Por septiembre de 1938 tenía que *ensilar* 100 has. y *emparvar* otras 100 has. de alfalfa, yo fui de cocinero con mi hermano Jorge de ayudante, él 14 y yo 18 años. Teníamos que hacer comida para treinta o treinta y cinco hombres. El campamento tenía dos casillas que las ocupábamos mi padre, Jorge y yo en una y en la otra los empleados efectivos, que eran cuatro o cinco los que seguían con cada arada y siembras y los demás que completaban la cuadrilla en carpas de chapa con pasto arriba para mas frescura.

Los elementos de trabajo se componía de dos máquinas *guadañadoras* de cinco *pies* de corte, tiradas por dos caballos cada una y dos *rastrillos* tirados por un caballo cada uno. Los lotes eran de cien hectáreas de alfalfa para *ensilar*, se hacían ante todo los pozos con tres *palas de buey*, como se les llamaba, tirada por tres caballos cada una, para cien hectáreas se hacían cuatro pozos, repartidos cada 25 has. de 45 metros de largo por 4 metros de ancho y 1,80 de profundidad, que se llenaban de pasto bien pisado con los mismos caballos hasta 1,50 metros de alto sobre el nivel del terreno. Se empezaba a cortar un poco antes que empezara a florecer la alfalfa, para no terminar con el pasto demasiado duro, ya que se tardaba entre veinte y veinticinco días para terminar el lote. Había que echar el pasto bien

fresco al silo, entonces se cortaba y por detrás se *rastrillaba*, se *amontonaba* y las *rastras* acarreaban al pozo.

La cuadrilla se componía de diez personas manejando herramientas, quince amontonadores y cuatro *sileros*. Los *rastreros* solamente manejaban, los *horquilleros* cargaban las rastras y los *sileros* acomodaban el pasto en el silo. Después de lleno el silo, se empezaba a tapar con tierra hasta que quedaba bien cubierto y se empezaba con otras 25 has.

La alimentación del personal era buena y abundante, la responsabilidad era para mí, que siempre tenía que sobrar un poco, porque el trabajo era muy fuerte y esa era la norma de Félix, para ganarse la voluntad de todos, y así cuando salía a buscar gente para trabajar le abundaban los ofrecimientos, lo mismo la cordialidad y respeto con que los trataba, también trató siempre de dejarlos conformes con los jornales.

Las *parvas* de alfalfa seca también tenían sus secretos para sacar un pasto de calidad. Si el tiempo estaba muy seco y caluroso, había que cortar y no dejarlo más de un día, rastrillar y amontonar temprano para que no se resecara y perdiera la hoja en los movimientos. El punto para emparvar se aprendía con la práctica, agarrando con la mano un puñado de pasto y retorciéndolo se debe saber si está demasiado húmedo que se pueda calentar cuando esté en la parva y que no esté demasiado seco que pierda calidad.

Para empezar la *parva* se hacía la horquilla hasta donde daban los brazos del hombre y después se arrimaba el *guinche* a la parva y con él se levantaba el pasto. Se ponía un *parvero* de oficio con un ayudante para acomodar el pasto arriba de

la parva y llevarlo siempre parejo al centro y bien pisado para que quedara firme y con buena corriente para que no penetre el agua de las lluvias. También había casos en que se prendían fuego, cuando se emparvaba con demasiada humedad, cosa que a nosotros nunca nos pasó.

Estos trabajos de pasto tenían que quedar terminados en Diciembre, porque el 2 de Enero había que empezar a arar para sembrar los verdeos de invierno, que duraba hasta Marzo o Abril.

En los inviernos se sacaba pasto de los silos o pasto seco de las parvas y se repartía a las vacas y cuando había maíz para juntar se hacía otro equipo aparte del silo para la junta del maíz. El pasto seco era más complicado para cargar las *chatas* y repartirlo, porque en esos años de sequía había muchos *ventarrones* muy fuertes y había que esperar hasta la entrada del sol, que en la mayoría de los casos paraba el viento, sino se llevaba las horquilladas hasta la costa de los alambrados.

Otro trabajo de invierno era *palenquear* potros y amansarlos para reponer los caballos que se ponían viejos y también las carneadas de chanchos gordos en la chacra, que engordaba mi madre con los hermanos más chicos. Se hacían salames y jamones para el consumo de todo el año para la familia, también se carneaba algún potro de los más inaptos para la doma por algún defecto, como chueco o algún otro problema, que no perjudica la calidad de la carne. Los lomos y los cuadriles se utilizaban en los salames, mezclados con carne de chanco que se embutían en tripas de potro por más fuertes y se le podía dar más presión al llenar, se hacían con 30% de potro y 70% chan-

cho y bien gruesos para que no se resecaran, (¡exquisitos!); a los jamones se los dejaba treinta días en sal, después se colgaban en una despensa muy fresca con buena carga de pasto en el techo y se mantenían excelentes.

En invierno también había una costumbre criolla para conservar la carne sin que se echara a perder, que era colgarlos en partes: cuartos, paletas y costillares tapándolos de día y descubriéndolos por la noche, se le hacía una corteza dura por fuera y por dentro se mantenía fresca que podía durar hasta un mes, esto es para carnes de vacuno y yeguarizo, la de cerdo no es recomendable para este tratamiento.

En esos tiempos había que ingeniárselas para no pasar miseria, porque no había heladera ni *freezer*, tampoco en el campo había luz eléctrica, se alumbraba con velas y lámparas a kerosene, *radio y televisión* ni en los pueblos, auto o camioneta tenían solamente los estancieros. Los chacareros y jornaleros, se movilizaban todos en sulky o de a caballo y hasta de a pie; los sulkys eran difícil de adquirir, lo mismo que las vestimentas y la alimentación por los precios, todos por encima de los jornales y de la producción de menor escala.

Estoy hablando de 1938, cosas que tengo grabadas en mis retinas, como el caso de un vecino de la chacra que era dueño de doscientas hectáreas, tenía un Ford A que lo sacaba sólo para algún caso de mucha urgencia. Iba a América a pagar impuestos, que en aquel tiempo se pagaba una vez por año y él iba en sulky y no paraba en hotel para ahorrar un poco más, comía un chorizo debajo del sulky, buscando la sombra y de esa forma lo que ahorra lo guardaba haciendo un agujero en la pared y lo volvía a

revocar. Hasta que un día quiso mirar la plata y la encontró hecha polvo por las lauchas, le agarró como un ataque de locura y salió corriendo y se tiraba de cabeza contra el piso intentando matarse, cosa que no logró.

También con mi hermano Jorge hacíamos de las nuestras para salir un poco de la rutina. Cuando nos daban permiso, armábamos una tropilla de caballos de silla, (que nunca faltaban), siete u ocho caballos mansos y nuevos y salíamos para Alta Italia (La Pampa) a la estancia San Eduardo, propiedad también de los Arduino, a visitar al tío Ramón Burcaizea que trabajaba como contratista en la estancia y nos quedábamos unos ocho días. La distancia era de treinta *leguas* que las hacíamos en dos días, haciendo noche a la intemperie, pero muy a gusto y felices. El mayor atractivo que nos impulsaba eran los avestruces que había en la estancia, y nos habían dado permiso para cazar por parte del mayordomo Martín Lisazo, un vasco muy acriollado que tenía dos tropillas de diferentes pelos, muy aficionado a las boleadas y nos dio algunas instrucciones para bolear avestruces y *carta blanca* para cazar porque los querían apocar por haber superpoblación.

El secreto principal era no correrlos de atrás, sino *salirles al cruce*, primero para no exigir tanto a los caballos y otra por el peligro a las rodadas en las cuevas de peludos. Así que uno tenía que quedarse quieto a unos cincuenta metros del alambrado preparado con las boleadoras, mientras el otro los arreaba por la costa para salirle al cruce hasta ponerse a tiro y en dos o tres revoleos largarle las boleadoras calculando el tronco del *cogote* y al quedar colgando las bolas, las sogas se les envolvían en las patas y como venían corriendo fuerte se daban tres o cuatro

vueltas y quedaban sin poderse levantar, ahí lo *degollábamos* y lo cargábamos en el anca del caballo, después lo carneábamos en la casa del tío. Si era tiempo de la postura juntábamos huevos que traíamos para Fortín, tendíamos un poncho en el suelo, poníamos cuatro huevos en fila, los envolvíamos y le atábamos un tiento separándolos de a uno para que no se rompieran. Así traíamos cuatro huevos cada uno por delante de a caballo. En la noche cuando precisábamos los ponchos para dormir, desenvolvíamos los huevos y al otro día para seguir, se repetía la operación.

El huevo de avestruz hecho al *rescoldo* del fogón es una delicia, hay que hacerle un agujero en una punta, ponerle condimentos, sal, ajo, y pimienta y revolverlo hasta que se mezcle la clara con la yema y ponerlo parado, para que no se vuelque, entre las cenizas calientes y darlo vuelta seguido para que se cocine parejo y comerlo caliente, resulta *para chuparse los dedos*.

En otro de esos viajes que hacíamos, encontramos al tío con voluntad de regalarnos diez potrillos, porque estaba excedido en el número permitido. La alegría fue tan grande para nosotros que no sabíamos cómo agradecerle y le ofrecimos devolverle la mitad domados, lo que no aceptó de ninguna forma. Algunos domamos y otros fuimos vendiendo. Uno más pesado y bastante feo, lo carneamos aprovechando lo más posible: los dos costillares para el asador, los asados de los cuartos (para esto se saca una capa alrededor del cuarto de unos quince centímetros de espesor, se adoba y se deja un día, luego bien asado al asador, lo recomiendo) y la lengua, hervida y condimentada, es mejor que la de vaca. El matambre del potro, la forma que sale más rico, es recién carneado. Antes que se enfríe

se le pone un poco de sal y a las brasas, el potro lleva un poco más de sal y más asado que la carne de vaca porque es un poco dulce. También el cuero tiene varias aplicaciones, primero las *lonjas*, de las que se sacan tientos para coser sogas. Salen dos tipos de *lonjas*, la más fina de la barriga, y otras algo más gruesas de los costados. Desde las orejas hasta la cadera, queda el *anca*, que es la parte más gruesa del cuero. Una defensa natural del yeguarizo cuando tiene que soportar temporales a la intemperie, poniendo el anca para el lado del viento, y apretando la cola entre las nalgas, para defender las entrepiernas, donde el cuero es más delicado. Cuando viene con lluvias y granizadas, a veces de gran tamaño, pone la cabeza entre las manos, así se mantiene inmóvil aguantando este castigo. También tiene el instinto de percibir cuándo se va a armar tormenta y empieza a corretear con relinchos para juntarse con sus compañeros y estar preparado para amontonarse y hacerse reparo entre ellos, como se dice “la unión hace la fuerza”.

El cuero del anca del potro tiene varias aplicaciones muy importantes, pero es muy difícil de *sobar*. Primero hay que *lonjearlo*, se le dice así a afeitarlo con cuchillo muy bien afilado, sin dejarlo secar, se arrolla con el lado del pelo para adentro y cuando está un poco oreado se empieza a *macetear* con una *maceta* pesada, como quebracho colorado. Sobre un tronco se le da maceta hasta el cansancio, envolviendo y desenvolviendo en sentido contrario, dándole sin parar hasta que va tomando temperatura y de esa manera se va sobando y toma un color amarillento: “*si no lo llegas a calentar a golpes no lo sobas más, te lo digo por experiencia*”. En lo que más se ha usado el anca de potro es en *encimeras*, *cinchas* de cuero, *bozales* y *látigos* trenzados y otros usos, todo esto con el cuero sobado. También se usó

mucho *crudo*, para *pelota* de sacar agua de los *jagüeles* y para envolver maderas astilladas como varas de sulky o carros, cabo de hachas o palas, también se colocaba en la parte de abajo de las *maletas* de juntar maíz, para que no se gasten al arrastrarlas.

También conocí la *bota de anca de potro*, pasado de las curtiembres a las zapaterías. Una de las más importantes, “La Navarra” de Celestino Zabala (Bolívar) 1919, fabricaba *botas de anca de potro* de primera calidad para los que gustaban vestir bien. Recuerdo las que usaba mi padre con un brillo muy bueno, las cañas se mantenían sin ninguna arruga y muy resistente para la humedad, estas se podían usar entre el agua sin que se filtrara.

Otro trabajo que sabía hacer yo con las lonjas de la barriga, eran las cuerdas para el contrabajo de la orquesta de Cacho Coria, profesor de música que decía que salían muy buenas y las hacía de la siguiente forma: sacaba un tiento de un centímetro de ancho, lo ponía estirado sobre una mesa con el lado de la carne para arriba y con una lija muy fina le sacaba todo el pellejo lo más parejo posible, lo lavaba con limón hasta que quedara transparente, lo desviraba de los cuatro lados, después lo humedecía con un trapo mojado escurrido y cuando lo veía a punto lo torcía bien apretado. Lo ataba de las dos puntas y lo estiraba todo lo que yo calculaba que aguantaba sin cortarse, lo dejaba secar estirado y después lo desataba y le pasaba la mano haciéndola correr para detectar dónde estaba áspero, le pasaba una lija muy fina hasta que quedaba completamente liso, después le daba otras pasadas con limón y por último le envolvía una tira de badana por el lado más liso, lo pasaba bien apretado y me quedaba mirándolo muy satisfecho. Este fue un invento mío que no lo había visto hacer a nadie antes.

Volviendo a recordar a mi tío Ramón, el tenía un auto y en una ocasión decidió venir a visitarnos, y como él era muy madrugador, cuando tenía que hacer algún viaje, aunque fuera corto, siempre salía a la madrugada y ese día como siempre hizo lo mismo. Cuando venían a una legua de mi casa, decidieron bajarse a desocupar la vejiga en plena oscuridad. Él se desocupó primero, subió al auto y salió olvidando a su mujer y cuando llegó a casa, le preguntamos por la tía y ahí se acordó y volvió muy preocupado a buscarla. *Cuando llegó a donde estaba, la mujer estaba caminando en sentido contrario al que venían, como buscando su querencia, sin saber lo que pasaba y más enojada que un tigre. Cuando se puso a tiro, le arrojó con los dos zapatos y como no tenía más con que tirarle, le tiraba puñados de tierra. El tío la seguía con el auto tratando de convencerla para que subiera, mientras el tío le suplicaba se descuidó y bajó a una cuneta quedando colgado, gracias a que la tía ya iba con los pies doloridos de ir descalza entre yuyos y espinas decidió aflojar y volver para ayudarlo a sacar el auto, cuando lo sacaron volvieron a buscar los zapatos y como ya para esa hora había aclarado los encontraron y siguieron viaje hacia mi casa. Cuando llegaron ya serenos y sin pelear, nos contaron todo el percance.*

Se terminan estas vacaciones y volvemos a retomar el mismo trabajo con mi padre en los campamentos, pero yo siempre con mi problema de alergia. Me empezó a hacer mal el polvillo de la tierra, solamente soportaba lo que no fuera revolver tierra. Entonces empecé a ir para los trabajos de silo, parvas y juntas de maíz, siempre de cocinero con mi hermano Jorge cuando había mucha gente, pero después tuve otro ayudante. Cuando fue mi hermano a Alta Italia con mi tío Ramón con recomendación especial de parte de mi padre porque le ha-

bía tomado el *pelo* y hacía muchas travesuras pesadas, quedé yo como encargado de cocina con ayudante, un tal Anastasio Medina, un *cafishio* de barrio porteño, buena persona, bailarín de tango y milonga, con taconeo y todo, improvisador y refranero, me enseñó a bailar milonga, cosa que me encantaba y que hoy mismo con mis 92 años a cuesta, cuando escucho una milonga como *Taquito militar, Campo afuera, Milonga del novecientos*, entre otras, me corre un sentimiento de alegría por el alma que no me puedo contener y hago lo posible por imitar lo pasado. También aprendí varias *mudanzas de malambo fogonero* con Victorio Gorosito, un surero domador y zapateador de malambo con botas de potro, que trabajaba de mensual en la estancia. Se hacían tertulias en la *matera* cuando venía algún guitarrero y cantor ambulante, entre ellos el indio Tacunao (padre del famoso dúo *Los Indios Tacunao*) y su mujer, buena moza de piel blanca, también cantante que se trasladaban en un carro con toldo de lona tipo casilla, en estancias, boliches y confiterías de la zona, los dos hermanitos eran muy pequeños y ya intentaban algunos cantos y zapateos.

También servía como entretenimiento y curiosidad de saber algo diferente por datos de distintos vendedores ambulantes, la mayoría en carros, también venían de Santiago del Estero. Los santiagueños de a caballo traían sus tejidos de telares con unos cuantos caballos cargados con ponchos, alforjas, mantas y demás que hacían *trueques* de pilchas por caballos que llevaban para Córdoba y vendían a los quinteros y granjeros. También venía de Trenque Lauquen el indio Caballero por las estancias, vendiendo: pasteles, tortas fritas y pan casero con grasa y otras masas.

Otra novedad importante era cuando llegaban las tropas de vacunos que venían de paso. La costumbre de todas las estancias era dar un potrero para la hacienda, la carne que necesitaran y un galpón para la gente que a veces eran ocho o diez según la cantidad de hacienda, porque el reglamento general era un tropero por cada cien animales de arreo al mando de un capataz, título que se conseguía con la experiencia de años arreando con responsabilidad y confiabilidad. Este oficio y la doma era lo que me atraía y que deseaba que algún día lo pudiera lograr, dado que la agricultura no era mi vocación, aunque lo había aprendido punto por punto. Para esa época mi padre había comprado siete hectáreas y media linderas a la quinta que alquilaba a Nazareno Sacco y alquilaba otras cincuenta has. a Tamburelli, linderas a la misma del otro lado.

Como dije anteriormente, mi padre para darme una prorección ya que no podía tomar compromisos fuera de mi casa, siempre por causa de la enfermedad, me pone a criar chanchos, algunas ovejas y algunas vacas, por entonces corría el año 1939. Tuve suerte de cumplir mi sueño y hacer algunos arreos cortos, domar algún potrillo y trabajar el día que daba feria Virgilio Gaddi y Cía. Pero siempre limitado y cuidándome.

Así seguimos hasta 1942, pero siempre con la angustia y deseo de ser útil en la vida. En esta fecha se empiezan a tomar algunas decisiones, mi padre cansado de la vida tan exigida y dura de los campamentos no obstante continuar trabajando comienza a pensar que algún día podríamos seguir nosotros en su tarea; en ese tiempo vuelve mi hermano de Alta Italia, yo le cedo mi lugar y decido, con consentimiento de mi padre, irme a Córdoba como me habían aconsejado los médicos anteriormente.

El día que emprendí viaje a Córdoba fue un momento trágico, porque mi madre quedó secándose las lágrimas con el pañuelo en la mano, cosa que para mí fue un golpe en el corazón y cabizbajo salí con mi valijita y \$200 que había sacado de una caja de ahorro que tenía como reserva. Me largué a la deriva guiado por la imaginación, adivinando un paradero, al no conocer mi destino:

*Con una tristeza latente
y la esperanza curiosa
buscando la suerte milagrosa
que me sacara de indigente.*

Con una decisión firme y llena de coraje, tomé un colectivo para Villegas, esa noche cené y dormí en una *fonda* frente a la estación de ferrocarril. Al día siguiente, tomé otro colectivo a Rufino, me quedé esa noche y al otro día tomé otro hasta Villa María y ahí tomo el tren a Córdoba Capital. Cuando bajo del tren en Córdoba, lo primero que hago es pedirle a un auxiliar de la estación si me podía indicar alguna pensión barata, me recomendó que lo más barato y bueno estaba en el barrio San Martín. Me dirijo a esa zona y encuentro una pensión de tipo familiar del señor Vuitrago que cobraba \$45 por mes con cama y comida, un acierto perfecto para mí y ya me quedé tranquilo, buscando hacer algunas amistades. El primero fue el dueño de la pensión y dos pensionistas que

había, estudiantes de medicina, Joselín Cerda de Catamarca y Augusto Seguer de Entre Ríos.

Así, ya más conforme con el lugar y el trato tan amable, empecé a buscar un trabajo que era muy escaso y más para un campero en la ciudad. Aunque yo intentaba buscar en el campo, era allí donde más escaseaba y los sueldos resultaban todavía más miserables. Un día salí en colectivo sin saber adónde iba, para el lado de las sierras, me quedé deslumbrado de esas bellezas que nunca había visto. Me había sentado al lado de un señor mayor, al parecer un campesino definido, entablamos conversación, yo le conté el motivo de mis andanzas, se identificó como Murúa, el nombre no recuerdo, también dijo que era de Tanti. Para esto íbamos por el Durazno y un poco antes de llegar a Tanti dijo que ahí era su campo y su casa, en plenas sierras y bastante peladas. Cuando estaba por bajar me invitó a acompañarlo y a quedarme hasta el día siguiente, esa noche conversamos mucho a lo criollo y sin alabanzas, él hablaba de sus montañas, montes bajos y arroyos y yo le daba mis conocimientos de la llanura. Tenía una casa grande de piedras y unos corrales grandes también de piedras con las puertas de trancas de palos, donde encerraba de noche ovejas y también caballos en otros corrales.

Él vivía con un hijo, viudos los dos y con dos pibes, el hijo se encargaba del campo y él de la casa. Al día siguiente nos levantamos, tomamos mate y me preguntó si sabía carnear ovejas y le dije que sí, entonces me dijo si le carneaba una, y como yo llevaba cuchillo en una maleta, ahí nomás se la carneé. También me preguntó si sabía ordeñar y también lo hice, sacó un costillar y unas achuras y también se las asé. El viejo se

agarró un encanto conmigo que me dijo que me quedara todo lo que quisiera, pero yo lo que buscaba era un trabajo con sueldo, también me preguntó si sabía domar, le dije que sí, pero en el llano, que en la piedra no sabía, ni me animaba a probar.

Al día siguiente decidí volver a la pensión, nos despedimos cordialmente, deseando volver a vernos, pero yo no volví porque después me ocupé y pasó el tiempo.

También me hice amigo de un señor que tenía una quinta de cinco hectáreas a dos kilómetros al sur de la ciudad de Córdoba, donde él vivía y que había sido de Buenos Aires capital, ejecutivo de la casa Terrabusi, jubilado que explotaba la quinta con verduras y hortalizas, y tenía cinco o seis hombres trabajando de efectivo y otros en temporadas. En una ocasión me ofreció trabajo, pero yo no me animé porque era un trabajo muy duro, muchas horas siempre agachado y con sueldo bajo, preferí seguir buscando algo mejor. Pero me seguía invitando a ir a la quinta, a la que iba en sulky, para que le ayudara a lidiar con una yegua que ataba al sulky y que lo tenía a mal traer porque era purasangre que había cumplido su ciclo en el hipódromo. Una oscura muy linda pero loca como ella sola y se le ocurría cruzar el centro de la ciudad, cuando el semáforo estaba en rojo, no quería parar y pegaba unos *abalanzos* y unas patinadas en el asfalto. Entonces yo me tenía que bajar urgente a tenerla del freno y cuando la soltaba arrancaba con todo, yo tenía que subir por atrás a la carrera. Todo esto me valió mucho para valorar las miserias de la vida de campo como peón.

No alcancé a estar un mes en la pensión cuando un día me dijeron mis amigos que en la confitería que ellos frecuentaban

yo ya conocía, porque en alguna ocasión me habían invitado, necesitaban persona sola con comida y cama adentro, con 30 pesos de sueldo para lavar copas, tirar chopp y café express, mis amigos que ya nombré anteriormente me presentaron como buena persona y ahí nomás cerramos trato. El patrón era un italiano ya maduro de muy buen trato, por lo que yo entré muy confiado, dejé la pensión y me instalé en esta confitería “El Recreo” de Antonio Pastorio en Castro Barros 347 barrio San Martín, Córdoba capital.⁴

Muy pronto me puse al corriente de este nuevo oficio porque el patrón tenía buena predisposición para enseñar, y yo que ponía la mejor voluntad. El patrón vivía en La Calera, pero de día estaba siempre en la confitería a cargo de la dirección y de la caja, yo de noche quedaba sólo actuando como sereno, tenía dos mozos de oficio efectivos que trabajaban de las cinco de la tarde hasta las tres de la mañana siguiente. En las mañanas antes de las doce aparecían los parroquianos a tomar el *Cinzano* y el patrón me hacía actuar de mozo. Como a los cuatro meses, ya estaba práctico para la bandeja y el cobro del consumo. *De pronto aparece uno de los mozos borracho al trabajo, se pelea con el patrón, lo despide inmediatamente y me pone a mí en reemplazo*, algo que me jerarquiza favorablemente, aumentándome el sueldo a \$ 45, además las propinas que corrían bien y significaba otro medio sueldo. Además me dieron el lunes franco, ya que se trabajaba sábados y domingos.

Estos acontecimientos no me hacían olvidar de mi madre a quien le escribía todos los viernes religiosamente y que tenía presente que me añoraba y que me contestaba todas las sema-

⁴ En oportunidad de un viaje a Carlos Paz de vacaciones con unos muy buenos amigos que viven en La Falda: Alejandra Ercoli y Adrián me llevaron a recorrer Córdoba capital y anduvimos por ese barrio, hoy totalmente cambiado por el progreso con edificios de altura.

nas con el mejor de los cariños. Eso era una cuerda que me tiraba hacia mi familia y mi terruño que crujía amenazando a cortarse.

Los lunes siempre tenían algún atractivo, íbamos con mis amigos estudiantes al cerro de Las Rosas donde pasa el Río Primero y comíamos algún asadito debajo de los sauces. También los lunes acompañaba a unos muchachos que tenían un camioncito que iban a Río Ceballos, La Falda, Junquillo y Colonia Caroya a comprar pollos y chivitos que después revendían en la ciudad y también asábamos alguno para hacer una fiestita. También traían *damajuanas* de *grapa* que ellos tomaban en tazas de café, y yo tuve que aprender a tomar para acompañarlos, porque cuando uno anda solo en pagos desconocidos tiene que adaptarse a diversas circunstancias y formas de vida, para hacer amigos y *no morir sin ser velado como lobo en el desierto*. No hay mejor experiencia para apreciar la vida y la de tus semejantes, familia y todo ser de tu entorno, que el ser solidario y respetuoso, dos palabras de concepto primordial para adaptarla como valor de una persona y defensa para una vida digna.

Para esta fecha de 1943, me sentía otra persona, había recuperado totalmente mi salud y mi fortaleza, estaba desafiante para proseguir mi vocación que añoraba todo lo que habían visto mis ojos desde la niñez y permanecía aquella ambición de hacer lo que nunca había podido. Entonces me vi en la obligación de ser sincero y comunicarle al patrón lo que me ocurría, algo que lo dejó decepcionado ya que no lo había imaginado y sí pensado que, cuando aprendiera bien el oficio de confitero, me iba a poner al frente, dado que a él se le estaba poniendo pesado al avanzar la edad. Pero lo tenía decidido y ya les había

También esta firma alquilaba un campo en Trilí, estancia Las Rosas, todos los meses había que llevar o traer hacienda arreando. Eran tres días de viaje y uno de vuelta. El capataz comandaba la tropa y nosotros éramos *su mano derecha*. Las tropas por lo general eran de trescientas o cuatrocientas cabezas, hasta una vez fue una tropa de mil vaquillonas con unos diez arrieros. Cuando el tiempo estaba lindo, eran unas vacaciones, pero cuando llovía y había mal tiempo se convertía en una penuria a pesar que andábamos bien preparados con buenas *pilchas* y ponchos de agua. Era imprescindible, por lo menos, un caballo bien manso *para poncho*, hasta que pasara el temporal, porque de Roosevelt para allá no teníamos *encerrada* para pasar la noche. Siempre una noche había que *rondar* en la calle atajando la hacienda, haciendo turnos cada cuatro horas, lloviera o tronara. Pero se hacía con naturalidad y orgullo, tratando de demostrar capacidad de *macho* que no se doblega ante cualquier dificultad o problema.

Vale más la paciencia que las alteraciones ante los vaivenes de la vida, manteniendo la calma y la cabeza fresca para solucionar las *malarias*. Hay que tener presente que todo ser humano está vigilado por la naturaleza, dándole lecciones que no son castigos. De esas lecciones vas tomando experiencias y respeto a esa fuerza superior que trata de darte pureza y amor para que te luzcas como persona honorable. Así formé mis principios y no me arrepiento de nada:

*Acepto la vida conforme
cuando me miro por dentro
reviso y encuentro
siempre buenos informes.*

*Abí están mis valores
intactos y sin mellas
firmes como estrellas
que guían a mis sucesores.*



Foto a los veinte años.

Prosigo con mis tareas camperas, recordando tantos caballos que pasaron por mis manos, dándoles lo mejor de mi capacidad en cuanto al trato, dedicación para domesticarlos y con paciencia y cariño pedirles su mejor rendimiento, sin ser un mandón, sino un amigo.

También domé un *macho mula* que vagaba en unos médanos en la estancia San José en Valentín Gómez. Lo hice para probar cómo era entenderse con el mular, y me descubrí reconociendo sus virtudes y falencias.

Éste se diferencia con el caballo por su aplicación, es más para zonas montañosas que de llanuras, dado que tiene la *vasadura* cerrada y muy fuerte. Puede trajinar continuamente en la piedra sin que se rompa, lo mismo que las articulaciones de las patas más fuertes que el caballo, pudiendo trepar o descender de las sierras sin *mancarse* ni *rengarse*, cosa que para el caballo es sumamente riesgoso. La mula también tiene muy buena aplicación para transportar cargas a lomo a lugares serranos donde no puede llegar ningún vehículo a motor, por su resistencia en el lomo, lleva materiales de construcción, barriles de agua, vino y otros líquidos y hasta jaulas colgadas a cada lado, para pollos o cabritos que bajan a las rutas donde ya se cargan en camiones hacia los centros poblados.

A la mula le reconocí dos virtudes, una fue para galopar montado detrás de la tropilla, porque es muy *amadrinada* y voluntaria y trata de acercarse a sus compañeros. Toma un galope muy sereno y cómodo y de mucho aguante, la otra virtud que le encontré es para *rondar*, porque es muy resistente parada, firme, no afloja las patas y te sentís muy cómodo. Cuando

se está atajando hacienda en la noche, es como estar sentado sobre una mesa, en cambio el caballo no tiene esa firmeza y siempre está aflojando una pata y la otra lo que no te resulta tan cómodo.

Ya hacía dos años que trabajábamos en San Ambrosio y se produce un cambio en el año 1947. El capataz tuvo algunas diferencias con el administrador y se retiró, entonces pusieron de reemplazo a un *gallego*, Froilán González, lo que no nos hizo nada felices, incluso nos hizo pasar hambre, lo que aguantamos quince días y renunciamos. Nos retiramos con los caballitos y nuestras pilchas y fuimos al Carretero a pedir trabajo. Nos ofrecieron *65 potros* para domar *al pecho* para los arados que eran diez y el campo en ese tiempo eran *6000 has.* Tratábamos con el mayordomo Enrique Marc que nos ofreció \$15 por cada uno, cosa que aceptamos y ahí nomás desensillamos y nos ubicamos en una pieza que nos facilitó. También nos incorporó al comedor del personal existente. Ya nos cambió el panorama, había algunos conocidos como Enrique Durán, Antonio Chaves y Vero Villalba que trabajaban de *mensuales*.

El mayordomo era de muy buen trato. Se madrugaba mucho pero antes de salir al trabajo se comía un buen asado después del mate, muy buena carne porque carneaban en la estancia. Nos apartó de la *yeguada* los sesenta y cinco potros para domar y cuando nos presentó las sogas que tenían para *palenquear* y *soguear*, nos llevamos una sorpresa, porque eran viejas, reseca y algunas rotas. Entonces le dije al mayordomo, con cierto temor que no le gustara, que esas sogas no aguantaban más y, como yo ya era veterano en el tema, le dije que si quería yo le hacía las sogas que hacían falta. Que me diera un

cuero y que le cobraría por día. Le pregunté si le daría trabajo a mi hermano *Chingolo*, lo que aceptó de buen gusto al parecer. Corté un cuero, lo hice sogas bien sobadas y cuando le dije que había terminado el cuero, revisó las sogas y ahí nomás me pidió que le cortara otro cuero y le hiciera más sogas, también lo corté y lo hice. Anteriormente me había dado una yegua vieja y gorda que le había pedido para *lonjas* de sacar tientos para coser y como ya éramos adictos a la carne de yeguarizo, le sacamos los costillares y pusimos uno al asador. Cuando lo teníamos asado, apareció el mayordomo y nos dijo: “*Como si no tuvieran carne, se van a poner a comer esa yegua vieja*”, y yo le dije que si quería probar. Sacó el cuchillo y cortó una costilla, le gustó, siguió comiendo y diciendo que nunca hubiera creído que era tan sabrosa. Él era un gordo de ciento treinta kilos, famoso de comilón, que en las *yerras* se sabía comer hasta 40 huevos de terneros grandes.

Cuando teníamos todo listo empezamos a agarrar los potros para *palenquear* en la manga como era costumbre en la estancia y que nos habían sugerido. Apartamos quince de los sesenta y cinco y les empezamos a dar las primeras atadas a los palenques y a *soguearlos*. Cuando se ponían dóciles y *cabrestadores*, llevábamos los quince a un potrero chico al lado de la estancia donde había corrales y una *ronda* de un cable grueso y ahí los hacíamos formar para agarrarlos con facilidad, ya que estaban *embozalados*. Nos dieron una *rastra* grande para atar un *percherón* que le aplicábamos el potro, atado con un *maneador* largo, de dos vueltas atrás de las paletas y asegurado a la pechera del manso para que no se fuera para atrás ni para adelante cuando el potro trataba de zafar. Cuando estaban ya *corrientes* los entregábamos y agarrábamos otros quince.

Mientras tanto cuando les hacía falta gente, nos ocupaban por día para yerras, hacer tropas, embarques o algún arreo a la feria de Valentín Gómez de Pedro D. Duhalde. Nos habíamos hecho muy amigos de dos puesteros Lara y Gerónimo Delgadín, éste domaba para silla, hombre maduro de unos 60 o 65 años que había sido muy bueno jineteando *en pelo*. Siempre nos incitaba que lo practicáramos y yo estaba que *me salía de la vaina*. El se había dado cuenta de mi afición, me daba explicaciones para que no me golpearan, agarrado solamente de las *crines* y que no pusiera los brazos rígidos sino flexibles hacia adelante para que no se arrancaran las *crines* en las sentadas de los *corcovos* y no perder de vista la *crinera* cuando escondiera la cabeza entre las manos. Lo más importante es que cuando perdiera el equilibrio no esperara el porrazo, sino soltar el cuerpo y abrir las piernas tratando de salir parado. Me hacía montar a *talón liso*, sin espuelas, decía que así se aprendía con más facilidad para salir parado, lo que así resultó y con esa idea de no dejarme golpear, seguí un tiempo largo. Cuando ya me sentía seguro me puse las espuelas y ahí encontré un gran cambio, una ayuda para sostenerme, aunque varía la forma de *corcovear*, el caballo trata de sacarte de encima de cualquier forma.

También quiero aclarar que cuando agarraba un potro para silla o cualquier otro destino, jamás se me ocurrió maltratarlo o hacerlo corcovear, siempre lo hice con la mayor dedicación para sacarlo lo mejor posible, que fue lo que más me interesó, más que lo que podía cobrar por hacerlo.

El buen trato es lo primero, partiendo de la base que lo que no te gusta que te hagan a vos, no debes hacérselo a nadie y menos a un ser inferior. En ese sentido se debe ser muy celoso

de sí mismo y contenerse. Si algún día estás de mal humor y se te quieren volar los patos, relájate y responde con humildad, así no perderás un amigo y el tiempo que le has dedicado. Yo he visto hacer muchas crueldades con los animales sin tener en cuenta que son seres vivientes, que sufren y hasta le pueden tomar un odio que no te perdonará jamás, además de hacerle un flaco favor a tu conducta.

Otra costumbre mala a mi entender es querer amadrinar una tropilla haciéndolos morder con los perros, para mí es un bajo y miserable proceder. Dado que vos debes ser intermediario entre el caballo y el perro para llegar a un entendimiento y que se hagan amigos para compartir tareas de diversos tipos. El hombre, el caballo y el perro son tres protagonistas que pueden formar un equipo que se complementan perfectamente, cuando el hombre tiene capacidad y vocación para dirigir.

Así llegaba el año 1947 y nosotros terminamos esa tarea de domar los 64 potros, uno salió indomable, hasta nos corría del corral! Entonces lo largamos, previo aviso al mayordomo, entregamos los domados, arreglamos las cuentas y nos despedimos muy agradecidos y conformes por haber cumplido lo que fue reconocido por la parte patronal, que también nos cumplió correctamente.

Para esto nos esperaba nuestro padre para que lo ayudáramos a terminar varios trabajos que le habían quedado atrasados, como alambrados y aguadas. En ese tiempo había comprado las 50 Has. que alquilaba de Tamburelli, entonces nos quedamos unos meses mientras se organizó, luego puso un tambito con Rubén (Titi), mi hermano menor que ya tenía quince años

y llevaban la leche a la fábrica “El Fortín” de Fortín Olavarría, de la cual fue socio muchos años por ser una cooperativa, también mi padre participaba en la comisión directiva.

Nosotros con mi hermano Jorge (Chingolo) buscamos otros trabajos, él salió a hacer trabajos generales y yo salí a *reserear*. Porque para esto me había hecho de una tropillita de seis caballos que había juntado haciendo trueque por doma y alguno que crié yo. El primer viaje que me salió fue cuando un *capataz de tropas* de América, (Tomás Colman) vino a Fortín buscando cuatro reseros, porque necesitaba diez y solo tenía seis. Entonces fuimos: Francisco Durán, Wenceslao Castro, Pito Carloni y yo. Teníamos que traer 1050 novillos de “Las Marías” en Agustoni a la feria de Valentín Gómez de Pedro D. Duhalde. Los de Fortín fuimos directo a Agustoni y allí nos juntamos con los de América y fuimos a “Las Marías” a sacar la hacienda en tres tropas a la calle. Ahí separaron las tropas. El capataz había preparado un asado de cena como a las 7 de la tarde, por ser tiempo de verano todavía estaba el sol a una hora y media antes de entrarse y había que caminar de noche para salvarse del calor, principalmente por la hacienda que eran novillos gordos de unos 400 kilos, todos *pampas*. Cenamos y arrancamos todavía con luz del día.

En cada tropa iban dos hombres arreando y dos adelante para mantener el ritmo del *tranco* para que no se mezclaran con las otras tropas, guardando una distancia de 200 metros entre ellas. El capataz controlaba continuamente, pasando cada tanto de una punta a la otra. A mí me tocó de compañero a Marcos Tolosa, alias “Zanja mora” de América. Cuando habíamos marchado unas dos leguas empezamos a divisar

una tormenta que se venía levantando despacio y como a las cuatro leguas, ya dos horas de noche, se descolgó la lluvia y el viento. El capataz mandó a parar las tropas y nosotros ya con los *ponchos de agua* puestos, quedamos atajando. El viento era del oeste, como íbamos en dirección contraria nos favorecía un poco y no es difícil atajar la hacienda, porque se amontona y trata de buscar reparo entre unas y otras, diferente que en tiempo frío y seco, que buscan caminar continuamente. La tormenta y lluvia siguieron hasta aclarar el día, así pasamos toda la noche atajando la hacienda y sin cambiar caballos y a boca seca. El capataz ordenó seguir la marcha porque nos habíamos atrasado, tendríamos que haber llegado al aclarar a Valentín Gómez. Llegamos a las doce del día y todavía teníamos que encerrar en corrales, de a 50 novillos. El aparte se hacía al *corte*, terminamos una hora antes de empezar el remate, a las dos de la tarde. El remate empezaba a las tres, así que tuvimos que aguantar unas veinte horas sin cambiar caballo, bajándonos por dos minutos para orinar y acomodar el recado cada cuatro o cinco horas, por suerte yo había ensillado el mejor caballo que tenía, que se llamaba “Pichón”, un *zaino tapado* que me había regalado mi padre de potrillo y que yo mismo domé. Terminamos, desensillamos y fuimos a comer a la parrilla de la feria, había un asador que no dejaba faltar carne para los que llegaban atrasados. La carne abundaba y el hambre también, así que nos pusimos al día. Terminado el trabajo y la comida, empezaron los comentarios sobre esta tarea cumplida y poniendo a prueba el aguante para una jornada dura, como se sabe, andar en la huella. Yo también di mi punto de vista, ya que tenía mis experiencias, aunque era el más joven de este grupo. Quedé tan conforme haciendo yunta con “Zanja

mora”, convencido de que era una gran persona y nos llevamos completamente de acuerdo en esa tarea. Nos hicimos amigos y nos contamos nuestras intimidades a pesar de la diferencia de edad, porque él ya era un veterano. Yo ya sabía de su fama por comentarios, que era buena persona y muy buen trabajador de a caballo, hombre ágil y con una vista privilegiada, amigo de pernoctar en los *boliches*, tomar algunas copas para estimularse y demostrar sus habilidades. *Cuando había caballos de otros parroquianos atados en los palenques y veía alguno con pinta de macaco, se le iba de atrás y le tocaba los garrones, y si le tiraba una patada, la esquivaba y le tocaba el entre piernas, tiraba más patadas y ni lo tocaba, así repetía la operación hasta que el caballo convencido optaba por quedarse quieto. También cuando algún otro hombre de boliche con ganas de buscar camorra, provocando, le tomaba el desafío, cuando el atrevido sacaba el cuchillo, él se sacaba una alpargata y al tiro de cuchillo respondía con un alpargatazo en la nariz, decía que era para que se le llenaran las ojos de lágrimas y ahí sí, le daba con la alpargata respondiendo a cada tiro de cuchillo que esquivaba con mucha facilidad hasta hacerlo abandonar. En esos casos lo sabían denunciar a la policía y cuando venía un milico a llevarlo, si venía con buenos modos se entregaba y lo acompañaba, pero si venía con prepotencia y quería ponerle las esposas le decía que no lo tocaran que iba solo y si los milicos lo manoteaban para reducirlo, ahí nomás una cachetada y un salto para atrás y en el aire sacaba un latiguito de cadena que llevaba en la cintura. Si el milico intentaba sacar el arma, le daba un cadenazo en la muñeca que le hacía saltar el arma, ahí nomás la manoteaba y salía volando a la comisaría a entregarse y también el arma del policía; cuando venía el desarmado frente a su autoridad recibía más castigo el milico que el infractor. Así*

corría su vida hasta que un día terminó, cuando peleó con un mal viviente y traicionero de apellido Caro, con una cuchilla grande y “Zanja mora” con el látigo de cadena. Caro tiraba hachazos y puñaladas que iba errando y recibiendo un cadenazo por las orejas por cada tiro, lo que tuvo que abandonar a corto plazo. Caro no quedó conforme con ese tratamiento y se hizo carne en su cuerpo la venganza, hasta que un día lo encontró descuidado y mientras montaba a caballo fue de atrás y le pegó una puñalada que lo mató en el acto. Así terminó su vida de aventuras y gauchadas, dejando una fama importante para comentar en la región.

Vuelvo a Fortín y me encuentro con don Daniel Ozzán, arreador, capataz de la firma “Virgilio Gaddi y Cía.”, que necesitaba arreadores y ahí nomas me prendí. Anduve un largo tiempo trabajando en la feria y arreos, acá nomas en la zona, embarcando y desembarcando en ferrocarril, hacienda gorda e invernada, clasificando para hacer tropas loteadas para feria que daban todos los meses. Andaba como pato en el agua porque don Daniel ya estaba *viejón* pero se lo pasaba recordando sus gauchadas confiado en su fama que había obtenido pialando y enlazando, con el lazo prendido en la cintura y jineteando en pelo con el sobrepuesto de carpincho suelto y sostenido solamente de las crines, lo que me daba estimulación para hacer lo que estuviera a mi alcance, ya que tenía una práctica bastante aceptable que no quería abandonar.

Tampoco en ningún momento me olvidé de los viejos, ayudándolos en las tareas de la quinta, en emparvadas, carneadas y otros trabajos. Así pasé como un año, entre doma, arreos y embarques. Hasta que un día nos ofrecen trabajo de mensuales a Jorge, mi hermano y a mí, en “La Criolla”, por medio de

don Camilo Lescano. Un criollo completo de 68 años, capataz, del que aprendimos también muchas cosas, porque había sido muy andariego y arriero en La Pampa, por campos abiertos y márgenes del Río Colorado, llevando hacienda para Mendoza que después pasaban a Chile. Domador de tropillas grandes, que llevaba en los arreos, ahí me enteré que era “*la ronda de la cruz*”. Cuando paraban en campo abierto para pasar la noche, se ponían cuatro hombres haciendo ronda, uno en cada punto cardinal y otro hombre con las tropillas retiradas de la tropa y con las yeguas madrinas maneadas hasta que venía el día.

Así empezamos a trabajar en “La Criolla”, de la familia Barón que alquilaba Juan Alberto Harriet, nuestros patronos. Respondimos en todas las tareas que requería una estancia en esos tiempos, empezando por recorrer, observar las aguadas, pastoreos y hacienda. Se trataba de un campo solamente dedicado a la invernada de novillos, que llevaban de 180 kilos hasta los 550 solamente a pasto y que se embarcaban por ferrocarril en San Mauricio para frigorífico. También nos tocaba arrear a General Pico novillos de 600 a 700 kilos con destino a Chile, había temporadas bastante exigidas de trabajo. Como había mucha alfalfa, en temporada que estaba tierna había que andar muchas horas ya que siempre se *empastaba* alguno, había que cuerear y sacar la osamenta al cementerio. También había temporadas aliviadas que yo aprovechaba para arreglar mis caballos. Ya tenía ocho y me daban permiso para tenerlos en el campo con el compromiso de usarlos para trabajos en la estancia. También el capataz me dejaba domar alguno para afuera, así podía hacer unos pesos más para ayudar al sueldo. Un día me hice una de las mías, como había varios contratistas con caballos, un tal Bañato tenía varios potros y me prestó uno

para que lo jineteara en pelo, era un oscuro gordo y muy *clinudo*. Me lo agarraron, lo monté como Dios lo echó al mundo, sin bozal ni nada, salvo con las espuelas que aún conservo; me salió una jineteada vistosa, *voleándole* la pierna, salí corriendo cuando ya aflojaba como a los 40 metros. Ahí me vio don Camilo y le llamó la atención la forma en que le *volió* la pierna. Salí corriendo y me dijo que tenía que seguir entrenando, que me iba a llevar cuando hubiera una doma. En ese tiempo había cada año o dos, tomé atención a lo dicho y me agrandé al decirlo “*un experto en el tema*”. Y con mucha cautela seguí practicando, cada vez me salía mejor y con más agilidad para la *desmontada*. Ya pisando en el año 1948, Pedro Rosolén, *feriero*, consignatario de hacienda, organiza una doma en América y don Camilo me lleva como me había ofrecido, en un Ford T que tenía. Yo me preparé muy entusiasmado y haciendo un poco de pinta, sombrero gris con *retranca*, camisa y bombacha blanca, *botas de potro*. Me tenía tanta fe para salir parado en caso que me bajarán, creyendo imposible revolver el equipo que resultó tal cual. Éramos tres los anotados: un uruguayo, Benjamín Fernández y yo. El uruguayo montó un *anca nevada*, solamente uno y nosotros dos cada uno. Fernández montó un tordillo y un zaino colorado, siempre a *clina limpia*, yo un tostado y una yegua pintada que corcovearon parecido y no hubo aterrizaje. Entonces nos dieron los mismos puntos y nos repartieron el premio que era bastante liviano. Circunstancia que aprovechó mi padre para aconsejarme que no me convenían esos riesgos para que los organizadores se llevaran la plata. Comprendí la advertencia, pero por eso no dejé, seguí entre casa cuando se ofrecía la ocasión.

También en mis recuerdos afectivos está la presencia de Lucio Castro, que en 1948 era un jovencito de unos 15 años. Empezó a trabajar por primera vez fuera de su casa, en “La Criolla”, hijo de Antonia Giménez y de Emilio Castro, viejos amigos de mi familia y por supuesto míos también. Por lo tanto me ocupé de tratarlo como a un hijo, de acompañarlo y enseñarle todo lo necesario para que pudiera cumplir, me demostró mucho agradecimiento y yo también lo aprecié mucho por su nobleza y humildad. Todavía soltero, me gustaban las travesuras inofensivas como jineteadas y ocurrencias que compartíamos felices, pero nunca ni por remota idea se nos había ocurrido pensar que íbamos a ser de la familia, por circunstancias lógicas de la vida tomamos diferentes rumbos y al correr de unos veinte años nos encontramos con mucho afecto haciéndonos consuegros, más adelante daré detalles de nuestra historia.

En esos tiempos, a mi hermano se le ocurrió salir de trotamundos, se fue a Mendoza, después se corrió a Río Negro, estuvo agregado con los indios, con los que hizo muy buenas migas y lo admiraban por ser tan experto en carneadas y asados. Le pidieron preparar carne para asar con cuero, bolear avestruces, pialar y hasta les enseñaba muchas cosas, al final volvió como a los cinco años.

En el transcurso de esos años quedé sin la compañía de mi hermano Jorge, mientras yo seguí trabajando en La Criolla. Sin perder detalle de la vida de mis viejos, empezaron a ocurrir varios cambios en lo laboral y en lo sentimental. Como yo estaba presente en todas las milongas de la zona y ponía el mayor esmero en vestirme prolijamente, con el mayor respeto

y admiración por la gente de bien, en cuanto a conducta con la cual me apasionaba tratar. En una de esas fiestas conocí a Haydee Pecile una joven de 19 años, de buena familia, con la que me sentí atraído, me puse de novio, pasó un tiempo prudente y decidimos casarnos. Me dieron casa en La Criolla y seguí trabajando.

Cuando ya finalizaba el año 1949 se aproximaba el nacimiento de *Jorgito*. Todo andaba bien, pero yo ya pretendía algo mejor que un sueldo de *mensual*. En ese momento me ofrecen trabajo como capataz en la estancia San Jorge de Busquet Serra, donde fui a tratar, nos arreglamos, nos cambiamos, empecé a trabajar y muy pronto, el 1º de Enero nació Jorgito, una alegría mayor, reinaba en el matrimonio al mismo tiempo mucha preocupación y trabajo, por ser un campo medio abandonado que recibí con cinco novillos dentro de un tanque de agua. Tuve que arreglarme para sacarlos, como para probarme, lo que solucioné sin problemas. También me hice cargo de mil ovejas que había a pastoreo, propiedad de un señor Parra de 9 de Julio, que a los seis meses se cumplió el plazo y me tocó cargarlas por ferrocarril en Badano. Salimos de San Jorge a la mañana y a mitad de camino eran las doce del mediodía, asamos un cordero, comimos y seguimos hasta Badano, llegando a la entrada del sol. Una hora después empezamos a cargar, cuando habíamos cargado dos vagones empezó a llover, ahí se complicó todo porque las ovejas estaban sin esquilar y al mojarse la lana se ponen pesadas y se *atontan*, más de noche, que había que hacerlo por obligación porque el tren salía a las cinco de la mañana. Así que terminamos de cargar a las tres de la mañana, menos mal que la lluvia duró poco, pero fue suficiente para complicar la tarea, ya que tuvimos que seguir medio

mojados. Eran como diez vagones comunicados, cortábamos cien ovejas, las corríamos hasta la punta y se iban cerrando los vagones al completarlos. Terminada la tarea, desensillamos y cansados y bastante humedecidos nos ubicamos en una habitación desocupada en la estación, que me había facilitado el jefe Orlando Martín, amigo mío de Fortín Olavarría. Era muy atento y servicial, nos esperaba con un fogón prendido y bastante leña, ahí revivimos al secarnos con el fuego, calentamos cordero que nos había sobrado el día antes a las doce, algunos tragos de vino y preparamos los recados húmedos para armar la cama, pasamos la noche bien gracias a este amigo gaucho que nos atendió como los dioses.

Volvimos a la estancia a seguir con las tareas cotidianas, había mucho trabajo porque los patrones se dedicaban *al revoleo*, o sea compra y venta de novillos de *invernada* que compraban en el sur y se desembarcaban en Badano, tropas de 1000 y 1200 animales. Eran 40 jaulas de ferrocarril, que yo recibía cada dos meses y tenía que clasificar *a rodeo* y *pata de caballo* con cuatro o cinco peones. Entre ellos estaba Feliciano Manteca, Pepe Cristóbal y otros por día. Sabían venir novillos de todo tipo, overos, colorados, negros, etc. rejunte de ferias de diferentes clases, estados y edad; yo tenía que hacer las tropas para vender en la feria de Valentín Gómez. Se llevaba los de mejor estado, así que tenía que hacer tropas lo más parejas posible, me resultaba complicado hacerlas. Primero sacaba todo lo de mal estado y de lo que quedaba de 1200, serían unos 800, y de esos de mejor estado hacía las tropas lo mejor que podía, porque los patrones no aparecían nunca. Lo hacía a mi criterio y con una responsabilidad muy grande de hacer tropas aceptables de semejante ensalada. Sacaba aparte negros, colo-

rados, pampas y overos. De esas, ya apartadas por color y razas, los volvía a apartar entre chicos y grandes, entonces de esos ochocientos me salían varias tropas que tenía que llevar aparte a Valentín Gómez. Sabía ocupar diez o quince hombres, según la cantidad de hacienda, era fácil conseguir porque para las ferias de Pedro D. Duhalde en Valentín Gómez, venían *reseros* de toda la zona en busca de *arreo*. Ahí conocí a toda la gente tropera de América, Tejedor, Villa Sauce, Agustoni, Gral. Pico, Quemú Quemú, Trenque Lauquen y algunos otros. En esas ferias se sabían vender siete u ocho mil cabezas, todo movilizado por *arreo*, porque el transporte de camiones no existía. También había que estar muy seguro en los recuentos, cosa que sólo llega con la práctica y buena dedicación. Los más difíciles para contar son los terneros negros, cuando son de destete, *ariscos* y cuando son tropas grandes. Cuando los hacés desfilar para contar pasan muy ligero y a veces se enciman unos arriba de otros, esas cosas son la lecciones para hacerte seguro y más si sos celoso y con amor propio. También me gustó lucirme con los *pingos* que domaba yo mismo apartando en los rodeos, que sabía llevar dos para cambiar al medio día y no aplastarlos y mantenerlos con todas las energías. Porque el caballo es como el hombre, tiene que trabajar sin demasiadas exigencias y bien tratado, para que la tarea la tome con gusto y que rinda lo mejor.

Para echar un *redomón* al *rodeo* hay que tener mucho cuidado, lo primero es que tiene que tener cinco o seis meses de doma, empezar a sacar del *rodeo* con la compañía de otro experto y bien montado, echando al medio al vacuno sin apurarlo al principio para que vaya tomando confianza, sacando unos pocos animales por cada vez y muy suave para que no tome

miedo a la apurada y se haga *loro* o se niegue a entrar al *rodeo*. Así cuando entienda lo que tiene que hacer, podrás lucirte sacando el vacuno *calzado* con el pecho en las costillas con toda la velocidad que necesite y volver al *rodeo* muy suavemente y tranquilizándolo para realizar la misma operación, de esta forma vas a poder tener buenos caballos y de larga trayectoria. Para conseguir esto tenés que ubicarte en estos conceptos: dejar colgado en un gancho el mal humor, las rabietas, renegadas y apuros innecesarios. Si no sos capaz de aceptar esto, mejor ni te pongas a intentarlo, porque no harás nada más que quedar mal, echando a perder animales de muy difícil recuperación.

Ya que estamos en el tema voy a dar unas explicaciones. Para agarrar por primera vez un *arisco* sin golpearlo, lastimarlo, ni hacerle peladuras, en la manga, hay que ponerle un manso adelante y otro atrás para que se tranquilice y no se golpee en las trancas. Luego empezar muy suavemente a arrimarse y ponerle el bozal con un *atador* largo que se sacará para adelante, atándolo a la *asidera* de un montado dirigido por un experto, porque va a salir a toda carrera y se debe saber esperarlo para pararlo sin pegar tirones secos, cediendo un poco a la estirada de la soga, de lo contrario podés dislocarle el cuello, cadera o patas. Así podés repetir esta operación por un rato para que se vaya dando cuenta que tiene que respetar la soga, que siempre tienen que ser fuertes porque si se corta una vez, ya sabe que se puede y seguirá insistiendo para lograrlo. Si es muy *arisco* conviene *acollararlo* con una yegua mansa y largarlo al campo, después de once o doce horas volver a hacer la misma operación, prenderle el *atador* a la *asidera* y *desacollararlo*, darle otras lecciones de *cabestro* y largarlo *embozalado* junto con la yegua; a la tercera agarrada, ya estará *aflojando* y lo podés agarrar con

un gancho atado a un *cabestro*. Así dominado, lo llevás de a pie al *palenque*, un solo palo para que de vuelta alrededor y que tire a su voluntad sin obligarlo a *sentarse*, así no se sacará ni un pelo del cogote. A la cuarta atada, ya podés empezar a *soguearlo* atado al palo y ponerle la *manea redonda*, que consiste en ponerle un *maneador* de cuatro *brazadas*, dando una vuelta arriba de los *garrones* y por debajo de los *encuentros*, ajustarlo y atarlo en la argolla. Con la punta pasarla por arriba del lomo y atarlo del otro lado para que no caiga para abajo, ahí se siente impotente y se le puede hacer caricias para que se vaya convenciendo que le conviene ser amigo del hombre. El segundo trámite es prenderle la manea de las patas y si es mestizo y de piel delicada, es mejor vendarle las patas y prenderle la manea por encima para evitar peladuras. El domador prolijo y complaciente, lleva como orgullo domar limpio, sin sacarle ni un pelo de las patas ni del cogote, menos del lomo y mantenerle la *vasadura* arreglada enseñándole a levantar las patas y manos. Es muy importante hacerlo en los primeros trámites, sino quedará una materia sin aprobar y en deuda para siempre. Cuando ya aprenda a *cabrestear* y a admitir las maneas sin problema ya podés empezar a *ensillar*lo maneado de las patas y desatado del palenque para evitar que las cosquillas lo hagan *sentar* y golpearse mal al no poder hacer pie atado. Después de ensillado con la cincha poco apretada, hacerlo trotar alrededor del palenque con una soga larga y cada tanto ir ajustándole la cincha y al mismo tiempo hacerle caricias por todos lados, para tranquilizarlo y sacarle el miedo. Cuando esté bien dócil y blando del *hocico* podés intentar montarlo haciéndole traba con el *cabestro* y del *penacho* y si lo ves dudoso tomalo de la oreja, fuerte con el cabestro bien corto, siempre con la mano

izquierda y *malcornando* para tu lado, ponés el pie en el estribo y montás muy suavemente. Una vez que *estribes* y bien acomodado, le soltás la oreja despacio y lo hacés caminar, pero siempre con un ayudante montado en un manso, así aprenderá a salir de atrás del otro. Si es en un corral redondo será mejor hasta que *tome rienda*, después recién sacarlo afuera y a medida que se vaya poniendo *corriente*, montarlo con el poncho puesto, recogido sobre los hombros y después ir tendiéndolo despacio. También hay que revolear una soga para hacerlo de lazo y enlazar en cuanto esté *corriente* con mucho cuidado, para esto ya tenés que tener mucha experiencia para no fracasar en el intento. También es importante y muy necesario acostumbrarlo a cargar maletas de todo tipo y cueros frescos en el *anca* si hay ocasión. Otro punto interesante es enseñarlo a la *estaca*, atado con una soga larga y con vendas en las patas, debajo de las *ranillas* para que no se *lonjee* cuando se enreda. Haciéndolo de nuevos, aprende en cuatro o cinco atadas, lo que cuesta mucho si no lo haces al principio, es lo mismo que enseñarle a cabrestear a toda carrera, cosa que le agrada poniéndolo a la par de un montado, también hacerlo de *en pelo* cuando termina la jornada de trabajo y viene con el lomo caliente. Todo esto es necesario hacerlo de salida para tener buenos resultados.

Más adelante voy a contar algunas anécdotas de resultados positivos y méritos por este régimen propio que le he puesto sello basado en los resultados de muchos años de práctica. Esta fórmula la adquirí a lo largo de los años, tomando datos de los que sabían, pero nunca debes creerte que ya sabes todo, para seguir aprendiendo, porque siempre vas a tener sorpresas con los caballos al ser todos diferentes de genio y actitudes naturales para desentenderse de la disciplina que le imponés.

Si domás un pura sangre y tenés intención de participar en alguna *cuadrera*, debes galoparlo a la par de otro y de a poco darle *media rienda* en algún camino adecuado, enseñarle a pararlo y quedar bien quieto después de una corrida, así hasta hacerlo desarrollar al máximo. Siempre lo más importante es darle trabajo, tranquilizarlo para que no se enloquezca y más paciencia cuando se le enseña a *arrancar de parado* como para *la bandera* o *cajón*. Después de esa exigencia, volver a galoparlo en la cancha para tranquilizarlo. Esto hace falta en una competencia para que esté sereno y no pierda energías mal gastadas en piruetas y nerviosismos, aprovechando segundo por segundo para ganar distancia.

Sigo con los trabajos de hacienda y doma en San Jorge. Trajeron treinta potros de otros campos de Bolívar, me dijeron que sacara alguno si quería domar, acepté de inmediato, saqué siete cruza livianos que fui domando de a poco mezclando con el trabajo, cuando tenía todos en doma, algunos *enfrenados* y otros todavía no. Un día aparece un viejo amigo que yo apreciaba mucho, nos habíamos conocido en La Cristina cuando yo recién empezaba a trabajar y él era domador de la estancia, con fama de ser el mejor de la zona: Simón “Tico” Pereyra, al que recibí con mucha alegría ya que era de quien había copiado muchas mañas para domar bien y que tenía siempre en la memoria. Justo me encuentra con esos animales casi *hechos* y me los hizo montar a todos para ver cómo los tenía. Me dio el visto bueno y me felicitó. Como él ya no domaba más, porque ya pisaba los setenta y llevaba la doma en el alma, se acordaba de sus tiempos y se emocionó hasta las lágrimas, cosa que me conmovió profundamente y le pedí que me acompañara un tiempo ya que coincidíamos en las ideas y formas de trabajo.

Al mismo tiempo le di algunas *changas* hasta el día que decidió seguir su vida ambulante, como era su norte. Nos despedimos con un fuerte abrazo:

Nos dimos vuelta cabizbajos

entre pena y alegría

cada cual con su guía

que el destino nos trajo.

A mí me esperaba un viaje para traer cuatrocientas vacas con crías chicas de la estancia Nueva Castilla. Fui con tres muchachos mensuales efectivos: Feliciano Manteca, Pepe Cristóbal y Juancito Mestre, a los que yo les iba enseñando porque eran muy jovencitos y nos llevábamos muy de acuerdo. Salimos a la mañana y llegamos a media tarde. Nos quedamos esa noche y al otro día temprano nos preparamos para salir. En eso me dice el capataz de la estancia, Olimpio Ozzan, muy amigo, que tenía unas yeguas viejas con algunos potrillos de un año y medio esperando el camión para llevarlos al frigorífico de Trenque Lauquen. Le pregunté al capataz si me vendía algunos y me dijo que sí, que valían 30\$ cada uno, le dije si me dejaba elegir, que llevaría dos, a lo que aceptó. Entonces aparté dos zainos negros mestizos y los eché con la tropilla, los pagué y fuimos con el capataz para que me entregara las vacas. Contamos, cuatrocientas vacas con cuatrocientos terneros, y todos de acuerdo salimos a la calle con la tropa muy despacio y

con las tropillas adelante. Los potrillos no dieron trabajo, por haberlos mezclado con la tropilla sin asustarlos, se adaptaron rápidamente.

Sacar las vacas con crías chicas por una tranquera, es trabajo para hacerlo con la cabeza, usando la experiencia, arrimando la tropa a la tranquera. Previamente un hombre adelante con las tropillas y los que quedan, atajan el rodeo haciéndole ronda sin apurar. Así empiezan a salir de a poco y con su cría, porque si no dejás que salgan a su voluntad se te van a asustar los terneros y disparar para atrás, buscando el lugar de donde salieron y no los juntás más. En ese caso, solamente largando las vacas de nuevo al potrero y dejándolos varias horas es que se pueden volver a juntar con las madres. En esa oportunidad salimos sin ningún problema.

Por eso el paisano campero, entrando en años, toma un tranco cansino. Usa la paciencia y la astucia para lograr resultados positivos, opta por la fuerza y la energía sabiendo cual es el momento preciso, como el zorro cuando caza la perdiz. Es la ciencia natural obtenida de éxitos y fracasos.

Una vez en la huella, seguimos arreando suavemente, siempre uno o dos adelante arreando las tropillas y al mismo tiempo sosteniendo la cabeza de la tropa para que se mantenga una marcha pareja y natural, evitando agitación y procurando mantener un *estado normal* de la tropa para llegar a destino con el mismo *estado* que salió. Así llegamos al atardecer a la estación de Lértora y nos quedamos esa noche en la estancia “El Goyá”, al otro día llegamos a las inmediaciones de Sundblad, ahí hicimos noche y al otro día llegamos a la estancia con todo en orden. Siempre

mencionando los trabajos en San Jorge, poniendo al día algunos trabajos que se habían atrasado y siguiendo con desembarques y arreos a Valentín Gómez. Ahí conocí a Néstor Capuzzi, del que fui amigo muchos años, él era empleado de Duhalde, había empezado de muy joven y tuvo la suerte de que el patrón lo ayudara para independizarse, le fue muy bien y logró hacer buen capital.

Para esto ya habían pasado dos años y medio, yo me encontraba muy cómodo por poder dar cumplimiento a mis obligaciones, pero un día terminó todo separándome por circunstancias incompatibles con mis anhelos de confianza y fe. Defraudado en realidad, con el ánimo por el suelo, me esperaban los desvelos por la cruel verdad:

*Con el alma entera
limpia la conciencia
opté por la prudencia
y la voluntad que me supera.*

*Como pájaro herido
con el pichón a cuesta
busqué una respuesta
en el viejo nido.*

Donde pernoctaban mis padres intactos y con buena salud, con los brazos abiertos y el corazón dispuesto a compartir mis dolencias, anticipándose a ofrecerme el apoyo incondicional para criar y educar a mi hijo y darle todo lo que estuviera al alcance de sus posibilidades para que fuera feliz. Cosa que me conmovió hasta lo más profundo del alma. Fue un acto de amor y lealtad que me hizo retomar el camino de la vida, viendo criar a mi hijo con todas las garantías de dedicación y cariño, tanto de mi parte como de mis padres. Fue un pacto de honor y un compromiso a conciencia de mi parte, apostando lo elemental como es lo sentimental y material, lección que recibí desde mi niñez y que llevaré con orgullo mientras viva.

Así se formó un grupo familiar con muy buena coordinación de cinco integrantes, “Titi” Rubén con 18 años, que todavía permanecía con sus padres, Jorgito y yo. Una familia que gozaba de una paz total, con la dirigencia de un jefe ejemplar que para todo tenía la solución y se desvivía por conformar a todos por igual.

Con ese ejemplo de respeto y cariño de parte de Jesusa y Félix, mis padres, empezaron a atender a Jorgito para su crianza y educación con mi presencia y apoyo total y dedicación permanente como corresponde y la promesa de trabajar siempre cerca para venir todas las noches a acompañarlos. También un aviso por mi voluntad y el compromiso adquirido por mi conciencia de no tomar decisiones de formar pareja o lo que pudiera afectar la felicidad de mi hijo y por consiguiente a mis padres. Y así dejar pasar el tiempo hasta que el niño creciera y tuviera la capacidad suficiente para analizar ideas y proponerlas con sentido común a su criterio.

Empecé a organizar mi nueva vida sin dejarme llevar por impulsos ni rencores, yo ya era un hombre hecho y me sentía con todas las fuerzas y voluntad para ganar la vida en cualquier tarea de campo. Los primeros trabajos que tuve fueron en las ferias de Virgilio Gaddi y Cía. en embarques, desembarques y algunos arreos del día y ayudando a mi padre en trabajos pesados como era en verano *emparvar* pasto, arar, sembrar. Él mantenía diez de los caballos de pecho y dos o tres de andar y de sulky para los trabajos de la chacra. Seguía con el tambo, con Titi de tambero. También tenía una hectárea alambrada con tejido para criar chanchos, para el consumo de la casa, trabajo al que nunca falté.

Le hice una reparación a la *chata* de 6000kg., que tenía mi padre en desuso. Corté cueros de vaca e hice el *tiraje*, todo de sogas *sobada*, tiros para los seis de pecho y cuartas para los *laderos*, todos torcidos de tres y reforzadas. Empecé a trabajar de *carrero*, retomando esa actividad que había emprendido de chico, que me apasionaba y lo podía hacer de la mejor manera como me había enseñado mi padre. No me faltaban caballos, aunque tenía varios mansos de mi padre. Completaba la *muda* con caballos vagos que andaban sin ocupación y algunos potros de los amigos que me prestaban, al mismo tiempo se los devolvía mansos, cosa que me agradecían. Necesitaba de doce a quince caballos cuando acarreaba cereal en bolsas de sesenta kilos y le cargaba a la chata cien bolsas. Había mucho trabajo de acarreo y se ganaba bien porque los carros eran pocos y los camiones todavía no habían llegado hasta el año 1955-56. En esa fecha estuve acarreando de “La Criollita” para Valentín Gómez, sorgo en el mes de Julio, fueron más de treinta viajes en un mes y algo.

Cuando estaba de encargado José Roca, compueblano mío de Bolívar en “La Criollita” de Busquet Serra, rápidamente hicimos una amistad muy amena que me ayudó mucho. También acarree de “La Colorada” de Barón para Fortín Olavarría, más de un mes a un viaje por día, madrugando mucho y siempre con el tiempo muy justo. Después acarree la cosecha completa de don Máximo Louge para los galpones de Villa Sena, ahí si llevé un compañero: Guillermo Ceola, que también tenía un carro para cien bolsas, hacíamos un viaje por día y el trabajo duraba hasta dos meses.

Un día me sometí a prueba. A mi compañero se le aflojaron los rayos de una rueda y tuvo que ir al pueblo por un día a arreglarla. Quedé solo y me daba lástima perder el viaje, era un montón de pesos. Até la chata como a las cinco de la tarde y fui al rastrojo despacio y sin apuro. Las bolsas de centeno de sesenta kilos estaban en el rastrojo en montones de veinte. Empecé despacito para no cansarme, las ponía paradas en el piso, las afirmaba arriba de las rodillas, las agarraba de la mitad de la bolsa y las echaba al hombro. Después, arriba de la chata, en la parte de adelante que era lo más bajo, echaba cuatro o cinco, subía para ir completando la carga desde atrás para adelante, siempre dejando lo más bajo para cargar. Descansando algunos minutos, cada tanto, completé las cien bolsas sin terminar mis fuerzas, salí al camino firme y al otro día aparecí en los galpones de Villa Sena como todos los días. Cuando vino mi compañero le conté y no quería creer, pero tampoco lo descartó porque ya me conocía y teníamos muy buena relación. Compartíamos el fogón, que era al aire libre y a la sombra de las chatas; en la noche a la luz de un *farolito carrero*, disfrutábamos de un profundo sueño con la caricia de la naturaleza y cubiertos con la vieja manta pintada de estrellas.

La alimentación nos salía barata porque el patrón nos daba la carne que era de *borrego* y no comíamos más que churrasco, un trago de vino, mate amargo y *té pampa* a la mañana, mediodía y noche y nos manteníamos perfectamente bien y fuertes para manipular las bolsas de sesenta kilos.

También me ayudó mucho don Máximo prestándome caballos y potros que le amansé en la chata, sin cobrarle nada porque a mí me venía bien para aliviar los míos. Cuando terminaba el trabajo, se los ponía en el corral y le avisaba para que me los recibiera, mostrándole la *mansedumbre*, bien sanos y *desvasados* como era mi deber y costumbre.

Así seguí por varias *campañas* hasta que vinieron los camiones y los carros quedaron afuera. Yo no me animé a entrar en ese nuevo sistema, porque no estaba a mi alcance, tampoco quise meterme en deudas porque no era mi manera de trabajar:

No soy víctima de la ambición

no le temo a la pobreza

me afianzo en la franqueza

palanca de la inspiración.

Para esto estábamos en 1952, ese año le toca el servicio militar a Titi, mi hermano, en Zapala, donde aprendió el oficio de talabartero, para lo que tenía mucha afición. Al quedar los viejos solos con Jorgito, yo tuve que andar más cerca para

acompañarlos, hacerles el tambo y todo lo que hacía Titi. Al año, cuando volvió mi hermano, yo seguí con mi pasión por la doma y los arreos, En eso salen 120 has. de centeno granado para hacerlo *gavillas* y emparvarlo en lo de don José Otondo. Tomamos la contrata en sociedad con Antonio Peña. Preparamos un equipo, ocupamos a Lavayen que tenía una *atadora* para que hiciera las *gavillas* y nosotros organizamos la emparvada. Alquilamos un *guinche emparvador* en “La Cristina” y ocupamos seis hombres por día: “Lalo” Carloni, *parvero* de oficio y un ayudante: El “Gringo” White; Angelito García, Benito Martínez y el “Negro” Peña, de amontonadores de *gavillas* y *rastros* y “Lolo” Culler de cocinero. Terminamos y entregamos las *parvas*, todos de acuerdo.

Después de esto don José Otondo tenía siete potros para domar y me los ofreció, arreglamos de precio y los tomé. Por suerte salieron bastante dóciles y pronto los puse al *corriente* con la ayuda de Titi en los primeros *galopes*.

En ese año que faltó Titi tuve dos propuestas de trabajo, uno en la “Baviera” de Otto, entre América y González Moreno, recomendado por mi amigo Néstor Capuzzi, para encargado y otra propuesta también importante de Capuzzi para encargado de su equipo agrícola que tenía trabajo efectivo en “El Moro”, con la idea de vendérmelo a pagar con trabajo; cosa que agradecí mucho pero para mí era imposible, aunque tenía la capacidad suficiente como lo sabía mi amigo, pero mi compromiso moral y sentimental con mi hijo y mi padre era mucho más fuerte que lo material. Yo era tan feliz estando cerca de mis viejos y mi hijo, que nunca intenté hacer compromisos que me alejara de ellos más de una semana o dos, cuando mucho.

Volví a las ferias de Valentín Gómez, donde ya era director de la feria de Duhalde, mi amigo Néstor Capuzzi, que siempre tenía algún viaje o embarque. Me recomendó a don Alberto Monasterio, un antiguo capataz de tropas que tenía la feria, el que me llevó en un viaje a Guanaco partido de Pehuajó, en un viaje de doce días. Yo llevaba siete caballos y la yegua madrina como *carguero*, de los siete caballos cuatro eran *redomones corrientes* y cuatro mansos. Llevábamos varios días de arreo, íbamos por Curarú y un día que había ensillado un redomón, el capataz me quiso probar y me mandó a comprar un *borrego* y asar un costillar con paleta frente a un monte que había como dos *leguas* más adelante a la costa de la calle, para que estuviera para medio día que llegaría la tropa. Llegué con mi *redomón* a un campo donde había majada, compré un *borrego*, lo degollé, le saqué la panza y las tripas sin abrirlo demasiado, saqué las *achuras* y la cabeza, las puse adentro del *borrego* y até con tientos largos de sogas sobada que nunca me faltaban. Con tres ataduras fuertes por las *verijas* y las costillas para que no se abriera, tomó *asiento* en el *anca* del caballo, porque sin sacarle la panza, tripas, *bofes* e hígado no asienta en el anca y se te corre para un costado o el otro y hasta te ladea el recado. Lo hice con facilidad, primero por la costumbre de tener el *redomón* practicado desde el principio de la doma a cargarle de todo, hecho al poncho, al lazo y también a *atarlo largo* para que coma en alguna oportunidad. Una vez atado de patas y manos cruzado en el anca monté y salí hacia el lugar indicado, cuereé el *borrego*, junté leña del monte donde estaba prevista la parada, saqué costillar con paleta, hice un asador de palo y un buen fuego y lo puse a asar. Cuando llegó la tropa ya lo tenía listo y esperé a los cinco paisanos como *sapo de jardín*, luciéndome con mi

vieja habilidad inculcada por mi profesor superior que era mi padre que tanto admiraba. Desde ese día quedé aprobado y respetado como yo pretendía.

Así seguí un tiempo haciendo viajes para esa zona y con el mismo capataz, en uno de esos viajes, quise hacerme notar porque un hijo del capataz, Juan Monasterio, llevaba un caballo que le había *tomado el pelo* y no lo ensillaba más. Le dije que si quería se lo ensillaba para darle un galope, lo que aceptó gustoso. Esa noche nos habíamos quedado en Villa Sena, en la mañana antes de salir lo ensillé, me lo tuvieron para que lo subiera, me acomodé bien y me lo largaron. Salió corcoveando pero no tan bravo como lo pintaban, cuando dejó de corcovear le empecé a *dar rienda* para ver cómo estaba de la boca, lo ensillé varios días para arrear y de vuelta se lo hice ensillar a él porque ya no corcoveaba más. Además le había dado unas lecciones de rienda que obedecía completamente y le recomendé que lo siguiera así sin darle tregua hasta que se terminara de hacer sin mostrarle miedo y con paciencia.

En otro viaje a Guanaco nos agarró un temporal de tres días en el mes de Julio, que puso al paisano a prueba. Esa vez íbamos tres, el capataz, su hijo y yo con 300 novillos de unos trescientos kilos, delgados, especial para arrear tranquilo. Íbamos bien equipados, yo llevaba una capa de paño española, poncho de agua encima, botas de *búfalo* impermeable y sombrero de ala mediana con *retranca* para que no lo llevara el viento. En esos tiempos, en todas las estancias daban permiso para pasar la noche, *encerrada* para la hacienda, carne y leña y algún galpón o refugio para dormir. Arreamos tres días lloviendo y al mediodía sí había que arreglarse en la calle para hacer un *churrasquito*,

como Dios y tus mañas te ayudaran. Yo estaba voluntario para lucirme en los trances difíciles de la vida porque era consciente que no eran castigos, sino pruebas de la naturaleza para hacerte fuerte y aprender a ganarte la vida con esfuerzo y dignidad y no entrar en la vida fácil con el nombre de parásito acomodado en políticas sucias o bajezas por el estilo.

Yo siempre *hacía punta* en esta tarea difícil de hacer el *churrasquito* con el mal tiempo, por precaución siempre llevaba en el carguero dos o tres mechas de arpillera con grasa, y fósforos secos debajo de la faja. Entonces, consiguiendo algunas ramas finas, aunque fueran húmedas y con ingenio se prendía fuego, se abría la carne bien finita, así se lograba asarla a medias, pero se comía manteniendo el humor y el orgullo de hacer lo casi imposible, porque cuando es fácil cualquiera anda, pero cuando llega el extremo difícil es el momento de hacerle frente y demostrar la capacidad, diciendo *¡se puede!* También he comprobado que el humor y el optimismo es lo esencial para vencer dificultades en la vida.

Para esto ya estábamos en el año 1955 y Jorgito con cinco años ya pedía caballo, porque no veía otra cosa en la casa. Le compré un petiso y le armé un recadito completo y con estribos guardamontes, empezó a practicar y a los dos o tres meses ya andaba al galope para todos lados. Un día, íbamos los dos al galope al pueblo y el petiso dio un *tropezón* fuerte y lo sacó para adelante, salió parado con las riendas en la mano y se quedó mirándome para ver qué le decía. Me bajé del caballo para felicitarlo, le ayudé a subir y seguimos muy contentos y a las risas, yo con el mayor orgullo porque prometía un cabalgante de primera como eran mis deseos, que así se cumplieron.

En uno de esos viajes a Valentín Gómez, siempre pasaba por “La Criollita” a visitar a mi amigo José Roca, me invitó para una *yerra* y dándome la fecha, allá aparecí y me encontré con la novedad que tenía un potro encerrado para que lo jine-teara en pelo de las *crines*. Era una reunión como de sesenta personas y tenían varios costillares de vaca asando, terminó el trabajo al mediodía y yo pedí montar el potro antes de comer, así que lo agarraron y me lo tuvieron, lo monté con las espue-las, le sacaron el bozal y lo largaron para el lado del campo. Corcoveó como cuarenta metros y cuando aflojó como para salir disparando le *volió* la pierna y salí corriendo, sorpresa para los que no me conocían y para mí, cumplido el pedido. Se empezó el almuerzo que terminó como a las cuatro de la tarde. Ese día me quedé en la estancia y al otro día mientras tomá-bamos mate me dice Roca: “Tengo un amigo en Tapalqué, en el deslinde con Bolívar, en el paraje La Protegida. Mi amigo estuvo de mayordomo en El Guaraní, se enfermó y dejó el tra-bajo y el patrón le regaló diez vaquillonas Aberdeen Angus, de pedigree, quiere llevarlas arreando y que le buscara quién se las arree de confianza y yo al único que puedo confiar es en vos. Así que pensalo y te doy el viaje”. Volví para Fortín y lo con-sulté con mi padre y también con Jorgito, iba a faltar muchos días, pero era para ganar buenos pesos. Me autorizaron y le dije a Roca que sí, que las llevaba, me dijo que pagaba por día sueldo de capataz y gastos de mantención y una autorización firmada por la policía figurando marca, destino y nombre del dueño de las vaquillonas.

Armé una tropilla de tres caballos mansos y una yegua *ma-drina* muy mansita con un *carguero* bien armado que ya lo tenía y tapado por una lonita para que no se mojara si llovía,

donde llevaba ponchos, ropa para cambiarme, una parrillita, pava y otras menudencias que siempre usaba.

Bien preparado y con toda precaución salí para “El Guara-ní”, entre Francisco Victoria y Berutti. Cuando llegué me pre-senté ante el capataz Luján Romero, le pedí que me mostrara las vaquillonas y cuando las vi me quise morir, había tres muy *ade-lantadas* en días de parir. Me quedé ahí y en la noche pasé horas pensando qué hacía, si renunciaba o le hacía frente. Las ganas de ir a mis viejos pagos me dominaban y también era buena plata la que ganaría, confiando en la mansedumbre de la *yegua madrina* que llevaría como carguera, pensé que podría llevar los terneros arriba, los primeros días de su nacimiento y confiado en mi ca-pacidad de ingenio y conocimientos camperos, decidí hacerle frente al viaje que pintaba para muy difícil y riesgoso.

Salí esa mañana arreando las diez vaquillonas con la yegua de tiro para que no molestara la tropa hasta que se asentaran y tomaran la huella, aunque eran mansas, a la tardecita llegué a Juan José Paso, pedí permiso para quedarme esa noche en un campito cerca del puente del cruce del Sarmiento y el General Belgrano, que pasaba por Capitán Castro. Esa noche parió una y mamó bien, estaba todo perfecto, le pedí permiso al dueño del lugar para quedarme un día más para que tomara fuerza el ternero y la vaca. Al otro día me preparé para seguir, pri-mero fui al pueblo a comprar carne para tres días, con eso ya paraba donde quisiera, conseguí unas bolsas, puse el ternero en una y lo acomodé en el carguero, dejándole la cabeza afuera y arranqué suavemente, con toda la paciencia y serenidad que me caracteriza y la responsabilidad asumida con el deseo de dar cumplimiento.

Tiré hasta cerca de Francisco Madero largando el ternero al mediodía para que mamara y se *desentumiera*, me quedé en un campo y esa noche nace otro, me quedé un día para que se endureciera y al otro día ya más complicado con dos terneros, puse uno en cada bolsa y los acomodé arriba de la yegua cruzando las cabecitas uno para cada lado. Ya era el tercer día y así seguí hasta las cercanías de Pehuajó, paré a las doce del día en unos baldíos grandes que había buen pasto natural para los caballos y las vacas, me puse a hacer el *churrasco*. Muy tranquilos los animales, ya *hechos a la huella*, comían y después se echaban las vacas a *rumear* y los caballos dormitaban relajados. Cuando tenía el asado listo y estaba por comer, siento que gritaban unos teros, miro para esa dirección y veo un niño como de tres años. Se aproximaba en contra del viento *olfateando* el asado, gran sorpresa inesperada, cuando le empecé a hacer averiguaciones, no respondía, solamente miraba el asado. Lo invité a comer, aceptó y le empecé a cortar pedacitos que comía con desesperación, entonces vi que tenía mucho hambre, comimos bien y después le dije que me tenía que ir, que fuera a su casa, pero no quería. A mí se me estaba poniendo fea, hasta que por ahí sentí unos gritos que llamaban -¡Juancito, Juancito!-, me di cuenta que era la madre que estaba a más de dos cuadras, le hice señas que estaba conmigo y se vino a buscarlo. Cuando llegó la madre, se escondía detrás mío y no quería ir con ella, entonces me puse firme, con mucha lástima, se lo entregué en los brazos y se fue llorando. Yo no tenía tiempo que perder porque tenía que seguir la marcha y todavía tenía que ensillar mi caballo y el *carguero* y además agarrar los dos terneros y cargarlos a caballo. Ahí tomé la calle que va a Bolívar (hoy asfaltada) una calle de tierra y de bastante tránsito. A la gente

le causaba curiosidad ver los terneros muy tranquilos arriba del *carguero* con la yegua suelta que la arreaba con las vacas y los dos caballos que relevaban el *montado*. Esa tarde hice unas dos *leguas* y me quedé en un tambo que estaba a la orilla de la calle, y esa noche parió otra, pedí permiso para quedarme hasta el otro día, por suerte iba dando con gente buenísima y me atendían como a un amigo. Cuando reinicié la marcha, el que había nacido primero ya caminaba y *retozaba*, entonces cargué los recién nacidos y seguí. Ese día se estaba formando tormenta, marché unas tres *leguas* y esa noche me quedé en la estancia “El Silencio”. Al otro día, amaneció lloviendo, me preparé para salir y me dice el capataz “Qué va a salir, como está el tiempo! quédese hasta que *componga* porque puede seguir lloviendo”. Así fue que llovió tres días, al segundo día ensillé, me puse el poncho y fui a Gironde, que estaba como a dos *leguas* y traje una botella de caña y una de vino como agradecimiento para esa gente que me trataba tan bien. El cuarto día amaneció claro y volví a tomar la marcha, esa tardecita llegué a Herrera Vegas y me quedé en la estancia “La Rinconada” (de Herrera Vegas). A la noche siguiente llegué a Bolívar y me quedé en la Sociedad Rural. En dos días más llegué a un campo de mis parientes, Osvado y César Pezzi, me quedé esa noche y al otro día salí en el *montado* nomás arreando las vacas, dejé los caballos y *carguero* en un pastoreo muy bueno que tenían los primos, porque ya me quedaban seis leguas hasta el punto de destino, paraje “La Protegida”, deslinde de Bolívar con Tapalqué. Ese día crucé el arrollo Vallimanca con el agua a la barriga del caballo. Los terneros pasaron nadando, esa tarde llegué a “San Emilio” de Busquet, me quedé esa noche ahí y al otro día llegué a “La Protegida” después de veintidós días de la salida. Los terneros

ya *retozaban* y las vacas en perfecto estado, como si hubieran salido el día antes. Los entregué, cobré y al otro día regresé a lo de mis primos, me quedé dos días con ellos y emprendí viaje de vuelta. Salí una mañana temprano y me programé para marchar todo el día al trote, para aliviar los caballos y así poder hacer más *leguas*, porque el caballo al galope tiene el doble de desgaste y vas cómodo flexionando las piernas al compás del trote, afianzándote en los estribos y el acompasado tañido del cencerro, hace de cuenta que vas marcando el paso en la marcha de San Lorenzo y se hacen más cortas las distancias. Ese día llegué a Pehuajó, al otro día salí temprano y llegué a Fortín como a las diez de la noche, con los caballos en perfecto estado:

Donde reina la humildad

crece lo valiente

necesario y suficiente

para mostrar capacidad.

Al poco tiempo de esto, mi padre empezó a programarse para mudarse al pueblo y seguir trabajando la chacra. Yo tenía una casita que había comprado en una manzana sin escritura, porque era fiscal y sólo pagaba los impuestos, que los tenía todos al día pensando escriturar. Mi padre quiso ocuparla, pero yo me opuse porque era chica y había que hacerle reparaciones. Le propuse que yo vendería mi casa y le daba la plata, con otro tanto y poco más pudo comprar una casa grande y un terreno

de 30 x 35 mts. más al centro de Fortín, de Francisco Colón en las calles Almirante Brown (hoy llamada Elizardo Pérez) y Sarmiento, que estaba en venta. Se hizo el negocio y la pagó fácilmente, hicimos el cambio en marzo de 1956, también pensando para que empezara la escuela Jorgito.

En la nueva casa Titi puso una talabartería, como ya había aprendido el oficio de talabartero en Zapala, yo seguí trabajando en lo que podía. Con Titi le hacíamos los trabajos principales en la chacra y mi padre iba a dar una vuelta en el sulky todos los días. Jorgito ya le servía de secretario, como le llamaba él, de ahí en adelante empezaron a participar en política con su secretario, adeptos al Partido Radical, como toda la familia Burcaizea, amantes de la democracia, la libertad y las buenas costumbres. Así pasaba el tiempo en armonía, donde todos pensábamos que íbamos por buen camino y forma de ponerse de acuerdo con todo respeto, donde nunca hubo un tema que no se pudiera resolver, condición que viene de atrás y sigue para adelante con todo orgullo.

Yo al verlos ya protegidos en el pueblo, con un pasar aceptable y con salud empecé a pensar en algo que tuviera futuro para mí y para todos. Un día me ofrecen un trabajo de encargado en un campo de 1200 hectáreas en Francisco De Victoria, de Pablo Calvet, a ocho *leguas* de Fortín, con agua muy mala y cuando se sacaba mucha, empezaba a salir con arsénico, eso mata a los vacunos. Así que no había otra opción que criar ovejas, porque se mantienen con menos agua y cuando le sienten mal gusto toman unos pocos tragos y viven lo mismo, en cambio el vacuno ni la prueba y cuando lo pasa la sed toma cantidad y muere.

Cuando vino a tratar el señor Calvet conmigo, me preguntó cuánto quería ganar y le dije que me gustaría ir por tres meses *por día*, entonces veríamos si yo podía dar cumplimiento y si andábamos de acuerdo. Sabía que era duro el compromiso de trabajar todo con ovejas, porque la idea era dedicarse solamente a ellas, por el tema de las aguas y además un plantel de cien vacunos Aberdeen Angus.

Era un campo abandonado con todos los alambrados rotos, dos mil ovejas con *sarna* y todo lo demás por el estilo. Calvet hacía poco que tenía campo, era fabricante de camisas en Buenos Aires y vendió la fábrica para comprar 700 has. en Fortín, pronto las vendió y compró con el mismo dinero 1200 Has. en Francisco de Victoria, no sabiendo absolutamente nada de campo. Esa fue una dificultad para ponernos de acuerdo, yo con mi experiencia y contemplaciones, ovejero por herencia y práctica logré hacerles tomar las normas correctas para esa explotación. Cumplí los tres meses de prueba, ya había terminado con la *sarna* y arreglado los alambrados de forma que las ovejas no anduvieran por donde querían, mezclándose por todo el campo. En las condiciones anteriores no se hubiera terminado nunca con la *sarna* porque en las *bañadas* se mezclaban con las *sarnosas* y volvían a contagiarse.

Para esto había empezado a participar el hijo, Julio, estudiante de abogacía. Ya viendo que dominaba la situación, les dije que era tiempo suficiente para concretar acuerdos y me dijeron que sí, que lo veían posible. Me preguntaron qué pretendía, y me tiré adelante, les pedí un sueldo, casa y comida y el 10% de las ganancias del balance de cada año. Me dijeron que lo iban a pensar y al otro día me contestaron que les parecía mucho el 10% y me

ofrecieron el 7%, casa y comida y sin medio de movilidad o sea por mi cuenta. Lo vi conveniente y acepté.

Los primeros años fueron muy duros, supe trabajar en ocasiones hasta dieciséis horas por día, hasta que se alambró todo de nuevo, mejoraron las aguadas, a algunos molinos se les hizo hasta dieciséis *chupas* y había sólo cinco molinos que se hacían sacar de a dos *chupas* por cada medio día e ir las rotando en tiempos de sequía, porque si no se cambiaban por medio de llaves de paso, cuando se terminaba el agua buena de más arriba empezaba a sacar agua salada y con arsénico y mataba los animales, principalmente vacunos. Por eso era zona exclusivamente para ovejas. Gracias que en esa época (entre 1956 y 1967) valía la lana y el cordero, fueron once años que estuve de encargado. Julio Calvet, hijo único, se recibió de abogado en 1960 y se vino a vivir con sus padres. No ejerció su profesión, dedicándose de firme al campo. Era un joven inteligente, nos hicimos amigos en poco tiempo y nos pusimos a trabajar como si fuéramos socios, ya que yo participaba en las ganancias de la explotación, él como letrado y yo como práctico con mucha experiencia en ganadería y agricultura. Nos complementamos perfectamente, con mucho respeto por las dos partes. Así empezó a crecer el programa, se aumentó el número de ovejas madres que llegaron a 4800, de las cuales se obtenían unos 3500 corderos macho y hembra por año. De las corderas se elegían unas 300 para dejarlas para cría y el resto se mandaba a *plaza*.

De lana de las ovejas se sacaban por año 24000 kilos y de los corderos que se dejaban para venderlos de *borregos*, otros 3 o 4000 kilos. Hubo años que se llegó a los 30000 kilos entre ovejas y *borregos*, esto ocurrió del año 1962 para adelante.

En 1959 pedí permiso para tener 10 vacas en el campo, que me dieron sin ningún problema; compré 10 vaquillonas pampas y ya empecé a tener otra entrada, entonces me animé a comprar un Jeep 0k modelo 1960. Hasta ahí había aguantado el sacrificio de movilizarme a caballo o en sulky para ir a Fortín, por lo general cada quince días, no siendo en épocas de esquila o algunas otras urgencias de trabajo. Pasé hasta dos meses sin poder salir, pero ya motorizado podía hacerlo todas las semanas a ver a mi familia y todos los domingos a la mañana le hacía algunos trabajos en la quinta a mi padre.

El 1º de Enero de 1965 Jorgito cumplió los 15 años y el 2 de Enero lo llevé a trabajar conmigo, con sueldo. Los sábados nos veníamos a Fortín en el Jeep, ya estaba bien orientado por su abuelo en las tareas del campo y el respeto y comportamiento que debía tener para ser un hombre de honor. Cosa que por la naturaleza era dotado, así empezamos a trabajar juntos admirándonos mutuamente y con tanto respeto y cariño que tuvimos la suerte de no discutir jamás, hasta el día de hoy, yo con noventa y dos años y él con sesenta y dos completamente igual que en aquellos tiempos, y así seguirá hasta que Dios nos separe de cuerpo pero no de alma.

Es una condición natural que traemos de herencia, emparejar las diferencias con razonamientos, sin gritos ni malas palabras, ejemplo que dejamos para nuestros sucesores.

Así seguimos trabajando juntos dos años y medio, los aproveché para enseñarle los vaivenes del manejo de un campo ya con cierta importancia, como domar con su tratamiento adecuado, usando la paciencia y el buen trato. Le di para

empezar dos petisos para los chicos del patrón y una potranca árabe que la sacó como el mejor.

Fue mi ayudante para domar una tropilla de siete potros. Lo fui haciendo cuando me sobraba un poco de tiempo y hasta perdí muchas siestas y anocheceres, pero los terminé bien, solamente por placer y lucir un oficio que me costó muchos años de práctica y el orgullo de ver a mi hijo haciendo lo mismo que yo.



Al verlo encaminado para ganarse la vida con tanta dignidad, empecé a pensar en independizarme. En ese tiempo se había armado una cabaña de lanares de pedigree y también de vacunos Aberdeen Angus, hacía falta un cabañero. Pensamos en proponerle dejar la talabartería a Titi, mi hermano Rubén, y como él estaba medio cansado de trabajar barato porque había mucha competencia, aceptó y se hizo cargo de la cabaña. Pasó un tiempo y el patrón le dijo que para cuando se casara le haría una casa. Como hacía bastante tiempo que andaba de novio con una chica de campo, Mary Pereyra, se casaron y se fueron a vivir al pie del trabajo.

Después de un par de años y ya habiendo ahorrado buena plata, salen cincuenta hectáreas de campo a la venta en Fortín Olavarría. Lo consulté con el patrón que me interesaba y me dijo que le parecía una buena inversión y me animó para que lo comprara, yo con la idea de independizarme e ir haciendo un modesto pasar en la madurez, lo compré, lo alquilé y seguí trabajando.

Me hice amigo de una señorita de treinta años, Elsa Brizuela. Bailábamos y llegamos a una relación amistosa con coincidencias y acercamientos, los dos sentíamos la necesidad de formar pareja antes que se nos pasara el tiempo y quedarnos solos para siempre; también me animaba Jorgito que me decía que me casara porque quería tener un hermano.

En 1966 falleció mi padre, el golpe más fuerte que recibí en mi vida hasta ese momento. Parecía imposible por ser una persona tan querida por toda la familia, siempre estaba presente compartiendo alegrías y tristezas, con un consejo acertado por su experiencia y buena fe, a lo que nos tenía acostumbrados con

su genio atrayente. Quedaba mi madre sola y mi obligación y deseo era estar cerca de ella para protegerla, era otra causa para volver a Fortín en común acuerdo con Jorgito que comprendía mi situación y él quedaba acompañado por Titi y su familia. Me vi en una situación compleja, tener que decirle a mis patrones que tendría que retirarme, con un gran sentimiento por lo tanto que me habían apreciado y lo mucho que habíamos hecho trabajando durante once años. Pero yo con 47 años de edad, también pensaba en una vida independiente y de hacer un piso para seguridad de la vejez. Lo entendieron perfectamente, sabiendo que lo que había hecho respecto a mis bienes y propiedad, lo había conseguido con mi propio y honesto trabajo, por lo tanto nos despedimos con mucho afecto y lamentando tener que separarnos. Seguimos una relación amistosa, participando como miembros de la comisión de la Sociedad Rural de Rivadavia:

*Deja las puertas abiertas
donde pasó tu figura
es parte de la cultura
del hombre que despierta.*

*De un sueño infantil
convertido en adulto
respetuoso y culto
de alto perfil.*

Mi Independencia Económica

Segunda Parte (Desde 1967 a la actualidad)

Fue un giro de noventa grados, para tomar otra dirección en lo laboral y proyecto de vida, sin cambiar el rumbo elegido.

Sin vacilar y con entusiasmo me establecí en Fortín Olavarría. Empecé a trabajar mis cincuenta hectáreas, las cuarenta y nueve de mi madre y las setenta y cinco de mi novia Elsa Brizuela. Como estaba previsto me casé con ella, con la aprobación de mi madre y Jorgito.

Puse en mi campo 40 vacas que tenía en Victoria en lo de mi patrón Calvet, número que tenía permitido. Mi madre tenía los suyos y Elsa también.

El primer año, 1967, fue bastante duro porque hubo una sequía importante y nos agarró sin reservas de silos de pasto ni

granos. Pero gracias a que me habían quedado buenos amigos en Victoria (Jorge Jauregui y los hermanos Maggio que tenían campos grandes y reservas de sobra), por el aprecio que me tenían, acudieron a darme una mano, facilitándome silo de sorgo. Lo hice traer con el camión de Juan y Carlos Tiberi, yo iba con ellos y los dueños del campo me lo cargaban con el extractor de silo.

Así empecé mi vida independiente, confiado en mi experiencia y sin temor al fracaso. A medida que pasaba el tiempo me iba organizando y la situación mejoraba.

El año 1968 nació Teresita, el sueño esperado por Jorgito que quería un hermano.

Jorge se casó el año 1972 con Laura Castro, hija de Lucio Castro, apreciado amigo y compañero de trabajo que recordé anteriormente, en ese tiempo el tenía 15 años y yo 27, pero ni pensábamos que podríamos ser consuegros. Laura una chica criada en el campo, muy curiosa, dedicada y conocedora de todos los quehaceres camperos. Es la compañera ideal para Jorge que también tenía sus conocimientos por temprana experiencia, supieron soportar mutuamente las dificultades, como en todo principio. Se fue formando una familia que hemos llegado a 17 miembros.

Teresita se casó con Armandito Martínez el año 1993 y tienen dos hijas: Sofía y Amparo. Jorge y Laura también tienen dos hijos Jorge Néstor y Luciano, el primero tiene dos hijas Malen y Ailen y el segundo tres: Mara, Jorge Nicolás y Paine, más los legendarios Elsa y Néstor que completamos el grupo familiar.

Es todo un placer reunirnos, que lo hacemos a menudo, dado que estamos cerca y con el deseo de vernos. Hoy gozo de una felicidad superior al ver cinco familias formadas y encausadas por el camino que corresponde. Agradecemos a Dios por la salud que nos brinda y una paz bendita que nos une cada vez más. El motivo que me impulsa a hacer estas aclaraciones y confidencias es en agradecimiento a la vida, por darme tantas buenas oportunidades y satisfacciones, porque cuando he tenido contratiempos y sufrimientos, los he tomado con resignación, consciente que la naturaleza te pone a prueba, para medir tu capacidad y respeto a la misma para darte el lugar que corresponde.

Voy a continuar con el relato de mi nueva vida independiente que venía describiendo anteriormente. Después de quince años sin una mujer que me acompañara a compartir la vida, a la espera de una coincidencia en valores humanos, edad, responsabilidad y como yo creía merecer pude sentirme reconfortado.

En 1975 falleció mi madre, el dolor más grande para un ser humano, cuando recordás tus primeros años de vida y todo el cariño que te brindó, el esmero y dedicación constante sin medir sacrificios ni desvelos, sus valores de madre están presentes en mi corazón y por más que hubiera vivido, no hubiera alcanzado el tiempo para agradecerle y venerarla, por el valor de su obra, por criarme y educarme de forma tan dulce, y como si eso fuera poco, también crió a mi hijo con el mismo amor y cariño, junto a mi padre que no hizo menos.

Después de este dolor natural que nos toca a todos, reaccioné con más fuerza para someterme a la lucha diaria. Les alquilé

el campo a mis hermanos que recibieron como herencia, lo trabajé un año, donde se vendió para repartirnos a cada cual su parte. Éramos seis hermanos y nos tocó el valor de ocho hectáreas a cada uno.

Yo con esa plata compré herramientas para trabajar mi campo y el de Elsa, mi mujer. Fue un tractor Fiat 60, una máquina sembradora para semilla fina, otra para gruesa, un arado de rejas y un rolo, todo usado.

Empecé yo mismo de tractorista hasta poderme hacer de suficiente hacienda, comprando novillos para engorde, que completaba con los terneros que nacían en el campo. Más adelante compré una picadora para hacer silo, una desmalezadora y una pala para hacer los pozos para los silos, yo hacía: pozo, llenado y tapado con tierra. Estos trabajos los hacía solo sin ayuda de nadie, bien a lo *vasco*, siempre con miedo de fracasar en el intento. Pero por eso no descuidé la costumbre y pasión de tener dos o tres caballos buenos y muy bien arreglados para lucirme en cualquier momento, con ese orgullo que llevo en la sangre, y conservando el recado con todas las sogas necesarias como lazo y boleadoras, todo fuerte y adecuado para cualquier trabajo del campo, confiado en que sabía hacerlo de la mejor manera, tanto como *partear* una vaca en medio del lote, sin corral ni manga.

Para hacer este trabajo se necesita un caballo amaestrado para dejarlo rienda arriba y una manea en las manos, con la vaca enlazada, prendido el lazo a la *asidera* y haciéndola dar vueltas a la derecha, mientras el caballo dando el frente a la vaca y con el cabestro atado al lazo a un metro de su cabeza, el

hombre previsto de un *maneador* o lazo corto se lo tenderá por encima del lomo para agarrarla de las manos y así tenderla en el suelo, se maneará para que no se levante. Se ata una soga de las manos del ternero por nacer y se tira con el caballo muy suavemente, que saldrá con facilidad, se saca el lazo, se arrolla, se ata a los *tientos* del recado, que es su lugar, después se desmanea la vaca y se sube a caballo rápidamente por si está enojada, es bueno atajarla para que reconozca la cría, esperar el tiempo necesario para que se levante el ternero y una vez que empieza a mamar, tarea terminada por el momento.

Después a medida que pude hice corrales y una manga en cada campo, así trabajé más cómodo y ahorrando tiempo, también hice alambrados nuevos, reemplazando los más viejos, para esto ya los hacía hacer con alambradores.

El año 1970 cambié el Jeep por un Renault 4L- 0 kilómetro. Teresita ya contaba con dos años, empezamos a salir de vacaciones. La primera salida fue a Carhué, la siguiente a Necochea y Monte Hermoso. Ya que estamos en el tema voy a seguir para adelante, en 1974 cambié el 4L por un Renault 12 y salimos para la ciudad de Mendoza y de ahí salíamos de excursiones por las bodegas y por las montañas: Punta de Vacas, Las Cuevas, Uspallata y varios puntos más. Esas serán experiencias que no borro de mi mente, por haberlas disfrutado mucho y por haber tenido la posibilidad de hacerlo.

Cuando Jorge estaba trabajando en Lezama (recién casado), en una estancia a las márgenes del Río Salado, fuimos a visitarlo desde Fortín pasando primero por Pedro Luro a conocer el Río Colorado y de ahí salimos a las Armas y por Ruta 2

a Lezama partido de Chascomús. De Lezama fuimos con Jorge y Laura a San Clemente del Tuyú, a pasar el día, volviendo a la entrada del sol, estuvimos unos días con ellos y volvimos a Fortín.

También fuimos a Las Heras y a Lobos a visitar parientes, después empezamos a salir en excursiones, con empresas de Pico y Trenque Lauquen, en micros de 35 a 40 personas, nos resultaba más cómodo y seguro.

Pasamos varios años haciendo vacaciones de 8 a 15 días por año, para tomar impulso y hacer más leves las rutinas del trabajo que siempre fue constante.

Hicimos varios viajes: a las Cataratas del Iguazú, en uno de ellos anduve en helicóptero sobrevolando las selvas misioneras, observando el Río Iguazú que viene desde el Brasil y se forman las cataratas en la frontera de Brasil y Argentina, en un desnivel rocoso de 275 saltos y más de 80 metros de altura, sigue su curso unos 30 kilómetros donde hace afluyente con el Paraná que baja de Paraguay para desembocar en el Río de La Plata.

También hemos ido en cuatro oportunidades a Bariloche, Copahue y El Bolsón, en otros viajes a Catamarca, La Rioja, San Juan y Valle de la Luna, también a Jujuy y Quebrada de Humahuaca, luego en excursión de catorce días hasta Ushuaia, recorriendo los lagos del sur en buque.

Entre los viajes muy recordados que hicimos a Salta, fue en el Tren de las Nubes, hasta San Antonio de los Cobres, que es su recorrido, sale a la mañana y vuelve a la noche. De vuelta en el mismo coche que veníamos nosotros venía Mariana Carri-

zo, la baguenera de Salta, hoy con buena fama, en ese tiempo era muy jovencita y recién empezaba sus primeras actuaciones, venía cantando para los pasajeros y en un momento se detuvo porque el repertorio no le daba para mucho, su manager pidió a los viajeros que colaboraran con algo que supieran, yo me largué a decir mis *coplas*, recibí aplausos y me pidieron mi nombre y al nombrarme Burcaizea se levantó un joven, al que yo no conocía y él a mi tampoco, solamente teníamos referencias. El me pregunta si era pariente de Rubén Burcaizea, le digo “¡Cómo no, si es mi hermano!”. Se presentó como Juan Carlos Ferreyra y me dice que había trabajado con mi hermano en lo de Calvet en Victoria, entonces recordé que tenía buenas referencias sin conocernos y desde ese momento empezó una relación amistosa muy importante, él vive en la ciudad de Chascomús, viene a visitarme todos los años y nos comemos unos buenos churrascos. Es soguero profesional y ha sacado varios premios concursando en diferentes lugares y hasta medalla de oro en un concurso en Mar del Plata. Cada vez que viene me trae alguna prenda de lujo, con tejidos finos. Nunca dejamos de recordar aquel viaje en el Tren de las Nubes, con Mariana Carrizo, tenemos fotos que nos sacamos con ella y que conservamos con afecto.

Entre tantos amigos con los que puedo enorgullecerme, tengo un amigo que aprecio mucho en Cardales: Carlos Brunetti casado con Pilar Juan, una chica que vi nacer en Fortín a quien le tengo un cariño como a una hija, como al resto de sus hermanas. Estos amigos me han dado grandes satisfacciones. Cada vez que los íbamos a visitar se sentían muy agradecidos, nos llevaban a conocer diferentes lugares. Una vez nos llevaron al Luna Park, otra vez recorrimos Puerto Madero y la Cos-

tanera. También conocimos El Tigre, Zarate y San Antonio de Areco, visitando sus reliquias históricas. Ellos tienen una propiedad en San José, Provincia de Entre Ríos, cerca de las termas a orillas del río Uruguay, tiene dos cabañas que construyó él mismo, una para alquilar y otra para uso propio, que va seguido a pescar y a las termas.

Una ocasión nos invitó a nosotros con Armando y Teresa, fuimos todos en el auto y estuvimos seis o siete días. Conocimos Paysandú, Uruguay, un paseo del día, también fuimos a Colón, Entre Ríos, a una fiesta de la colonización, el 9 de Julio, se hace todos los años, colonia que formó Urquiza con inmigrantes. Después volvimos por Rosario, para conocer ese trayecto de San José a Rosario, muy pintoresco para nosotros que no conocíamos.

Pero todo no fue diversión y paseos, era solo una vez por año, diez o quince días, lo demás era todo trabajo, pero siempre a mi manera, sin perjudicar mi salud ni molestar a mi familia, respetando un amplio círculo amistoso:

*La vida sin amigos
es como remar viento arriba
en bote a la deriva
sin protección ni abrigo.*

En 1978 me ofrecieron trabajo de contratista en La Larga y La Cristina, por medio de Jorge (que ya era encargado de Santa Catalina y después lo pasaron como mayordomo a La Cristina, ahí cumplió más de 30 años con la misma administración). Compré otro tractor y casilla para reforzar el equipo, trabajé hasta 1980 y como todo era bastante viejo y no daba para más, decidí dejar. Los patrones me invitaron a comprar un equipo nuevo, que me darían más trabajo, pero yo no me animé a tomar tanto compromiso y me retiré amistosamente compartiendo afectos.

Al faltarme esa entrada extra, no me resigné y puse un tambo, que lo seguí diez años, hasta 1990, este negocio superó la entrada de dinero comparado con lo de contratista. Entre tanto, con nuestros esfuerzos pudimos darle la oportunidad de una carrera universitaria a nuestra hija quien, en La Plata, estudió y se recibió de psicóloga volviendo para instalarse en Fortín.

Para referirme a la nueva actividad diré que empecé con treinta vaquillonas Holando muy buenas que vinieron de Chacabuco a la feria de Gaddi y Cía. en Fortín, luego compré otras diez en Sansinena. También hice inseminación artificial de toros Holando importados. Al segundo año ya tenía promedios de 18 a 22 litros por vaca, por día, que siempre tenía entre 28 y 35 vacas en ordeñe. Pero requería mucho sacrificio, mantenerse en un nivel de ese tipo y un poco cansado de discutir con los acopiadores de leche porque te venían “raboneando” los puntos de grasa. El punto determinante para dejar la actividad, fue cuando *La Serenísima* presentó quiebra, y nos quedó un mes a pagar con el cuento que nos depositarían en un banco de Estados Unidos, que nunca se llegó a concretar.

En el año 1990 vendí el tambo y compré vaquillonas Aberdeen Angus puras por cruza, compré toros origen de Las Lilas. En dos años llegué a hacer un rodeo de 90 vacas y una parición del 85 al 95 por ciento, vendía las terneras que me sobraban de la reposición y algunos toritos que dejaba de los mejores terneros, los demás los vendía antes que los toros.

Como no me descuidaba de guardar reservas y de hacer buenas pasturas las vacas estaban siempre gordas y con buena sanidad, así me deleitaba contemplándolas.

Así seguí hasta el 2009, pero con 89 años de edad me iba costando llevar en marcha esa actividad. Decidí vender las vacas y comprar un departamento en Mar del Plata para alquilar, también le alquilé el campo a Armandito, mi yerno.

Entre los años 1975 y 1978 hubo algunos pasajes un poco atrevidos de mi parte, por ejemplo en una ocasión, Pedro Rosolén dio un remate de caballos en América. Fuimos con Jorge a mirar, había un lote de potrillos de dos años de Pedigree con su correspondiente constancia. La plaza estaba completamente floja y se presentaba tentadora. Me dice Jorge: "Comprate uno", y yo que estaba que explotaba de deseos de hacerlo, compré un zaino colorado, que según los papeles lo identificaban como "Chiapero". Cuando lo traje me tenté de domarlo, era solamente manso de box y cabestro. Después de un año, adiestrado a mi gusto, lo llevé a un remate a América de Rosolén, para venderlo, cuando vio tantos caballos y yeguas y lo bajé del camión del cabestro, se enloqueció de una manera que parecía un caballo salvaje. Cuando llegó el momento de presentarlo, le puse un freno tipo *filete*, lo salté en *pelo*, le puse \$50.000

de base y empecé a hacer demostraciones de rienda y otras acrobacias que lo tenía acostumbrado, quedándose muy tranquilo y obediente, después de tanta euforia, que mostró a los presentes, conocedores del tema, que tenían la impresión que no andarían ni los pájaros arriba.

No hubo ofertas debido al precio tan alto que yo le había puesto, más por lástima de deshacerme de él. Lo traje de vuelta, lo usé un tiempo y después se lo vendí a "Pichón" Bathis en \$ 50.000 como yo pretendía, él lo usó para reproductor, sacó buenas crías que salían al padre.

No pude quedar ahí porque pensé que para muestra no basta un botón. Compré un potro alazán, mestizo, alto y pintoresco, salió bastante *macaco*, lo que me obligó a poner todas mis mañas en juego y lo acostumbré a todas las tareas que se pueden hacer de a caballo. Sin pedir ayuda a nadie a pesar de mis 73 años cumplidos, con mi orgullo a cuesta y viendo que me mantenía con todas las fuerzas para esa tarea y volver a mostrar mi habilidad después de cuarenta años sin ejercerla, obteniendo el resultado de siempre, además mostrarle a nietos y atestiguar con los hechos. Ya que los veía con esa vocación permanente. Es un hobby que siempre tuvo prioridad en mi sentir.

Mis nietos Jorge Néstor y Luciano ya andaban fuerte a caballo, se los empecé a prestar para que trabajaran en las ferias, les encantaba por lo guapo que era. Uno de ellos tenía novia a seis *leguas*, iba a visitarla en este alazán llamado Cahuel, que decididamente domé por última vez.

Una satisfacción muy grande siento hoy en 2013, con casi 93 años, ver a mis hijos, nietos y bisnietos con la misma afición

y dedicación, gozando ese sentir natural, extendiéndose a mi nuera y yerno.

Vuelvo a recordar la década del '80 cuando fui concejal por la UCR en el distrito de Rivadavia.

En una ocasión me nombraron coordinador y encargado de un grupo de treinta jubilados que gozaban el privilegio de ocho días de vacaciones, a cargo de la provincia, organizado por la municipalidad con destino a Mar del Plata. A los tres días que disfrutábamos ese descanso, tres participantes del grupo me dijeron que la comida era escasa y poco condimentada. Le planteé la disconformidad al directorio, me dijeron que era un régimen especial aconsejado por nutricionistas para personas de tercera edad. Convoqué al grupo a una reunión para que los organizadores les explicaran los motivos de las comidas livianas, dijeron que ellos no podían hacerse cargo de enfermos por excesos de comida. Comprendieron la situación y aceptaron muy felices.

También desde 1975 en adelante empecé a practicar poesía, sin más profecías que ocurrencias de mi mente. Empecé a participar en presentaciones en la sala de cultura del municipio de América, también publiqué una poesía en el diario La Opinión de Trenque Lauquen, dedicado a la mujer en su día. Después seguí participando en los concursos de los torneos bonaerenses, me di cuenta que había quien copiaba obras de profesionales y yo tenía que competir con ellos, entonces jamás podía hacer puntos y no expuse más, porque nunca acepté los acomodados ni quererme posesionar robándole virtudes al prójimo. Yo soy como soy y si no hago méritos por mis pro-

pios recursos me resigno humildemente. Tampoco acepto el autoritarismo por ser adepto a la democracia, que no la puedo disfrutar a pleno, cuando existen gobiernos unitarios pretendiendo que se los reconozca como democráticos, apoyados por adulones, que algunos se hacen millonarios sin poder justificar su enriquecimiento y protegidos por ser útiles colaboradores del mismo sistema mencionado. También están los de menos categoría, ignorantes o indiferentes que los engañan con migajas para que los sigan acompañando con los votos, sometidos a la pobreza eterna. Sin darse cuenta que van quedando a la orden y antojo de un soberbio que pasa por encima de las leyes y los derechos del ciudadano. Pero a estos no hay que temerles porque son líderes de corto plazo, que caen por sus propios errores y fracasos.

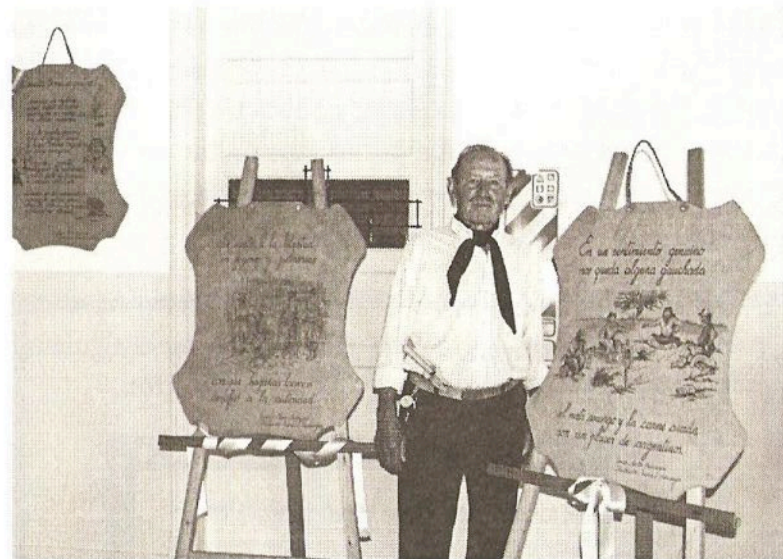
En el año 1999, ya con 79 años, recibí la invitación de la subsecretaría de cultura de la provincia de Buenos Aires, con el propósito de editar un libro con una poesía elegida por puntos de cada partido de los treinta y cuatro que conforman la provincia. Por Rivadavia fui el único participante, por lo tanto se acreditó mi poesía "Anciano Valiente" de mi autoría, que tuvo lugar en las páginas 225 y 226 del libro "Poesía en Marcha y Memoria en Movimiento"; invitaron a todos los participantes que se clasificaron de cada partido para agasajarlos con tres días de hotel pago, para dos personas en Mar del Plata. La presentación y entrega de un libro a cada participante se realizó en el teatro Auditórium por la Dirección Provincial de Bibliotecas, acto que culminó con un lunch en La Cuadrada. Además cada partido fue acreedor de un ejemplar para su biblioteca municipal.

En el año 2004, María Laura Burcaizea y yo tuvimos el gusto y satisfacción de recordar a nuestro gaucho primitivo. Aquel hombre nómada errante sin *querencia* a un lugar fijo, amante de la libertad, que llevaba como norte, con suficientes condiciones y prácticas con el caballo, las boleadoras, lanza y facón. Que a veces voluntario y otras, obligado, hizo frente en las batallas por la libertad e independencia en nuestros principios republicanos.

Quisimos hacer un recordatorio a este personaje de grandes méritos ganados por sus gauchadas, palabra que quedó incorporada a nuestro lenguaje, como signo de protección o ayuda voluntaria sin pretensión de lucro o beneficio a su favor.

Las ilustraciones estuvieron a cargo de mi apreciada sobrina María Laura, dibujante y de excelente caligrafía, que expone con su letra los versos de mi autoría, que concuerdan con sus dibujos de imágenes y costumbres gauchescas. Marcadas con pirograbador en cuero vaqueta, sobre madera terciada de ochenta centímetros de largo por cuarenta centímetros de ancho, con sus correspondientes atriles para colgar.

La primera presentación al público fue en la Delegación Municipal de Fortín Olavarría como se ve en la fotografía. La siguiente fue en la Escuela N° 5 de Fortín y en la Sociedad Rural de Rivadavia.

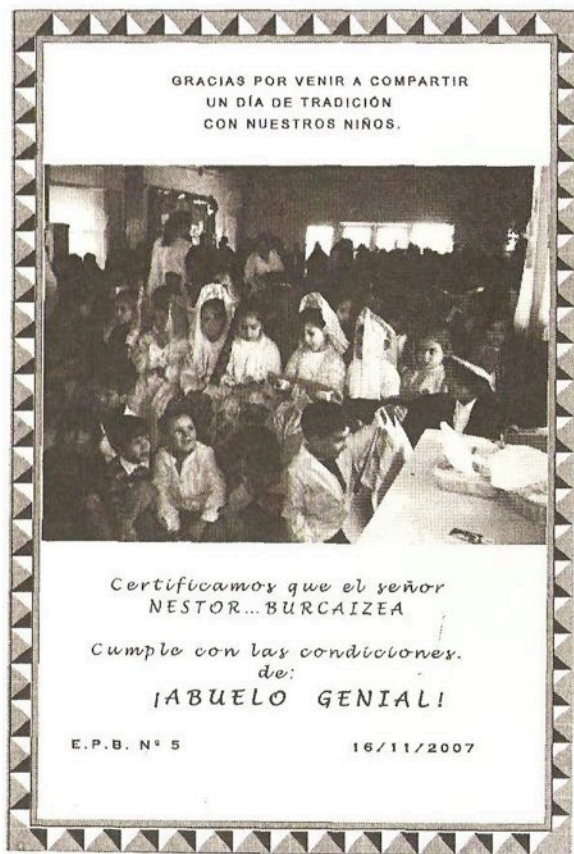


Estos siete dibujos, con su poesía cada uno, los conservamos cuidadosamente por ser un tema para la eternidad. Muy apreciado por patriotas y tradicionalistas, por esa razón los seguiremos presentando cuando llegue la ocasión.

En el año 2007 tuve la grata distinción por parte de la directora de la Escuela N° 5, la señora Patricia Arriaga, que tuvo la gentileza de depositar su confianza en mí, al invitarme a compartir un día de tradición con alumnos de varios grados, para que les transmitiera el pasado de mi niñez, de costumbres y posibilidades que estaban a mi alcance, dentro de una vida precaria y hasta privada de necesidades elementales, como la luz, refrigeración o calefacción, ni hablar de radio y televisión, salud con deficiencias notables, como partos sin atención profesional, conformándose con remedios caseros en muchos casos de familias humildes o de pocos recursos. Los ancianos no

gozaban de jubilación ni atención social alguna. También les conté que si me quedaban los deberes para hacer en la noche, ponía el farolito arriba de la mesa, encima del cuaderno para poder ver lo que escribía. Así les fui detallando ese trágico y también feliz pasado, porque cuando la familia es unida y todos colaboran, de la nada se hacen maravillas.

Fue una hora y media de relatos y explicaciones que respondieron con atención y respeto. A lo que recibí el siguiente agradecimiento y certificado por parte de la dirección.



El año 2009 con los 89 años recién cumplidos, recibí como aliciente para mi existencia, un reconocimiento certificado por las autoridades provinciales y municipales, con referencia a mi trayectoria de vida como indica en el documento presente. A lo que dejo un agradecimiento eterno.



El 12 de Abril de 2009 cumplió 100 años la escuela N° 5, como ex alumno, entre los años 1929 y 1933, en los que cursé hasta el 4° grado, quise dejar mi más sentido aprecio por tanto valor humano, algo que me inspiró para dejarle esta poesía:

Mi Escuelita

*Escuelita de mis ensueños
con rasgo seductor
en tus cien años halagüeños
te cubriste de honor.*

*Dejando en la memoria
una gran cadena humana
con pasos que engalana
y enriquecen tu historia.*

*El que recuerda el pasado
valora su presente
como los actuales presentes
con el entusiasmo instalado.*

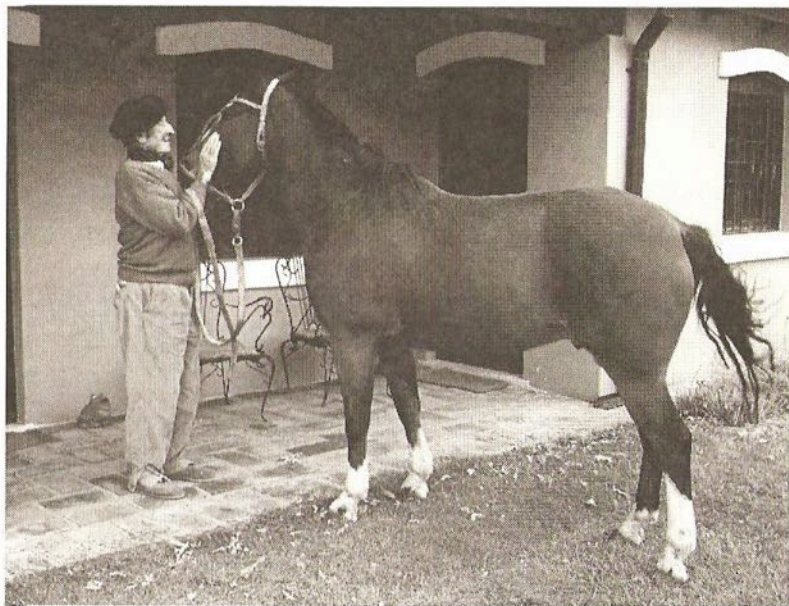
*Brindando su vocación
que desprende del alma
para encontrar la calma
que necesita su corazón.*

*Para entender al adolescente
y que entienda su mensaje
con un dulce lenguaje
y adelante el “don de gente”.*

Decidí dejar de andar a caballo a los 90 años, cuando participé de un desfile festejando el centenario del partido de Rivadavia, con otros dos legendarios gauchos de a caballo que quedaban en el partido: Cándido Mansilla con 87 años, de América, Burgos con 85 años, de González Moreno y yo, Néstor Burcaizea con 90 años, de Fortín Olavarría.

El motivo que me llevó a tomar la decisión de dejar de andar a caballo después de ese desfile, fue porque quise dejar una buena imagen en los recuerdos, ya que me había lucido bien y no quise empezar a dar lástima, ya que nunca había dado esa oportunidad.





Aún conservo y llevaré para siempre mis pilchas de vestir, recado a mi gusto y un criollo *malacara* que domó mi nieto Jorge Néstor y que conservaré hasta su fin o el mío.

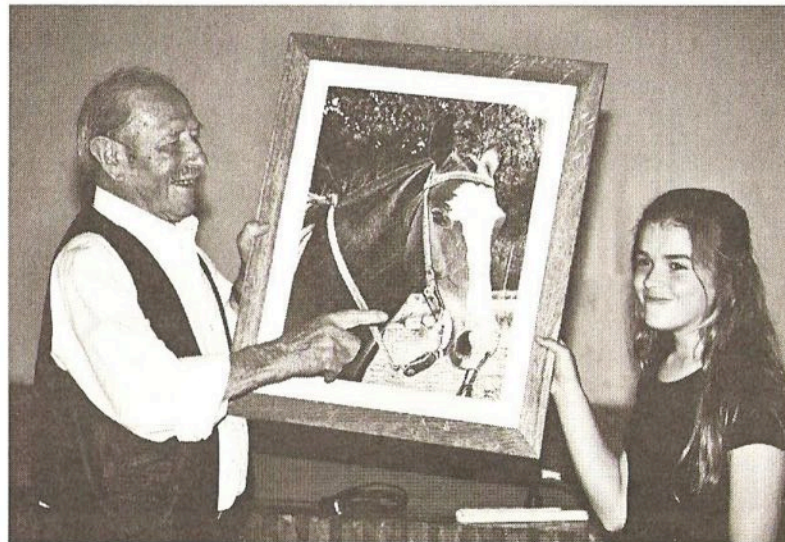
Se llama “Recuerdo” y es del mismo nombre, pelo y raza del caballo que yo aprendí a andar a caballo a los cinco años. Tuve la suerte de poder andar a caballo 85 años, otro motivo para dejar a los 90, fue para redondear y poder decir: “Creo haber cumplido en esa tarea, que es la que me prolongó la vida”.

Cumpliendo los 90: El 8 de Octubre de 2010, fue el día de mi cumpleaños donde me marcaba los 90. Con anticipación recibí la grata noticia de Jorge y Teresa que me organizaban una fiesta en el club Racing de Fortín Olavarría, y que las invitaciones serían a mi cargo y gusto sin límites. Lo que alcanzó el número de 124 invitados entre parientes y los amigos más apreciados.

Recibí buenos regalos y tantos abrazos que me dejaban sin respiración.

El regalo más emotivo y recibido con la mayor distinción fue el de mi nieta Sofía quien me entregó un cuadro gigante hecho por ella ya que pronto se recibirá de profesora de dibujo con la pintura de mi malacara “Recuerdo”, logrando no sólo mi sorpresa sino la de los presentes por la detallada reproducción. Mi nieta recibió mi doble admiración por recordarme uno de los sentimientos más importantes de mi vida.

Así empezaron estos momentos tan gratos, seguido de un almuerzo a mediodía, con asado de ternera acompañado de variedades de ensaladas y postres. Extendiéndose la tertulia con bebidas y tortas hasta las diez de la noche, donde abundaron canciones, recitados y bailes, aprovechando la oportunidad para sacudir el esqueleto, enloquecido de alegría por ser halagado por seres de mi agrado, con lo que llegué a sentirme como en mis mejores tiempos.





Para el 9 de Abril de 2013 tuve el honor de ser invitado a conmemorar el centenario del Honorable Concejo Deliberante de Rivadavia. Recibí una medalla recordatoria entregada por la concejal Graciela Tolosa. Fue una satisfacción muy grande por haber llegado a festejar los 100 años de este Honorable Cuerpo, corazón del sistema democrático que funciona al ritmo de sus poderes legales. Valor que se mantiene por gente de bien.

Palabras Finales

Muchos amigos me han pedido la receta para vivir tanto y tan bien, a lo que yo respondo: “No hay receta, tu vida está en manos de Dios”. Depende de la salud, y la suerte es que esto se extienda a la familia y amigos, porque si no la tenés son sufrimientos que te quitan vida, por otro lado vos también tenés que hacer lo tuyo, no entrar en vicios que perjudican la salud, procurar no estresarse por rabieta o ambiciones no cumplidas. Ocupar algunos minutos por día para analizarte y controlar actitudes, como el cumplimiento estricto con todos quien tengas contacto. Sin pretender dar recetas, esto es lo que tengo claro y lo hago por amor a la vida.

*He llegado a los noventa
con firmeza y constancia
he acortado la distancia
para terminar esta meta.*

*Le he tomado gusto a la vida
portándome como debo
por eso mismo me atrevo
a dar esta investida.*

*Por este largo camino
que he transitado en la vida
me quedó lección aprendida
para ordenar mi destino.*

*Vengo arreando sentimientos,
he apartado los mejores,
dejé llevar por el viento
las penas y los rencores.*

*No vendo el alma al diablo
ni empeño mi existencia
no vivo de apariencias
digo la verdad cuando hablo.*

*Si hace falta aclaración
daré una respuesta justa
no llevo deudas a cuesta
por mi nata inclinación.*

*Mi vida he comprendido,
tengo claro lo que soy,
por si mañana me voy
dejo limpio el apellido.*

Termino mis relatos con una descarga emocional que me hace muy feliz.

Néstor Burcaizea

24/04/2013

Agradecimientos

A mi hijo Jorge quien con la colaboración de Viviana Fasce copiaron a la computadora y corrigieron mis manuscritos.

A mi hija Teresa que corrigió algunos detalles.

A todos mis amigos y familiares que me alentaron con sus palabras a transmitir mis experiencias de vida a pesar de mi escasa formación.

A quienes hicieron posible que mis letras temblorosas hoy estén en este libro.

Revolucionamos
el mundo literario



Ahora puedes comentar y recomendar este libro en:

www.facebook.com/tintalibre



www.tintalibre.com.ar/mastintas

(tinta *libre*)
ediciones

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de Diciembre de 2013
Córdoba - Argentina

www.tintalibre.com.ar
info@tintalibre.com.ar
+54 351 472 2854

t!)
(tinta libre)
ediciones